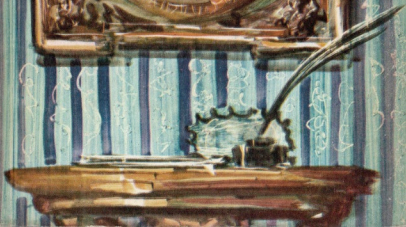


MANOLO MUÑOZ

¡Carta de la tía!



MANOLO MUÑOZ BARBERAN es murciano, de Lorca, cosa que se nota mucho cuando se entra en su casa de Alcantarilla (nombre que han querido cambiar los vecinos, pero que han rechazado las altas esferas). Y decimos que se nota porque Manolo Muñoz es pintor, un gran pintor (con gran pasión por su tierra murciana, reflejada en su obra) y sus paisajes están a la vista.

Manolo Muñoz, pese a su juventud (cuenta hoy, quizá, menos de cincuenta años) tiene una amplia proyección, artística y literaria; la primera, totalmente en serio y la segunda teñida por el humor más socarrón e irónico que conocemos. Debe ser, suponemos, que desde su ventana ve a los viejos "Junkers" de la Escuela de Paracaidismo, adultos ya en nuestra guerra y se dice: "Si esos vuelan, ¿por qué no yo también?". Y consecuentemente, ha publicado numerosos trabajos, epistolares en casi todos los diarios de la región que le vio nacer. La sección de "Cartas al Director" es raro que no traiga algo suyo. Lo que ocurre es que, modestamente, firma: "Un vecino", "Amante de la limpieza", "Un observador", etcétera.

Tiene algunos premios en los Juegos Florales y ha colaborado intensamente en la confección de los programas en las fiestas de su ciudad natal y otras ciudades cuyos alcaldes le han pedido unas letritas. En fin, es conocidísimo.

También ha sido invitado por muchos editores de enciclopedias para salir en ellas, pero tenía que suscribirse y era caro. Prefirió seguir en el anonimato. Pronto publicará su autobiografía y pensamientos.

CARTA DE LA TIA



MANUEL MUÑOZ BARRERAN

¡ CARTA DE LA TIA !

CARTA
DE
LA
TIA



Editorial Einaudi



MANUEL MUÑOZ BARBERAN

**CARTA
DE
LA
TIA**



BARCELONA

Primera edición

Marzo 1972

© El autor 1972

Ediciones MARTE

Concilio de Trento, 131

Galería Comercial, 18

Barcelona (5)

Depósito Legal: B. 14.909 - 1972

Printed in Spain



Impreso en España

Gráfica BISANI

Móra la Nueva, 11

Barcelona (6)

PREFACIO EN EL QUE PONGO A USTEDES AL CORRIENTE DE QUIÉN SOY YO Y DE TODO LO DEMÁS

En primer lugar, quisiera decirles que este libro es el resultado de una experiencia que he vivido en los últimos años de mi vida. He querido compartir con ustedes lo que he aprendido y lo que he sentido. Espero que les sea útil y que les guste.

Este libro es el resultado de una experiencia que he vivido en los últimos años de mi vida. He querido compartir con ustedes lo que he aprendido y lo que he sentido. Espero que les sea útil y que les guste.

En primer lugar, quisiera decirles que este libro es el resultado de una experiencia que he vivido en los últimos años de mi vida. He querido compartir con ustedes lo que he aprendido y lo que he sentido. Espero que les sea útil y que les guste.

En primer lugar, quisiera decirles que este libro es el resultado de una experiencia que he vivido en los últimos años de mi vida. He querido compartir con ustedes lo que he aprendido y lo que he sentido. Espero que les sea útil y que les guste.

PREFACIO EN EL QUE PONGO A USTEDES AL
CORRIENTE DE QUIEN SOY YO Y DE TODO LO
DEMÁS

Un servidor de ustedes es sobrino de doña Esmeralda. Doña Esmeralda no es ninguna zíngara sino la autora de esos exabruptos en forma de cartas que se ponen a continuación.

Naturalmente, ni ustedes conocen a mi tía ni me conocen a mí. A los dos, con perdón, nos tiene sin cuidado. A mi tía porque debe haber muerto, según el tiempo que hace que no la veo, y a mí, porque no voy a salir de pobre hombre modestísimo con que ustedes me conozcan.

A pesar de todo, no será estorbo que les diga que me llaman Manolo Muñoz. De Manolos y de Muñozes está España llena, lo sé. Lo que me da cierta personalidad es ser sobrino de mi tía: nunca, que yo recuerde, se me ha nombrado sin añadir la coletilla de "el sobrino de doña Esmeralda". Creo que a todos mis parientes les ocurre lo mismo y ya nos avinimos a esto hace casi tantos años como tenemos. ¿Qué hemos de hacer?

Mi tía Esmeralda fue siempre una anciana señora. No la recuerdo joven. Bueno, sí: a veces me solía enseñar un retrato que un mentecato pariente suyo le hizo

en su juventud, en donde ella aparecía hecha personaje de billete de mil pesetas. Se refa mucho mi tía haciéndome observar que, debajo de su recortado busto, se leía aún "Don Francisco de Quevedo", porque el desafortunado y caprichoso fotógrafo no había puesto mayor cuidado en desvanecer el nombre del primer personaje, ocupante por derecho del circulito de los famosos.

Debo confesar que mi tía no fue, nunca, una belleza, ni siquiera en sus primeros veinte años; después, muchísimo menos. Era algo chata morrongona y más bien recordaba un gracioso perrillo que a la Venus del Capitolio. (Hay una Venus del Capitolio, sin duda alguna, ¿eh?) El piropo más gordo que oí para ella fue el de una antiquísima sirvienta que solía decir, sin mucho entusiasmo, que mi tía "en su juventud" (atájeme usted esos pavos) tuvo "su aquel" y era graciosa. Esto de graciosa ya sabemos lo que en España quiere decir: que no valía un pepino. Es lo contrario de "que tiene los ojos como platos pero es de sosa..." En este último caso la intención es decir que es bien guapa, guapa de verdad, pero a lo antiguo, con aquella candidez, con aquel sosiego...

Pues, como iba diciendo, nosotros no la conocimos en su juventud, ninguno de sus sobrinos; y duró no sé cuánto, si es que ha muerto, que lo dudo mucho. Un día de estos tengo que escribirle a Pompilio, que era el más acobardado por la tía y siempre le estaba dando plumero. Ese deberá saber si ha muerto, pues yo creo que él lo que pretendía era heredarla. Porque ella debía tener algún dinerito. Esos tímidos saben más que Lepe. Y en el caso de que ella no tuviera algo, quisiera yo saber si ese Pompilio la cuidaría tanto. A los pobres, por muy honrados que seamos, no nos tiene respeto nadie, ni nos dice "señorito" el limpiabotas más antiguo y más servicial de la provincia más escondida. Esta vida es así...

¿Qué decía yo...? ¡Ah!, que nosotros no la conocimos joven. Que siempre la conocimos como un vejstorio insoportable. Esto es; nadie la podía aguantar. Pero todo el mundo la temía; aun mucho después de quitarse aquel moño alto, que la hacía tan respetable.

Lo que no entiendo ahora es por qué le tomamos miedo tan extremado. Ustedes, si quieren, van a leer sus cartas. Bueno, pues todo lo que censura, todo lo que quiere tirar por tierra es muy suyo. Ella era peor que sus sobrinos. A ver si me explico. Si escribe pestes de un conferenciante, ella estaba siempre de conferencia, porque su lengua no paraba. Si escribe de un ignorante, no digamos; ella lo era más y sin fin porque no demostró jamás saber nada de nada. Descuidada e indisciplinada, como ella sola. Pero cuando nos echaba la vista encima ya estábamos mirándonos qué botón nos faltaba en la chaqueta.

Y es que este mundo es del que da primero. Tengo la seguridad de que si uno de nosotros, llenándose de valor, le hubiera dicho: "Tía Esmeralda, eres una vieja ridícula, un esperpento", ella se hubiera achantado y no habría tenido valor para replicarnos tanto así. Pero nos cogió el pan debajo del brazo, como dice la gente.

Temo que ustedes estarán pensando por qué salen a luz estas cartas y por qué razón las saco yo, precisamente. Lo hago porque han puesto empeño en ello ciertos amigos regocijados, amigos de guasa, y las publico yo porque las tengo en mi poder desde que mi buena tía me llamó, las puso en mis manos y me hizo el encargo de que las repartiera. Yo... repartirlas, ¡con lo que dicen!

A ella le debió tocar la lotería o algo así, porque, de pronto, cambió de vida y se dedicó a vivir a lo grande. Y, también, se dedicó a darme estas cartas insultantes que antes no me habría dado por temor a que sus sobrinos lo la invitáramos a comer y a merendar y a cenar...

a vivir, en definitiva, que eso era lo que hacíamos con ella: invitarla a vivir a costa nuestra. Por temor. Por puro miedo, la invitábamos. Si no... también la habríamos convidado, qué duda cabe, por cariño, que nunca falta para una tía.

Por lo que he visto en sus escritos, puedo adelantarles que no guardaba norma alguna para escribir sus cartas. En unas dice y sostiene una cosa y en otra la contraria. Era tan arbitraria como su humor, que cambiaba de forma espeluznante. Debía estar un tanto loca. Eso creo yo. No se explica que le molestasen por igual los educados y los ineducados, los sabios y los tontos, los guapos y los feos. ¿Ustedes le encuentran sentido a eso? Los que me hacen publicar sus escritos absurdos, más querrán divertirse que aprender algo, digo yo. A no ser que quieran aprender a ser unos biliosos como era mi buena tía, que en paz descansa. Si ha muerto, digo, porque si no ha muerto no descansa, a buen seguro.

Aún recuerdo perfectamente el día que me entregó las cartas. Me había puesto una nota imperiosa, como de ella: "Sobrino: ven por aquí cuando puedas. Vente ahora. Te espero." Así. Ya sabía ella que yo no tenía cosa que hacer en ese momento. Fui... porque se trataba de una señora mayor, de mi familia y... por si acaso. ¡Estas ancianas son tan raras! Lo confieso: cuando estuve delante de ella, me encontré a mí mismo amable y preguntón de por la salud y tantas cosas más. Y ella: "Siéntate, so tonto, que vas a morir simplón." Eso sí, lo decía con una sonrisa de bondad que se veía que no le salía del corazón lo de simplón y tonto; al menos por aquella vez.

Pues allá que va el simplón y se sienta humilldito, en puesto de mandarla al cuerno y salir de allí disparado para no volver a verla. Y va y me dice: "Mira, sobrino: yo soy vieja y no tardaré en morir... (Pensé que me salían bien las cosas.) Quizás os muráis vosotros antes que

yo... (vi que se me habían torcido), pero puede dar la casualidad que sea yo la primera... ¡Ahí es nada: la casualidad! Durante mi vida he tenido la manía de escribir cartas, pero, luego de escritas, he pensado que no valía la pena de enviáros las porque como sois así como sois y no vais a dejar de serlo por nada del mundo, lo único que iba a ganar yo con haceros leerlas es que me odiaseis más de lo que ya me odiáis." Lo decía tan fresca, y yo no abría boca ni siquiera para decirle que no la odiábamos. "Pero ahora me ha venido en gana de entregáros las para que las leáis o para que no, me da igual. Para vosotros están escritas y a vosotros os las entrego. Mira: en el cajón de la izquierda de aquel canterano tan feo están. Toma la llave y abre o llévate el canterano entero, que bastante lo he soportado. Sí, ese paquete no pequeño. Las entregas a todos tus primos y parientes y que os aprovechen, que me temo que no."

No crean ustedes que se inmutó al decirme todo esto. Ni tragó saliva, la niña. Como quien invita a merendar. Luego me insistió en que me llevara el canterano entero, y pensando yo que poco más sacaría de mi tía Esmeralda y que un anticuario amigo andaba en busca de canteranos, mandé por él; y lo vendí en seguida también. Lo debí vender con las cartas dentro, pero...

La verdad es que yo no estaba muy seguro del contenido del paquete. Hasta el último momento esperé que fuera un premio a mi obediencia. O que se trataría de algo menos estúpido que estas cartas insultantes. Recuerdo que, con el paquete en las manos, le dije: "¡Qué bromista es usted, tía Esmeralda!" Y ella me respondió con una sonrisa de alimaña: "Sí, muy bromista, sobrino Manolo, muy bromista." Luego me encontré, aparte los duros que me dieron del canterano viejo, con lo que ustedes van a leer, si es que lo leen, que yo no he tenido paciencia para acabarlas. De entregarlas, ni se hable. Ya

lo dije antes. Bueno estaría. El sobrino que quiera, que compre el libro y se busque.

Pues otra que tal es esta: muchos de los sobrinos a quienes ella dirige sus cartas, ni lo son, ni existen seguramente, ni yo sé a cuento de qué viene el escribirles esas cartas. Otros que sí conozco son personas muy serias y no hay por qué faltarles al respeto que se les debe. Pero ya les digo que tía Esmeralda era ineducada, agresiva, ignorante, tremenda. En sus cartas leí más de cien disparates en lo que yo entiendo. Conque, de lo que no entiendo, vayan ustedes a saber los que habrá. Miles y miles. Pero su carácter atrabiliario y hosco la llevó a estos extremos.

Pretendía tener de todo alguna idea y, claro está, idea brillante. Lo cierto es que nada hizo en su vida a derechas y no sé cómo una persona que nada hace a derechas puede guiar a los demás en todos los asuntos y burlarse de todo con aquella frescura inconcebible.

Malgastó su poca fortuna —digo lo que heredó, aunque no sería mucho— en “intentos artísticos”, según decía ella. Con todo se atrevía, sin preparación alguna, y con todo daba al traste porque de todo se cansaba.

De matrimonio, nada. No se casó y murió (si es que ha muerto) sin que nadie le dijera una gracia, como ya dije antes. Ahí está la raíz de todo, ahí. Casada y con hijos no habría tenido tiempo de ocuparse de sus sobrinos, que maldita la necesidad que tienen o tenemos de sus malditos consejos.

Observarán que la palabra “murió” se me escapa muchas veces. El demonio me saca esta expresión que parece reflejo de un deseo. En el fondo, yo me alegraría de que viviera aún y llegara a cumplir los ciento veinte. De veras. Y el hecho de que yo no publique la carta que me dirigió a mí no quiere decir nada. Es de las mejores y en ella se me muestra muy amiga y admiradora mía.

Un puntillo de modestia me impide incluirla en este libro.

Disimulen ustedes que les cuente tantas cosas de mi tía. Siento como cierto consuelo. Encuentro descanso en decir todo esto.

Verán. La única refocilación que teníamos con tía Esmeralda era el poder hablar pestes de sus costumbres, de sus dichos y de todas sus cosas, en cuanto ella desaparecía. No he visto sobrinos más unidos en la desgracia. Nos cebábamos. Y eso que aún no sabíamos lo de las cartitas. Ahora, cuando salgan en letras de molde y las lean los interesados, se va a organizar una buena danza. Vamos a tener una reunión de las grandes; digo, si no me matan antes. Si no me matan y nos reunimos, vamos a descansar sólo para tomar alguna galletita. Y eso por relevo.

Digo yo: si da gusto hablar mal de las tías que nos dejan herederos de algo, ¿qué será de las que no sólo no nos dejan cosa alguna, pero que además nos escriben cartas como esas? Claro que si tía Esmeralda no ha muerto, es muy capaz de hacernos polvo la reunión. Porque, eso sí, hay que reconocerle a mi tía unas condiciones de autoridad excepcionales. Yo me la figura presentándose ante nosotros como Napoleón en Francia, a la vuelta de Elba. Hasta nos haría preguntarle por la salud y por cierta perrita de aguas que todos sabemos muerta más de treinta años ya.

No sé si ustedes habrán tenido la desgracia de soportar una tía parecida. Igual, desde luego que imposible. He de confesar que a todos nos tenía sojuzgados y cohibidísimos. Pocos sobrinos lograron, como yo, escapar de la proximidad de doña Esmeralda, librándose de su influencia nefasta. Pompilio, el más débil de todos, llegó en esto a extremos verdaderamente vergonzosos. Una vez le pregunté si se casaba y me respondió con voz santita:

"Mientras viva la tía..." ¿Se concibe tal sumisión? Y el caso es que no vivía con la tía porque ella no quería, sabiendo lo patoso que es. Pero él había tomado sobre sus espaldas el visitarla a todas horas y andar de un lado a otro con encargos de Esmeralda.

En todos sitios se quejaba de ella, claro. "La pobre tía, cada día más imposible —decía el mentecato—, cada día más inaguantable. Pero esto me ha caído a mí..."

Pompilio es que ha sido siempre un poco flor de estufa. La tía no solía prestarle mucha atención y, en cuanto empezaba a fastidiar, le enviaba a la cocina a que le confeccionara cualquier plato raro. Pompilio siempre tuvo la debilidad de Rossini, sólo que sin las semicorcheas. Quizá sueñe con un plato inventado por él que le saque del anonimato. Pobrecillo.

Repito que, un día de estos, le he de escribir preguntándole si vive la tía Esmeralda. Con la seguridad de que ha fallecido porque era de la época del Imperio. Claro que como ahora se dan esos casos de supervivencia tan asombrosos... En fin, Dios no lo permita. Por el pobre Pompilio más que nada.

Una cosa curiosa quiero contarles en este prefacio que va siendo ya más que largo. Hará unos cuantos años —por el cincuenta y cinco de nuestro siglo venturoso—, un cierto amigo, también bromista, tuvo la idea de comenzar a publicar estas cartas en una revista de no mucha difusión. No más que a las dos semanas de comenzar a salir en aquel papel las epístolas de mi buena tía, varios escritores ilustres se quisieron sumar voluntariamente al número de los sobrinos y comenzaron a publicar por su cuenta cartas de mi tía, bien que simulando otros nombres y guardando el modo, por no decir estilo. Las auténticas y primeras —como se puede demostrar con fechas y datos sobrados— son éstas. Lo que no en-

tiendo es cómo mi tía pudo tener algunos tan rápidos imitadores.

Puesto que pienso escribir, algún día, la historia de esta señora, sería inútil y hasta perjudicial que me extendiera en más detalles que, tal como anda el mundo, podría agarrar cualquier desaprensivo para fines utilitarios. Ahora de lo que se trata es de que ustedes tengan una idea de quién y cómo era mi tía, de su humor extraño y agrio, y de que conozcan sus cartas. Mejor diría, algunas de ellas; porque el total resultaría agobiante. Ustedes no pueden hacerse idea de lo mucho que escribió la buena mujer.

Ahora, una última advertencia que será inútil, como todas las advertencias; no hagan mucho caso de lo que mi tía dice en sus cartas. Yo estoy en la seguridad de que era, o es, una locática. Nada de lo que escribió tiene sentido alguno, llegando a desvariar de tal modo que dirige cartas a sobrinos que no tiene y que ella inventa. Prueba mayor de locura no se puede dar: encontré cartas dirigidas a Luis XIV. Háganse una idea con esto. Manías de grandeza. Dentro de eso, he procurado seleccionar las que, a mi gusto, son más normales y tienen ciertos modos circunspectos.

Si estas letras mías no les han decidido a devolver el libro, pasen la página y comiencen con mi tía. Paciencia.

MANOLO MUÑOZ

**CARTA DEL TODO ESTÚPIDA DE LA TÍA ESMERALDA
A SU SOBRINO MIGUEL MIGUELES CREADOR**

Sobrinazo mío:

Bien sabes cuánto admiro a los verdaderos genios, y tanto más si llevan un nombre como el tuyo. Nombre que han usado cinco, seis o más hombres merecedores de un pedestal de los grandes. (Bien que alguno de ellos haya andado por los folios de la herejía. Dios se lo juzgue.) Cervantes, el Caravaggio, Buonarrotti, Servet, Unamuno, Hernández, como si el arcángel guerrero les hubiese apadrinado en su bautizo, todos se llamaron Miguel. Te esponjas, ¿eh? Alégrate, que de nombre vas bueno.

O malo. Porque se da el caso de lo que yo pretendo es apartarte de los caminos de la genialidad. No me gustan tales caminos. Admiro a los genios, sí, pero no me gustan. Me molestan. Las obras geniales me estorban,

como las moscas más gordas, esas que vemos llegar con espanto y alzamiento de manos. Las obras maestras son un gran estorbo, sobrino mío. Un estorbo formidable.

¿Quieres decirme qué falta hacía la Cúpula de San Pedro? La Capilla Sixtina, ¿para qué sirve? ¿El Quijote? ¿La Divina Comedia? Notabilísimos estorbos para la buena marcha del hombre medio.

Los genios son unos locos inaguantables que, de pronto, se sintieron arrastrados a cometer hechos reprobables, monstruosidades geniales. Tan reprobables como el milagro de un santo, milagro que apabulla y turba al cristiano de zapatillas y leche caliente. ¿Por qué hacer que vuelva la cabeza, asustado, el pobre hombre que va por el mundo sin hacer mal ni bien a nadie? ¿Por qué detener con el asombro la marcha tranquila del honesto ciudadano? ¿Por qué empequeñecer al probo artesano?

A muchos artistas se les encargó una cúpula. ¿Por qué tu ilustre tocayo se creyó en la obligación de hacer aquella tan única pero tan imitable, tan primera y tan bella? ¿Lo sabes tú?

Igualmente, se pagó a muchos pintores por una "Cena". ¿Por qué el empeño absurdo de Leonardo de hacer "esa" precisamente? ¿No pudo hacerla más... corriente? ¿Ah, no! El era Leonardo. ¡Leonardo de bronce, de mármol, con sus barbas y su pelliza larga de todos los monumentos! Leonardo de los dibujos a plumilla de todas las enciclopedias. Leonardo de las estampas del chocolate. ¡Leonardo del diablo!

Vuelvo a preguntarte, sobrino: las obras maestras, ¿son un bien? o lo creo. Si se las imita, se nota mucho. Si no, deben servir para poco. Para que se las lea algo. Para verlas un rato. Para oírlas no mucho. Para anunciar unos abonos... Y, a propósito de oír: los músicos son muy listos, sobrino. Quienes deseen decir a sus amigos "conozco la Novena Sinfonía", habrán de pasarse dos

horas en una sala de conciertos y luego otras dos horas y más después para retener las notas y poder tararearlas. O aprender a leer música y repasar la partitura. Sin embargo, cualquiera puede decir "he visto la Capilla Sixtina", aunque sólo haya hecho entrar en ella, mirar un poco y salir en seguida.

Debe haber mucho engaño en todo esto. Veamos. Tú eres artista y genial. (Lo dices tú y basta.) ¿Cuánto tiempo has dedicado a la contemplación de las Meninas o el Triunfo de la Muerte, de Brueghel? Los críticos han empleado más horas en escribir de esos cuadros que en mirarlos; apostaría mi anciana y noble cabeza. Los copistas son los que más los miran. Y por mi vida que han llegado a aborrecerlos como el vecino de un violinista aborrece esos compases repetidos monótonamente, tarde, noche y mañana y que, aunque sean del mismísimo Bach, fastidian, sobrino, fastidian.

Todos los días oímos lamentar cuántos hombres han perecido artísticamente por meterse en la tarea de imitar a los grandes. Todo marcha bien, pues, mientras no aparezcan esos grandes fantasmiones que nos arrastran, atados a las puntas de sus levitas y que ahogan el espíritu no enfermizo sino normal y corriente de los demás. ¡Pobrecillos demás!

Haydiu es un hombre bueno, excelente músico, que compone, una tras otra, ciento y pico sinfonías, según creo. La gente las oye muy a gusto y las celebra. Se trata, también, de un hombre genial. Pero... ¿Por qué Mozart, en medio de esa larga producción del Papá, ha de poner sus cuarenta y muy pocos años de facilidad, de gracia, de grandeza? ¿Por qué el "Don Juan" si multitud de medianas óperas están siendo oídas placenteramente? Además, esas piezas medianas hacen la música. Son como abono y preparación para una sola obra que las secará para siempre. Pienso alguna vez en lo taimadamente fres-

cos que son los hombres geniales, con derecho a coger todo lo mejor de los demás y hacerlo suyo para siempre, sublimándolo y metiendo fieramente en el olvido a los pobretes precursores.

Yo no quiero, sobrino, que miles de peces chicos sean devorados por un pez tremendo que no puedo poner a mi mesa. Y las obras maestras difícilmente pueden ponerse a nuestro alcance, aunque alguna vez creamos tenerlas en el bolsillo, aunque a veces, por pedanteo, digamos haber entendido su lenguaje.

Eso sí, quizá tenemos el consuelo de leer a los críticos encargados de empuqueñecernos las grandes obras hasta dejárnoslas a nuestra medida, hasta hacernos creer que son naturales. Y tenemos, también, nuestra incapacidad para considerarlas en su verdadero tamaño.

Tú, sobrino, eres un genio. Lo has dicho tú y ya lo dice todo el mundo. Si eso es necesario para tu economía, si ya no puedes bajar del escalafón, sigue adelante. Pero, por favor, no nos hagas obras maestras. ¿Para qué quieres molestarte, sufrir y ofendernos, por fin, a los demás, a los pobrecitos demás, a los medianitos, a los que no podemos hacerlas?

Sobrino querido: imita a tantos que hacen obras maestras dando la facilidad de que nadie se lo crea. Así, puedes hacerlas. o nos humilles, sobrino; y sobre todo, no nos obligues a correr un trote que nos hará parecer ridículos.

Haz caso de tu tía

ESMERALDA

CARTA URGENTÍSIMA DE LA TÍA ESMERALDA A SU SOBRINO FILOMENO FILOMENEZ

Muy querido sobrino:

Envíame con toda urgencia a tu hijo el pequeño. Sí, sí, al pequeño. Te lo devuelvo en tres meses, no más. Cuando me haya hecho unas cositas que quiero que me haga.

Aquí, en casa, le tengo dispuestos diversos materiales: papel de música, violines, tambores, platillos, clarinetes... También lienzos, colores, pinceles, cartones... Útiles de grabar al aguafuerte. Pastas y arcillas para modelar. Cuartillas para escribir. De todo. Aquí tiene de todo. Ya que tú no te decides a explotar ese tesoro y te empeñas en tenerlo escondido, yo no estoy dispuesta a tolerarlo. Ese niño nos hará ricos a los dos: a tí y a mí. Envíamelo en seguida, sobrino.

¿Cómo había yo de sospechar que entre tu mujer y tú habíais traído a nuestro mundo muchacho tan sin-

gular? ¿Cómo pensar que teniendo eso joya, os limitaseis, modestamente, a tenerla en el anonimato? Y, mientras, los Morandi, Cuixart, Clavé y Chiricos, exponiendo sus obras y los Menotti estrenando óperas. Te digo yo, Filoméne, que ese no es el camino. La modestia, fuera.

Me escandalicé cuando viéndote visitar exposiciones u hojear libros de arte, me parecía escucharte frases como esta: "Mi hijo, con los ojos cerrados, hace esto." "¿Esto? Esto lo hace mi niño de cinco años." Pensé, ligeramente, que eras un imbécil o que hablabas en broma. Pero pronto vi que hablabas sin chancearte, seriamente. Como, además, tengo un alto concepto de ti, rectifiqué en seguida lo de imbécil. No. Si tú hablabas así es porque tenías un hijito que hacía todo aquello.

Pero hubo más: en un concierto, ante una producción moderna, dodecafónica creo que era, me dijiste al oído: "¡Esto lo hace mi hijo pequeño, el de cinco años!" Y volví a quedar asombrada. ¿También la música? Y la escultura. Y el grabado. Y la literatura. Hube de agarrarme al recuerdo de Mozart componiendo a los cinco años; Pierino Gamba dirigiendo a una edad parecida, y aquel Pepito Arriola y tantos otros. ¡Dios mío! Pero tu hijito los superaba a todos, no conformándose a un arte sólo.

Un crimen, tener encerrado a ese niño, sobrino. Enviámelo y en tres meses me escribirá un concierto, me habrá unos grabados, me pintará unos cuadros y ¡a vender, sobrino, a vender! ¡A cobrar porque le escuchen! ¡A editar sus obras literarias!

Nos vamos a hincar, Filoméne. Porque... Hablarías en serio de las cualidades de tu hijo, ¿eh? Tú no eres un imbécil...

Espero a tu hijito. Espero a tu hijito.

Un abrazo muy fuerte de tu tía

ESMERALDA

DE LA TÍA ESMERALDA A MUNIO MUNIEZ, DE PROFESIÓN DESCENDIENTE

Noble sobrino:

Más de una vez, ante tu noble tía, has alzado la cabeza soberbiamente y has enumerado tus ilustres ascendientes olvidando de aquellos versitos que nos recordaban que no debíamos jactarnos de nuestra ilustre raza si, debiendo ser melones, éramos calabazas.

Yo, pensando muchas veces en lo vano de creer que con ser descendientes lo somos todo, daba en la tecla de considerar los motivos que se pueden tener para estar engreídos porque en nuestras gentes las hubieron que ganaron batallas, que llegaron al generalato o que fueron escritores o artistas ilustres.

Veo yo, con mi torpeza y mala intención habituales, qué muestras son las que damos de nuestra alcurnia, y se me vienen a los ojos de la imaginación los árboles

genealógicos, a los que no niego cierta utilidad y en los que adivino desagradables sorpresas para quienes los construyen. Pero vayamos al caso de que, investigada una familia, un clan, resulten puros, limpios y en condiciones de que el poseedor de tal ilustre ascendencia pueda ingresar en cualquier orden nobiliaria. Demos por hecho que el árbol está sano. Entonces veremos que, por ejemplo, tú, noble sobrino, resultas encaramado en las más altas ramas. Digo yo: esas ramas, ¿no serán, también, las más débiles? Porque, mirando a un árbol, real o dibujado, se advierte pronto que lo fuerte es el tronco y lo débil las ramas. ¿Que sin las ramas no vive el tronco? Está bueno. Mas, cuando el tronco se harta de vivir y queda "herido por el rayo y en su mitado podrido", no hay ramas que reverdezcan ya aunque el poeta adivine una para su consuelo ni aunque la primavera apriete sus esfuerzos. Quiero decir que las ramas son poco respecto al tronco y que es inútil y tonto que se jacten de alimentarlo cuando dependen de él. Quiero decir que respecto a tus antepasados ilustres tú no eres cosa alguna y que, faltando cierta sabía que todos sabemos, te secas con tu tronco que ha sido medido por muchos con elogio sin hacer caso de las ramas.

El mismo nombre que os dais de "descendientes" ya dice que sois menos, pues bajáis, caéis, amenguáis. Los hombres ilustres ascienden de poco a mucho y sus hijos descienden de mucho a poco. Los discípulos ilustres no descienden de sus maestros, sino que ascienden desde ellos. Quienes son menos, descienden.

Los restos de algo que fue grande inclinan a la tristeza de considerar lo poco en que vienen a quedar las cosas de este mundo. Viéndote a ti, sobrino, las lágrimas me asoman, pues veo claramente a qué cost tan pobre y ridícula puede descender la grandeza. Guárdate

tus antepasados y no los enseñes porque los compadece-rán todos. No muestres la ramita para decir lo grande que era el tronco.

Perdona, sobrino.

Tu tía ESMERALDA, tronco sin ramas.

cuernos! Do mii sol do soooool mi fa reee sol mi dooooo. Espléndido Eslava, aunque sólo sea apto para cultivar la tierra virgen del extenso campo de la niñez. Pero luego, la ancianidad gustará de volver a saborear a escondidas: do miii so do sol mi fa reee sol mi doooooo.)

Te digo, sobrino, que bien aconsejé a tu padre. Él era así y me tenía por mandona y gobernante... no me hizo caso.

Aunque no se ha perdido todo. En fin, tú eres un silbador de clásico y de los mejores. El genio jamás se pierde. Los hermosos lagos, ¿no son, acaso, grandes ríos fracasados, ríos que no hallaron cauce para llegar al mar? Creo que sí, pero, aunque me equivoque, la figura es bella.

He notado, sobrino, cierta timidez en ti. Te embarga la timidez cuando silbas en público. ¿Por qué? ¿Te avergüenzas de conocer a fondo "La Trucha" de Schubert? Asnísimo. ¡Pero si las silbas aexcelentemente! Has conseguido en tu silbo un dulce trémolo que nos hace creer que la obra fue escrita para silbo y orquesta o bien que su autor pensó: "A este quinteto, un día habrá que añadirle un silbador de clásico."

La gente no te ha escuchado como es debido. Antes bien, parece que cuando inicias algún tema durante cualquier espera de autobús o en alguna sala de público de la Telefónica, hay quienes vuelven la cabeza agriamente para dirigirte una mirada de arrugado ceño. El vulgo no ama el arte. No se hicieron las margaritas... etcétera.

En cambio, cuánta alegría si la inspiración te lleva a la Cavatina del Barbero, aquella tan movidita del barítono, y de pronto sientes que otra alma paralela, otro silbador de clásico perdido entre el populacho, responde a tu iniciativa musical y ataca también la bella partitura. En esos momentos, debes olvidar enteramente, dar de lado a tu timidez y continuar el dúo que puede y debe

acabar en el abrazo espiritual de dos almas gemelas que han llegado a conocerse por los buenos oficios de Rossini. Así, Melanio, el silbador de clásico podría también llevar a cabo la gran labor social de la unión de todos los melómanos. Figúrate lo hermoso de una reunión dominical de fuertes grupos de silbadores de clásico que estudiaran obras complicadas y, perfeccionando su escuela, llevaran estas obras por las calles del mundo, popularizando a los maestros. Verdaderamente hermoso. Ideas más estúpidas han prosperado.

Si quieres pasar a la historia, sobrino, funda la Asociación de Ruiseñores humanos o de los humildes Jilgueros o de los Hombres Canoros. Vuestro lugar de estudio podría ser titulado "El Viejo Roble de los Trinos" o "La Encina de los Pájaros Cantores". En vuestra dedicación hay un fondo poético que parece exigir cierto ornato literario, siempre aconsejable por lo demás.

Tu arte, vuestro arte, Melanio, está en embrión; no os hagáis muchas ilusiones. Estáis un poco torpones aún. Se precisará, en su día, de maestros que os perfeccionen corrigiendo vicios y defectos. Habrá que escribir un tratado sobre la perfecta emisión del aire y el debido tamaño y forma de la O labial. La O o la U. La U mejor. Ahora, entregados a la interpretación, libremente y sin escuela, ésta ha de resultar viciosa y torpe en algunos casos.

Será cosa de evitar, en los comienzos, que los inclinados a ese noble arte interpreten obras de empeño como el "Parsifal". Disciplina y a comenzar con piezas sencillitas como el "Dios salve al Rey" y la "Romañola". Después vendrá lo otro.

Tentada estoy de escribir yo misma este tratado. Si no pensara en ti que tan buena disposición tienes para llevar a cabo ese empeño...

Sobrino: una tarde de estas quiero oírte en el silencio del jardín o acompañado al piano, en la salita, bajo las miradas dulces, litografiadas, de Wagner, Brans y Beethoven. "La Trucha" quiero oírtela muy especialmente. Y algunas arias famosas. Ven por aquí, silbador ilustre.

Tu tía

ESMERALDA

DE LA TÍA ESMERALDA A SU SOBRINO
JUANILLO TENORIO, GAMBERRO UNIVERSAL

Muy recordado sobrino:

Tus huesos, si aún lo son recrujirán de alegría, si no de envidia, contemplando la extensión, el florecimiento, el esplendor de tu escuela. ¡Calavera insignie, protocolarias, hombre-juerga del mundo!

Fuiste tú, sobrino, el padre de todos estos a quienes creemos nuevos, castigo de la sociedad, de la gente tranquila; pelanas de la aventura sin riesgo, de la fácil acometividad, de la valentía de emboscada y de esquina solitaria. ¡Nadie te robe ese honor, badulaque ilustre!

Tus cenizas, echadas al viento, han renacido como las del Ave Fénix, y hoy, multiplicadas, inundan toda la redondez de la tierra. Este milagro se podía esperar de ti; este milagro al revés que nadie te agradece. Pero en esto consiste tu mayor gloria, puesto que nunca esperaste

que te bendijeran por las fechorías que hacías constar en tu interminable lista.

Mira, sobrino, tu caricatura, en estos brutos de guayabera y pipa, sombrero y gabardina, blusita y colgajos. ¿No muerdes de rabia tus ajados bigotes ante estos desdichados retratos de tu muerta gallardía?

Tú dijiste: Haré de mi persona escándalo del mundo. Del mundo, campo para mis fechorías truhanescas. De mis fechorías, obras maestras del crimen. Y todos los ojos se fijaron en ti y todos tomaron partido en tu ofensa y aun en tu defensa. Te insultaron, te rieron, te salvaron, te echaron al infierno. Pusieron en tu boca serenatas bellísimas, versos sonoros. Las imprentas compusieron, letra a letra, tu vida y tus hazañas. Te cantaron los ciegos. Recorriste los escenarios del mundo. Tu figura anduvo y anda entre sudarios y candelabros, entre brumas funerarias, reavivando en el recuerdo la nota divertida o triste de la disolución.

Mozart hizo lo que ya tus contemporáneos debieron hacer: ponerte en solfa.

Tuviste un Comendador de piedra que apretara tu mano. Dime, sobrino antiguo, ¿habrá comendador para tus Leoporello y Ciutti de hoy? ¿Tendrán invitados de mármol que les aprieten las muñecas con unos grillos que se llaman esposas?

Tus bromas, vistas desde arriba y por una sola vez, pudieron resultar graciosas cuando también eran graciosos los bufones, los Bobos de Coria y los enanos. Pero ya no es tiempo de esto, pariente. Aconseja como puedas a tus desdichados discípulos. Diles que todo fue una broma y que ya basta.

Tú sabes que el gamberro no es el hombre del campo que, recién llegado a la ciudad, no sabe cómo comportarse en ella. Tú sabes que el gamberro no es el hombre que trabaja o estudia, ni el que aprieta y aprie-

ta tornillos en una máquina y luego siente ganas de divertirse o descangar. Puede serlo, a veces, pero el ejemplo lo tomó de ti, niño fino, gandul, cuyo criado y educando fue un mozalbete de bajos fondos, tan vago como tú, tan desvergonzado y tan inútil.

Tus padres esperaron de ti que alguna vez sentarías el juicio, arreglarías tu vida. Como esperamos inútilmente hoy la sensatez en las cabezas de chorlitos de tantos y tantos. Pero, hoy como ayer, una divertida carcajada, un burlón "Largo me lo fiáis" contesta a nuestros deseos.

Pasaste, y tu figura, ricamente vestida, queda en la memoria popular con un fondo de "andante grazioso". Pero por una vez, sobrino, por una sola vez y sin que sirva de precedente. Multiplicado hasta la desorbitación, nos fastidias, nos incomodas.

Miro eternecida un mechón de tus cabellos que cortó y guardó, hace siglos, una prima incauta, y te deseo la paz.

Tu tía, que no tardará mucho en visitarte,

ESMERALDA

DE LA TÍA ESMERALDA A UN SOBRINO HABILÍSIMO,
CANUTO BÓLEZ, QUE MONTABA RETABLOS
DE MARAVILLAS

Querido sobrino:

Los escritores que piensan y tratan de hacer entender lo que piensan a los demás, se me antojan hombres, naufragos en una isla, que meten mensajes en botellas y los lanzan al mar. Todos sus mensajes dicen lo mismo: "Auxilio, que me muero en esta isla." El naufrago los repite y los repite con la esperanza de que estos mensajes sean recogidos y leídos por algunos, cuantos más mejor, que reaccionarán de diversas maneras. Unos no podrán hacer cosa alguna por salvar al pobre naufrago; otros, podrán correr y avisar de lo que han encontrado y quizás alguno pueda ir a sacar de su isla al pobre naufrago. Alguno, también, se carcajeará imaginando lo divertido de la situación del que escribe.

El escritor repite una y otra vez su mensaje para que alguien lo coja y lo entienda. No es que los que es-

criben tengan pocas ideas y hayan de repetir machaconamente esas que tienen, no. Si repiten esas ideas es porque quieren que las recoja y las entienda alguien.

¿Por qué te digo esto? Esta mañana, luego de verte en diversas fotografías publicarlas por esa gran revista, te recordaba y repasaba tus actuaciones de toda la vida. Te veía niño, con carita de bruto, puesto de aquellas orejitas de burro que te colocaba el maestro por desaplicadito y torpe, con aquellas gracias tan bastas que decías y hacías. Te recordaba joven, sin dotes intelectuales que te hicieran destacar de tus amigos, con tus malísimas notas, tu corpachón y tus granitos en la barba. Te recordaba así y consideraba el cambio que has dado, la danza que ahora te llevas, la tecla que has tocado y que no deja de tener gracia, sobrino. Se me venían a las mientes, por fin, el Retablo de las maravillas de don Miguel de Cervantes y el cuentecillo de los Tejedores Falsos del infante don Juan Manuel. Como soy poco culta, no recordaba todas las cosas que debe haber escritas, en todos los idiomas, sobre los pícaros y los ingenuos.

¡Que tantos buenos hombres se afanen en despabilar a las gentes y que éstas se atasquen en olvidar las lecciones! ¿Nadie lee ya al infante? ¿Nadie a don Miguel? Entonces, todavía, cuando un negado de los otros dioses acude a Mercurio, le pide consejo y Mercurio le adiestra en el engaño, éste lo pone en práctica yendo por esos pueblos, levantando su engañifa y gritando: "¡He aquí mi retablo de las maravillas, creado para solaz vuestro! ¡Ay de aquel de vosotros que, en recorriendo esa cortina, no vea lo que hay tras de ella, porque ese tal no es hijo, ciertamente, del que hasta ahora tiene por padre, sino que Dios sabrá de quién lo es!"

Es viejo el sistema. Tú no tienes maravillas que mostrar, pero has aprendido de los oradores de mercado ciertas frases grandilocuentes y ampulosas. Sientes des-

precio por los tontos que te rodean y piensas que engañarlos no es grave sino divertido y honesto. Entonces, les haces pagar por unas maravillas cifradas que jamás entenderán ni verán y, para cubrir tu retirada, amenazarás con la vergüenza a quienes se atrevan a levantar su voz diciendo que no aciertan a ver cosa alguna.

El juego es de todos los oficios y de todos los estamentos sociales. La ignorancia ayudada por la desfachatez. Cuando tú levantas tu barbilla, miras despreciativamente al honrado burgués y le espetas: "Usted no entiende. Usted no ve más allá de sus narices. Es usted un retrógrado. Vive usted en el siglo diecinueve. No está usted en su tiempo. Muérase." Cuando tú dices todo esto con voz dura, hay pobres que se asustan, que se anonadan, que te toman por un hombre superior y que te cobran miedo. Con esas pobres gentes cobardes puedes hacer ya lo que quieras. Hasta obligarles a pagar por tus obras, por la contemplación de tu maravilloso retablo. No haces otra cosa, sobrino, que resucitar la estafa de los tejedores de don Juan Manuel, la burla de los que llevaban el retablo mentiroso por los pueblos de gentes sencillas que no querían carecer de padres.

A mí, sobrino, me basta con echar una mirada por esos mundos para asombrarme. ¡Cuánto retablo fantástico! ¡Cuánto artilingio maravilloso en este siglo de los grandes adelantos! ¡Cuánto pícaro en los tiempos, lejanos ya, de la picaresca cervantina! Este mundo, sobrino, da ciento y raya al antiguo de los soberbios embelecos, de las tramoyas pasmosas. Este mundo de hoy, de los grandes escepticismos, sobrino, es capaz de hacer cola para ver un pedrusco puesto sobre un pedestal, en medio de una sala, por un pretendido genio. ¡Qué mundo el tuyo, qué mundo! Un artista, llena un lienzo enorme con pintura roja, chorreante, y este mundo superculta, de hombres que apenas creen en algo, van, devotos, a creer

en aquello y a ver de cerca al genio que apresta imper-
tinencias para volcarlas sobre sus visitantes. ¡Qué mundo!

Dime, sobrino: Cervantes y don Juan Manuel no es-
cribieron aquellas cosas para aleccionar al pueblo, sino
para adiestrar a los pícaros, ¿verdad? Ellos estaban con
los pícaros... es cierto. Yo estaba equivocada. Aquellos
hombres se divirtieron con el ingenio de sus criaturas y
ellos mismos, en la vida real, serían pícaros y engañado-
res. ¡Siempre había creído lo contrario!

Pero don Juan Manuel y Cervantes, al escribir, die-
ron al pueblo cosas reales, con un valor real, algo que
el pueblo entendía como provechoso. Sabían escribir y
pensaban lo que escribían. No tenían que amenazar a la
gente con la ignorancia y la falta de padres para que en-
tendieran sus obras. Hoy, ¿no se hace pagar al pueblo
por cosas que no entiende ni ha de entender nunca? ¿No
se les imbuye a las gentes el gusto por algo que detestan
con la amenaza de no dejarles entrar en el mundo de la
cultura? ¿No paga por ver puestas en lugares de honor
cosas que no sabe qué misterio tienen? Siempre los ar-
tistas pusieron misterio en sus obras, pero por algún
rincón dejaron levantado el velo para que el pobre men-
tado entendiése. Ahora no; ahora se nos presenta una
enorme bola asegurándonos que dentro hay sorpresa; es
pero jamás podemos abrir esa bola por muchas vueltas
que le demos.

O dime, sobrino. ¿No será ilusión lo que vendéis?
Debe ser así. En un mundo que ha perdido la cultura
para ir ganando la civilización, según parece, yo he visto
ir por los museos a grupos de gentes detrás de un hom-
bre que les habla brevemente de las maravillas que tie-
nen delante. Pero, sobrino: en puesto de hacerles admi-
rar aquellas auténticas maravillas, les hacen dar vueltas
de acá para allá, contándoles pamemas de cómo mira tal
princesa de un lado para otro, de cómo los caballos que

parecían ir en un sentido van en otro, de cuánto costó
labrar aquella pieza o de si su autor se volvió loco. Ha-
cen al revés que vosotros: ante la verdad, levantan un
retablo de embelecos que no permite ver absolutamente
nada. ¡Qué mundo el tuyo, sobrino!

Oí decir a alguien que aconsejaba a un pintor: "Haz
lo que puedas, y a aquello que te salga, invéntale una
historia o varias historias ensartadas. Que los que se si-
túen ante el cuadro tengan algo que decir. La gente, lo
que quiere es tener algo que hablar ante lo que debería
callar."

Observa, sobrino, que la gente pide a los entendidos
que les acompañen a los museos para que les expliquen.
En realidad, no quieren que el entendido levante el sello
que cierra la penetración de la obra maestra. Lo que
pretenden es que, mientras van mirando aquello, alguien
les caliente el oído con historias. Y si esto es así y yo
misma lo reconozco, tú tienes razón.

Sobrino: me arrepiento del tono en que comencé mi
carta. Engaña a las gentes con tu nuevo retablo. Yo no
sé qué escribes ni cómo se lee lo que escribes ni lo que
persigues con esos galimatías. Pero como oigo decir a
muchas personas que ellas sí que te entienden y que te
consideran un genio de las letras, sobrino, sigue escri-
biendo y pariendo cada mes una bola con mensaje den-
tro. Iré a ver cómo las gentes hacen cola para entrarse
a ver tus engendros teatrales y oiré cómo, al salir, se
van comunicando sus impresiones y hasta cómo te críti-
can opinando dónde debiste poner esto y lo otro y qué
camino sigues. Que también es gran cosa ver cómo las
gentes entienden eso que yo creo que ni tú entiendes.

Beso tu sandalia, sobrino ilustre.

Tu tía

ESMERALDA

DE LA TÍA ESMERALDA A SU PRIMO JOSÉ GUAPEZ Y GUAPEZ, DE PROFESIÓN SEÑORITO PEPE

Primo mío:

Cuando fui al pueblo pensaba visitar tu panteón para rezar algo por tu alma. Esta confesión te la hago con la mayor sinceridad y con cierto miedo a una reacción violenta tuya. Me siento culpable, primo Pepe. Sirvame en descargo lo antiquísimo que eres. ¿Cómo había de sospechar alguien que aun seguirías "perene", como decía cierto labrador de las que un tiempo fueron mis tierras? Y allí estabas tú, con tu pelliça, con tus perros, con tu fusta, con tu caballo, con tu casino, con tus taquitos de todas clases, con tu "Que vayan echando el arroz". ¡Qué alegría, señorito Pepe!

Recuerdo que todo fue así: cuando deshíce las maletas y luego de "darle una vueltecita a la casa" —a lo que me queda de casa—, me senté en un viejo sillón de mimbre como quien se deja caer en una máquina de rui-

dos con recuerdos de playas muertas. Frente a mí, dentro de un marco de peluche, estaba tu retrato; aquel en que apareces vestido de hermano mayor de Nuestra Señora de la Soledad. (No te rías, primo Pepe.) Se me torció el gesto en una mueca de lástima. ¡Cómo estarán tus huesos!, pensé.

Pepa, la casera, me dijo con voz encandilada: "¡Qué guapo y qué reguapísimo; qué rebién que iba el señorito Pepe en las procesiones del Viernes, señorita Esmeralda! ¡Un sol de hermano mayor!"

En un susurro, contesté: "¡Ay, sí! ¿Murió bien el pobre?" (Es la manía de nosotras las mujeres; que los hombres muráis bien luego de una vida... ligera.) Pepa, ya sabes lo confianzuda que ha sido siempre, por poco más me habría hundido del porrazo que me dio en el hombro. "¡Señorita Esmeralda! ¿Está usted chiflá? El señorito Pepe no ha muerto. ¡Ave María Purísima, morir-se el señorito Pepe! Ese tiene hilo para rato y está hecho una mojama... ¡Muerto! ¡Que Dios no lo consienta, aunque ninguna falta hace!" "¡Pero si me lleva por delante veinte años, Pepa!" Otra manía de nosotras: que todo el mundo nos lleve veinte años. "Pues parece que se los lleve usted a él, y perdóne la franqueza."

¡Señorito Pepe eterno! Si me hubieran dicho que vivían aún Godoy o doña María Luisa de Parma no me hubiera sorprendido tanto. Me desaté en preguntas: "¿Bebe?" "Sí, señorita." "¿Caza?" "Lo que puede. Ya sabe usted: los remos..." "¿Con...quista?" "Se le rien todas." "¿Debe?" "Debe mucho." "¿Hipoteca?" "La chaqueta." "¿Apadrina?" "Algo." "¿Alterca?" "Le dejan gritar." "¿Trabaja?" "¿Eh?" "¿Ande usted, que se quiere reír de mi inocencia de perro! ¡Está usted buena, sin perder el gracejo! En el ayuntamiento se habría de colocar ahora... ¡Es que tiene usted unas cosas! Ni es persona él que le esté bien el ponerse a algo, señorita."

Eras tú, Pepe, el de siempre. ¡Señorito Pepe! ¡Señorito Pepe eterno! Y yo, señorita Esmeralda. ¡Qué viejos somos ambos! Tú, veinte años más.

Luego, tarde, cuando oí el campanillazo, supe que el visitante eras tú. ¿Por qué las personas no olvidamos jamás nuestro modo de jugar con las manos, de tirar de la cuerda de una campanilla, de mirar a alguien, de hacer todas esas pequeñas cosas según nuestro escondido código? "¡Abran al señorito Pepe!"

Te sentaste en el fraillero grande, que tiene la tapicería raída pero que sigue siendo cómodo. Me estremecí como si fueras sombra de ti mismo. Pero eras tú. Petulante, gracioso, mal educado y bien educado, liberalote y feudal, generoso y misero... tú. Me pediste café bueno, despotricando contra el que te suelen dar en el casino. Me dijiste que los años no pasaban por mí. Gracias. Te devolví la fineza mintiendo. Me aseguraste que yo era un tanto mayor que tú. Otra vez mentí, callándome. ¿Qué más da a estas alturas? Fue una entrevista triste, disfrazada apenas por un aire de alegría. Los dos sabemos que nuestro mundo está muerto. El tuyo más que el mío. Porque yo me aferro, acaso engañándome, a la popa del barco recién botado que... ¡Bah!, escribo tonterías, querido primo. Debo ser más vieja que tú, según está mi cabeza. ¿Cómo pude sostener la plácida sonrisa mientras miraba tu leontina, tus botines, tu bigote amarillo, tus manos, inactivas de siempre, que no dejan escapar, con esa única energía tuya, el anillo con sello de piedra negra que jamás venderás? ¡Señorito Pepe de siempre...!

No te preocupes por los cuarenta duritos aquellos. Me los devolverás cuando den fruto esos árboles que otros ponen, con su dinero y su trabajo, en tierras que ya casi no son tuyas de puro bebidas que te las tienes.

Cuando volví de despedirte, en la "sala amarilla" (no te rías) se desperezaba mi playero de mimbres, recru-

jiendo. En la poltrona frailería se acomodaba un gato negro, lustroso. Pepa, la casera, entró a decirme, contándole las puntas al delantal: "Ha dado un capuzón el señorito Pepe. ¡Qué pocas pascuas va a hacer! En fin... es ley..."

Adiós, primo. No volveré al pueblo.

ESMERALDA; la señorita Esmeralda.

CARTA REACCIONARIA DE LA TÍA ESMERALDA A UN CRÍTICO DE ARTE

A DON LAUREANO DE VARGAS, ENTENDIDO

Querido Laureano:

Todo lo que te voy a decir se resume en unas palabras: o escribes para que te podamos entender o guarda la pluma en un cajón de tu mesa y dedícate a otra cosa. ¿Para quién escribes? Supongo que para el pueblo que es el que, mirándolo bien, debería leer tus oscuros párrafos. Porque si escribes para unos cuantos, tus engendros deberían estar en publicaciones restringidísimas, no en diarios populares. Y el pueblo, para que lo sepas, no te entiende. Y tu desprecio hacia los que no te entienden es disparatado pues escribes para ellos. No valdrá que repitas "Hay que culturizar al pueblo". La cultura la reciben las gentes con palabras claras y nobles. Lo tuyo es una trampa sucia, enmarañada, donde

no se dejan coger los avisados lectores de periódicos. Que cualquier universitario enteradillo se dé por entendedor de tus cosas es poca base para que te mantengas en la actitud estúpida.

¿Estoy demagoga? Sí. Y tú también estás demagogo. Estúdiate un poco y tendrás que reconocer que tus tenebrosidades feudales, de aula palaciega, se escudan y se defienden con hipócritas y antiguos democratismos. Yo no soy demócrata: yo soy pueblo. Es muy distinto, amigo. Tú eres demócrata porque estás lejos del pueblo, o simulas estarlo, escribiendo de forma que el pueblo se aleje más y más de cosas que teme no poder entender nunca.

Don Luis de Góngora era pueblo y escribía para el pueblo muchas veces. Después, sin pedir perdón a ese pueblo que le entendía, se ponía a escribir para la academia, para el grupo restringido, para los más selectos. En su tiempo de buenas cabezas, alguno de los elegidos lo traduciría a la comprensión llana; hoy, cuesta muchos apretones de sesos el penetrar algo en su "Polifemo". Don Luis no pretendía ser popular.

Hoy, en nuestros felices días democráticos, el arte debería ser más para el pueblo y, por contrasentido inexplicable, se escapa a esferas de cuidadísimo cultivo, de abono económico insuperable.

Si el pueblo te busca a ti, crítico ilustre, para que le aclares sus ideas, para que lo orientes, se tropieza con el muro formidable de una prosa endiablada que en la capital es quintaesenciada y "sublimática" pero en las provincias es enrevesada, patana hasta la risa.

Si el pueblo pudiera entenderos algo, se encontraría con la explicación y defensa de construcciones en las que no puede vivir cómodamente y con alegría, de esculturas que no aguantaría con paciencia, de lienzos que no entiende y que necesita de interpretaciones técnicas, esté-

ticas y hasta históricas que le perturban, de escritos ante los que se devanaría los sesos sin resultado provechoso.

El pueblo ama las imágenes claras, no las criptografías rebuscadas. Aún, todavía, siempre. Cuando el pueblo llegue a entenderos, reír a carcajadas y no se meterá en el suicidio tedioso que le brindáis. Por éstas que son cruces.

El pueblo ama lo ridículo porque no le sabéis hablar en su lenguaje, en el único que puede entender, en el de las limpias imágenes, en el de los recintos humanos, en el de las piedras que le retratan.

Cuando no creas esto, peor para ti. Y antes de acabar con ésta que te parecerá estúpida carta, quiero que me expliques: ¿Por qué razón, cuando nos cuentas algo que te interesa vivamente que entendamos, lo haces con lenguaje sencillo? ¿Por qué tus cosas nos las dices con claridad? ¿Por qué, en esas ocasiones, no utilizas el medio de expresión que defiendes? Utiliza siempre el lenguaje que buscas para tus definiciones artísticas.

Te juro que, si yo supiera rebusar tus modos estúpidos, esta carta te la hubiera escrito con ellos, para ver si la entendías.

Un abrazo, carísimo.

Tu tía,

ESMERALDA

Aparte de todo esto, como tu tía es buena y razonadora, aunque esté tachada por todos de loca, y comprendes que hay gentes para mil gustos, ahí van unos consejos por si te sirven de algo. Y aunque no te sirvan de cosa alguna, ahí van, hijo de mi prima Lolina, ahí van:

Recuerda, Jacques de mi corazón, si haces películas en las que aparezcan cuevas —que sí las harás—, que, además de las de cartón, tan buenas y tan prácticas, que hacen ahí en la capital, hay otras, auténticas, en los montes, que pueden resultar baratas si no intentáis firmar contrato alguno con sus propietarios y no pisáis mucho los sembrados cercanos. Las de cartón, es cierto, dejan ver con claridad que os costaron vuestro dinero, como el blanco y carmín de doña Elvira, mas... también dejan ver que son de cartón y el barniz les escurre. Están pidiendo un "Recién pintadas" a gritos desesperados.

Considera, Martínez mío, que cuando en una película mala se introducen escenas buenas, robaditas, de asaltos a palacios por turbas enfurecidas, por ejemplo, la gente que, como tu tía, conserva la vista y la memoria, queda enterada del robo. Así, pues, Martínez mío, no metas las manos, los diez deditos, en cajones franceses o ingleses o de donde sean. Y si robas, que no se note. Que lo tuyo sea tan bueno como lo otro para que pueda "pegar" bien.

Si haces películas históricas y en ellas aparecen galeones, procura dinero para hacer más de uno y muchas maquetas perfectas. Que no se advierta mucho la piscina removida ni se nos venga encima el mismo galeón, una y otra vez, sin venir a cuento y por sacarle el pringue a los dineros que os costó el barquito. Cuando terminéis de hacer la película, lo metéis en el puerto de Alicante y cobráis la entrada. En la cinta, que se vea solamente lo necesario. Pero haz películas de galeones, que, desde

aquella célebre que abrió la brecha y tú recuerdas perfectamente, dan mucho resultado.

Repara, Ford amado, en que las luces de velones, candelas, cerillas, quinqués y otros artefactos luminosos, aún no han sido bien interpretadas en ningún cine, ni siquiera en el mejor. ¡Y son tan necesarias, sobre todo para películas de miedo! Hay que poner muchas luces de llama, querido Ford. Pero tú procupra evitarlas, sobrino; no metas muchas escenas de asesinos subiendo escaleras tortuosas, auxiliados por lámparas, porque, inevitablemente, nos regalarás, una vez más, la sorpresa del potente foco encendido de repente que, emulando y superando a la débil bujía, proyecte sobre la pared la recortadísima silueta del malvado que, por otra parte, agradecerá a la fortuna la aparición de tan formidable ayuda luminosa.

Observa, buenísimo Roselli, observa cómo en nuestra tierra, las mujeres, ni ahora ni nunca, se han despedido de sus amigos que parten en velocísimo tren, caballo o barco, agitando la mano en alto, de izquierda a derecha como negando algo o deseando que no vuelva el viajero. En otras tierras será tradicional ese saludo, pero en la nuestra no. En mis tiempos nos despedíamos con un abur, cerrando y abriendo la mano, y cuando el vehículo estaba ya lejos, sacábamos nuestros pañuelos y los agitábamos. Después, con el mismo pañuelo aireado, nos secábamos unas lágrimas, si las había, y santas pascuas. Inventa una despedida nueva, usa la antigua o quita las despedidas.

Tampoco imites, director amado, el modo como secan sus lágrimas las actrices extranjeras. Habrán visto que parecen haber llorado por la nariz y por eso secan delicadamente esa parte del rostro después de tomarse una llantina. Por aquí se ha llorado siempre por los ojos. Que enjuguen sus ojos tus actrices y que no les salgan las lágrimas por las colas de ellos, sino por los lagrima-

les, que para eso son llamados así. Esto si haces películas de lágrimas, que si las deberás hacer, ya que dan mucho dinerito, mucho.

A mí me gustan las películas románticas con calles estrechas, lloviendo a cántaros y las damas y los caballeros muy arrimados a las paredes. Con un cristalón de un café, sobrino, donde diga "Café". "Café de los Artistas", si es posible.

La niebla de Londres a ver cómo me la haces. En eso se sabe si un director está muy bien curtido, muy entrenado. ¡He visto cada niebla! Creo que las imitan con incienso saliendo por las grietas del suelo.

Los incendios son muy sencillos. Con casas de cartón, de metro y medio. No hagas incendios.

Los niños pequeños creo que los "hacen" con muñecos muy bien liados, pero se nota, se nota. Prueba a poner niños de verdad que no miren a la cámara. Y a ver si consigues —que se me olvidaba— que las ruedas de los carros y de los coches giren para adelante, que todas giran al revés de como deben.

Cuatro cientos de cosas más te diría si esto no fuese una carta. Vente un día por casa y charlaremos. Un sillón que tengo antiguo, muy cómodo, te lo prepararé con un letrerito detrás que diga "DIRECTOR". Pero, eso sí, tendrán que venir vestido de director, que a mí me encanta. Como Cecil B. de Mille (Dime: esa B., ¿qué quiere decir?)

Ahora ando muy mal de salud y no voy ni siquiera a los espectáculos.

Tu tía que te ama,

ESMERALDA

**EXTRAÑA CARTA DE LA TÍA ESMERALDA A SUS
SOBRINOS JUAN, ANTONIO, PEDRO, RAFAEL,
ETCÉTERA, A CASI TODOS SUS SOBRINOS**

Sobrinos míos:

Esta carta colectiva es para pedirnos una cosa que no me concederéis. Pero, aun sabiendo el poquísimo caso que me vais a hacer, os la escribo un tanto esperanzada. Por delante va mi petición: dejad subir al muchacho.

¿Me entendéis, sobrinos? Sí, es a vosotros, a los que estáis arriba y a los que estáis abajo. A los que estáis abajo para que no le tiréis de los pies. A los que estáis arriba para que no le piséis las manos.

Bueno está: no le ayudéis. Dejadle hacer solamente. Dejad que otros le ayuden. Dejadle tranquilo al menos. Cerrad las bocas. No le espantéis. Sois las voces y las figuras de tantos cuentos de hadas donde los castillos encantados están bajo la guardia de unos endiablados seres que sólo tienen el encargo de amedrentar al prin-

cipe para que no se adentre por los arcos semiderruidos que se restablecerán cuando él encuentre a la princesa dormida cerca del tesoro oculto. Callad, sobrinos. Estoy cansada de escuchar vuestros gritos agoreros: "Se estrellará", "Va demasiado lejos", "No sé qué quiere". Dejad al muchacho.

¿No os da gusto ver cómo el muchacho hace tonterías? Pero ¿qué ha de hacer si no tonterías, un muchacho? Lo terrible es hacerlas a vuestra edad. Y las hacéis. Los que estáis arriba repeliendo a los que suben. Los que estáis abajo arrastrándolos hacia vosotros. Los de abajo porque lo presentís. Los de arriba porque sabéis que la altura es peligrosa... ¡Qué amor al prójimo, sobrinos!

El muchacho tiene fuertes las manos y subirá. Entonces no extrañéis verle volverse contra vosotros, convertido en una fiera. No os extrañe entonces que os empuje para haceros caer o que os escupa desde arriba.

Los que tenéis sillón en la altura os aferráis a él con cara hosca como la de un perrillo al que se quiere quitar un hueso. Os costó mucho trabajo llegar a agarraros a sus brazos porque el mundo siempre ha sido igual. Los que no tenéis sillón en la altura sabéis que os lo robaron, que lo merecisteis siempre. No queréis que ahora el muchacho suba y se siente lindamente en uno de esos poltrones tan difíciles. ¡Bah! El muchacho, por ahora, no quiere un sillón en la altura. Ahora, quiere subir trabajando. Dejadle. Dejadle todos. Basta de guerra absurda.

No metáis al muchacho en vuestros casilleros ridículos y estrechos. No le queráis colgar un nombre latino. No le recortéis un patrón. Dejadle, sobrinos con laurel. Sobrinos sin laurel, dejadle.

No midáis sus obras sin estructura sólida, con los ojos entornados del que sabe, ni con los ojos furiosos

del que quiso hacer lo que no pudo y no tolera que alguien lo haga. El muchacho intenta hacer algo y eso es bueno, sobrinos. Pero si hace algo de lo que no entendáis no le juzguéis sólo porque es muchacho; dejad que le juzguen otros muchachos, y no seáis vosotros, los omniscientes, los que de todo y de nada sabéis, quienes echéis sobre vuestras espaldas la dura tarea de rectificarlo todo.

Nada más, sobrinos. Estoy cansada de vosotros, de todos.

ESMERALDA

portadora de laurel en todas las glorietas de las capitales de provincias. Ese ángel femenino, con una trompeta, que sopla, sobre la tumba del fabricante de abanicos, un aire triste. Ese imberbe semidesnudo, de cargados mofletes, en el monolito, saltando sobre una pequeña colección de huesos desconocidos. Ese mundo de mármol puesto a los pies de un señor con levita. La corona llevada por un concejal que pronuncia un discurso. Aquella dama velada que gime sobre una arquitectura fúnebre; que gime sin descanso porque es de piedra. Ese arcángel adusto que, llevando el dedo a sus labios, ordena silencio a los que hablan mal del difunto. La Fama... este busto puesto junto a una fuente, en la calva de la cual las palomas ponen, sin respeto alguno, una falsa peluca de excremento. ¡Ay, sobrino, tras de qué corres!

La Fama es tu nombre pronunciado mal en diferentes idiomas de modo que ya no es tu nombre. Tu rostro desfigurado por los dibujantes de enciclopedias de divulgación. Tus anécdotas confundidas con las de otro al que ni siquiera conociste. Tus trapos sucios aireados. Tus defectos caricaturizados. Tus virtudes disimuladas. Tu historia mal escrita. Tu monumento con una manta por las piernas para que no te enfries.

¿Has visto a Colón obligado a señalar todos los barcos que entran en los puertos? Por cierto que en América, las estatuas de Colón señalarán, sin duda, el camino de vuelta, o estarán con los brazos bajos. Tengo que averiguarlo. ¿Has visto a Goya registrando, satisfecho, la buena entrada del Museo del Prado? Los políticos arregnan a los conductores de automóviles y les recuerdan las severas sanciones impuestas a quienes no cuidan la moderación en la velocidad. Grandes escritores desnarrigados...

Tus huesos, si no los escondes, como hizo el infatigable Mozart, irán de un lado para otro. Tus obras serán

analizadas, criticadas, saqueadas, puestas en pepitoria, descuartizadas, sujetas a tasaciones de comerciantes que no te estiman sino por lo que monta el beneficio que les produces. ¡La Fama!

Pisar las gentes sobre ti para contemplar mejor al que llegó después que tú y, sirviéndose de tus ideas, creó mejor y con más facilidad. Se pisa sobre un cuadro de David para ver mejor un Delacroix; sobre las composiciones de Donizetti para oír mejor las de Verdi. Ponen los pies sobre los hombres de Verdi para escuchar a Wagner y luego patean a éste para no perderse nota de Ravel. Los treinta libros que se leen hoy con admiración, son vendidos mañana al peso para adquirir uno solo del autor de moda.

No sé si he soñado una gran pirámide hecha de hombres por encima de los cuales suben otros hombres que aspiran a morir en lo alto para que después muera otro sobre sus espaldas. Pero ellos han escrito la Historia, la que se escribe con letras mayúsculas. Los demás... los que nacemos y morimos sin nombre, también merecemos la pena, y por eso mandan labrar para nosotros una lápida con el reloj marcando la hora fatal, esperando que alguien, boquiabierto, considere la gran catástrofe de nuestra desaparición. Somos así.

Sobrino: con el nombre que tienes es casi imposible alcanzar la Fama. Pero insiste. No hagas mucho caso de los pensamientos de tu tía. Es que ella cree que, cualquier día, entre una nube de humo negrísimo, volarán por el espacio trozos de Partenón, patas de silla "Luis XV", persianas verdes, lienzos de Picasso, trozos de tubería y algún que otro ladrillo de la modesta casa de tu pobre parienta. Sí; esto será en cuanto cualquier sabio, en cuyas manos estamos, ponga "equis" donde debió poner "a" en la receta de una bomba.

Vive lo que puedas, sobrino, y piensa un poco en el

entender. Mira por dónde, ahora hasta tienes premios en los juegos florales. Bendito sea Dios, sobrino.

Por otra parte, ¿quién no se inclinará a tu dulce trato, sólo con verte? De buena estatura, sin ser alto ni bajo; de facciones ni duras ni blandas; cabeza monda y lironda, cosa que tanto ayuda a un aspecto venerable; la mirada entre anubladiilla y triste; los movimientos tardos con un si es no es de quebradizos... ¡Cuánta verdad dice aquel refrán: Genio y figura, hasta la sepultura!

Tu alma, flor criada en estufa, se aja con el trato y roce del mundo. Yo sé que tú lloras ante la inútil y útil crueldad. Un simple pollo arrastrado al sacrificio puede levantar en ti oleadas de amargura. ¡Que sí, que te conozco! Pues, ¿no saliste mohíno de un templo por que viste en él un San Fernando con armadura y espada? No te explicabas qué hacía aquel guerrero allí en un recinto de paz. Odias la guerra y las manifestaciones belicosas te anodadan. Ni un mosquito matarías tú. Yo sé que el inventor del DDT ha amargado media vida tuya. Tú, sacas la mosquita de tu café con leche y la pones al sol, para que se seque, para que se salve. Dios te bendiga. Yo, con el pulverizador de insectivida en la mano, soy el Ángel Exterminador. Vergüenza me da decírtelo.

De la guerra, hijito, ¿qué quieres que te diga? Me parece muy bien. Sé que es una locura manifestarlo, pero me complace, me gusta. Tú me estarás diciendo por lo bajo: "¡Claro, como vosotras no vais!" ¿Qué no vamos? En la guerra próxima veremos quién de nosotras se libra de ir. ¿No adviertes, sobrino, cómo poco a poco nos van metiendo a las mujeres en ese fregado? Comenzaron llevándonos a las Cruzadas a título de diversión y para que viéramos mundo, como habrás visto en el cine-mascopio ese. Después nos rogaron que fuésemos a ponerles vendas en los chirles. Luego nos pidieron que, muy bien uniformaditas,uviésemos cuidado de la retaguardia y

de ciertos servicios arriesgados. ¿Tú crees que no nos dirán, dentro de nada, "id al frente que ahora vamos nosotros, en cuanto nos desocupemos"? No hace falta ser muy profetisa para vaticinarlo.

Pues de aquello del San Fernando con armadura que tanto te turbó, yo te digo que si España estaba tan llena de morisma como dicen que estaba, hizo muy bien en ponerse así, por muy santo que fuera. No se iban a ir los moros pidiéndosele por favor... digo yo. Además, que de algo tenían que morir.

Tú, como vas pidiendo perdón a los que te pisan por haberles puesto el pie debajo, todo te parece muy bien. Tu asiento no es tuyo. Tu periódico es de todos; tu protesta, la última si es que llega; tu bendición y alabanza, las primeras, aunque no vengan a cuento. Todos los niños te parecen simpáticos y guapísimos; todas las personas educadas y finas; todos los mamarrachos obras maestras... ¡Chico, chico! ¡De todo hay y a cada uno lo suyo!

Una cosa tienes que me llena de dudas: siempre has sido un miserablón. Digo yo que ha habido muchos santos liberales y han sido los más simpáticos. Yo no soy muy dadivosa, pero tampoco soy tan buena como tú, ni quiero. A ti te he visto yo repartir tabaco baratejo, malo, entre tus amigos, para luego, en los ratos de soledad, fumarle los hermosos habanos del otro bolsillo. ¡Luego, andarás salvando mosquitas! También tus amigos son tus hermanos, muchacho. Además de las mosquitas.

Pero por todo paso y todo lo olvido cuando te veo pedir parecer a todos sobre lo que tú, humildemente, llamas tu último engendro poético. Al principio, te aplaudían creyendo de buena fe que, aparte ser engendros —que sí que lo eran—, podían ser, verdaderamente los últimos. Luego, cuando repararon en que lo de últimos no era cierto, se cebaron en ti. El mayor mérito que te

encuentro, sobrino, es el de la paciencia con que lo llevas.

De ti no oigo otra cosa sino "es un bendito", "un pedazo de pan", "una malva", "un alma de Dios", "un ángel" y muchas más oraciones de este estilo, que, juntas, forman una letanía dedicada, tradicionalmente, a los de tu condición sana y apacible. ¡Dichosa la familia que, en el sorteo de esta perra vida —que es una tómbola, tiene razón la chica esa— sale premiada con un alma como la tuya, joya de una casa, de un barrio, de una ciudad!

No puedo despedirme de ti con el consabido "que seas bueno". ¿Eso a ti? Que seas un poco malo, sobrino. Un poquitín siquiera para que tus amigotes tengan algo que decir de ti a tus espaldas, reunidos en murmuración. Un poquito de maldad para que no mueran de envidia los perversos que te rodean.

ESMERALDA

CARTA DE TÍA ESMERALDA A SU SOBRINO ISIDRO CORDERO, QUE QUIERE IRSE A LA CAPITAL

Sobrino mío:

Estás cansado de la provincia. Quieres liar tu petate y largarte a la gran ciudad, a la capital. Naturalmente, piensas que uno de los viáticos más apropiados de los que emigran hacia allá es un paquetito de cartas de recomendación. Repasas todos los provincianos que liaron su petate y se largaron y encuentras que dos o tres lograron fortuna feliz. Buscas, claro está, cartas para éstos. Y a mí me pides unas letras para "ese" personajillo que se "hizo". Bueno: pues yo no te doy las let-ritas. Ahora te ruborizarás de rabia y no lo entenderás. Dentro de unos años, quizá lo entiendas.

No obstante, voy a darte, ahora, unas razones que no te convencerán. Pero te las voy a dar. Fulanítez, Marganítez y Zulanítez, personajillos de la capital, creen que,

cuando ellos salieron de aquí fue porque lo merecían totalmente. Creen, también, que todos los que llegan después no lo merecen, que se equivocan y deben quedar en la provincia. Cuando os ven arribar y sienten que llamáis a su puerta, se irritan, os llaman paletos y se avergüenzan de vosotros porque ven en vosotros su retrato, el retrato del jovencito que hace años lió el petate y viajó. No hay cosa que nos irrite más que vernos a nosotros mismos. Y tú, eres ellos mismos resucitados.

De pronto, les traéis a la memoria la desorientación de la gran urbe, el cruce torpe de las calles, la propaganda del monumento famoso entregado nada más que a los provincianos... Sí: en cuanto llegáis a la capital, el hombrecillo de la propaganda os conoce y os entrega su papelito, nada más que a vosotros. Un limpiabotas sin escrúpulos os quiere arreglar los zapatos para sacaros tres veces lo que vale el servicio y os clava las púas en el mismísimo pie ante la mirada burlona de los capitales que pasan a vuestro lado. El fotógrafo ambulante os "ficha" y os quiere retratar para que mandéis al pueblo la cartulina.

Todo esto y más, lo pasaron ellos y se avergüenzan de recordarlo y quieren olvidar los desprecios, la pensión triste, las antesalas, las protecciones... De pronto, vosotros, los que láis el petate ahora, vais a levantar ante ellos esta imagen dormida. Y ellos no quieren veros. Os dan largas por teléfono. Dan órdenes para cuando os presentéis en sus casas que os digan que no están allí, que han salido fuera de la ciudad, que os será difícil encontrarlos, que os vayáis, que no los molestéis.

piedras ridículas, estarás más preparado para que Fulanítez, Menganítez y Zutanítez te consideren.

Ánimo, sobrino. Buen viaje.

ESMERALDA

Te preguntas, Felipe, cuarto en el número real, por tu oscuridad. ¿Por qué fuiste oscuro? El pueblo esperó de ti un reinado claro y tú le traicionaste. De tu pobre último hijo, don Carlos, ya no esperó nada este pueblo fiel, perruno, capaz de aguantar reyes decadentes y de morir por ellos. Pero de ti sí esperó. Se ilusionó contigo, príncipe joven que sucedería a un hombre abúlico y sin garra. Ya rey, tú no le pudiste ofrecer, o no le quisiste dar a ese pueblo que te miraba desde todos los rincones, más que la fiera de tus bigotes enhiestos por cuyas puntas se te iba toda la gallardía y la gracia que España creía que iba a esparcirse por tu reino.

— Te pregunto por qué, teniendo el mejor pintor de todos los reinos de entonces a tu servicio, le hiciste mojar sus pinceles en tenebrosidades. Por qué no le invitaste a mejores rayos de sol. Por qué hiciste entornar los gruesos maderos para que la luz no penetrase más que a medias. Tu aposentador salió bien de la prueba, tú no. Porque, mientras tú amabas la oscuridad, los protectores de otros artistas agrandaban sus ventanales y hacían erigir columnatas abiertas, fuentes con tritones y ninfas desnudas.

Tus desnudos, oh rey, estaban guardados para ti en la torre de La Parada, en salas privadas y escondidas. Para que el aire de España no se clarificara con aquella luz rosada de los Tizianos y los Tintoretos. En la cara de tu medalla estaban los mártires y las vírgenes cubiertas. En el envés, sólo mirado por ti, las concupiscencias de todos los pintores extranjeros que median con ojos limpios las proporciones de las bellas sin ropa.

Te pregunto por qué razón palaciega y política, que tú podías enmendar, tapabas tu rostro con el pañuelo cuando una sonrisa afloraba a tus labios ante una donosura de tu hijo Baltasar hecha en medio de tu pueblo.

Te pregunto por tu título de "Ingenio de esta Corte"

que no te impidió tapar las bocas de otros verdaderos ingenios que te avisaban la ruina y te pedían que rompieran el velo oscuro que tendiste sobre el cielo claro de tus reinos.

Te pregunto por esa competición de victorias que tú y el Conde Duque establecisteis, de caballo a caballo, en el Salón de los Reinos. ¿Cómo terminó aquello? Seguramente, don Gaspar dejó de ganar alguna batalla para que su señor quedase por encima.

Te pregunto por tus justicias fulminantes que ningún remedio ponían a ningún mal.

Te pregunto cosas que me intrigan de tu reinado, de la vida en palacio, de las salidas a Nuestra Señora de Atocha, de los esplendores en San Jerónimo, cuando el juramento de tu hijo Baltasar, otra esperanza del pueblo que jamás agota su reserva de esperanzas.

Tus ojos cansados, caídos, me miran insistentemente, pareciendo responder con un rumor triste de disculpas. Y tus bigotes, enhiestos, están debajo, manteniendo la arrogancia austriaca y española de tu estirpe. (Señor... ¿Dónde he visto yo estos bigotes?)

Perdona, buen rey, pobre rey, rey triste, perdona. Aún no te hemos dado las gracias por algo magnífico que nos regalaste: todo ese montón de lienzos que tu aposentador trajo de Italia, con tu dinero, con tu influencia, con tu poder de rey de España. Nos empobreciste, nos hiciste pasar hambres y en tu palacio hubo días en que la reina no tenía sus dulces, pero nos trajistes los grandes cuadros de Veronés, de Tintoretto, de Rafael... Gracias, sobrino. Te portaste como cualquier señorito de cualquier pueblo de España, capaz de comer menos para montar mejor caballo.

Tu tía,

ESMERALDA

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

— ¡Dios mío! ¿Es que no estás bien compuesto para ser padre? No estás preparado intelectualmente ni físicamente. Tú eres un pobre diablo como yo que ni sé ni sé por que he sido encargado de criar a una familia. Yo he criado a varias familias numerosas como de los niños obediencia a un tipo de espíritu del cuerpo.

Sobrino: Tú es que no estabas bien preparado para ser padre. No estabas preparado intelectualmente, ni siquiera físicamente. Tú eres un pequeñajo sonriente que ni sabe una por qué ha sido encargado de regir tamaña familia. Yo he visitado casas de familias numerosas donde los niños obedecían a un pito de árbitro del cabeza de familia, por ejemplo. O pasaban inadvertidos. No parecían existir. ¡Qué maravilla! Los padres habían conseguido tener unos hijos fantasmas que aparecían y desaparecían a placer de los mayores. En aquellas casas había paz. Llámala como quieras, pero era paz.

Tu casa es un jolgorio. Esto de jolgorio me cae bien; digo, la palabra. Es bonita: jolgorio. Pero tu casa es un jolgorio de primera. Aquello no hay quien lo aguante, rey. Menuda comida me disteis. Tu buena esposa —una mártir— creyó que arreglaba todo con dar de comer primero a los pequeños. Lo que consiguió aquella pobre fue liberarlos de ocupación para que nos hicieran insoportable la comida. Entraban, salían, gritaban. Vosotros gritabais para que no gritaran. Comíamos aterrorizados por el asedio de aquellas hordas que amenazaban con subírsenos por las sillas y a la mesa y derribarnos los platos. De pronto gritaban que en el lavadero habían cogido un ratón y querían traérselo para que lo contempláramos. La música que nos acompañó durante aquello que tú llamas comida fue la de vasos rotos en la cocina, la de cajones arrastrados por un pasillo o gritos de una niña que no quería ver el ratón.

Tú, sobrino del demonio, con tu sonrisita, lo aguantabas todo y sólo hubo un momento en que me miraste y me dijiste:

—¡Qué casa, qué casa, tía! ¡Si yo me muriera... no sé lo que ocurriría!

Sobrino: si tú murieras, salvo el lío del entierro, no ocurriría nada peor de lo que ocurre. Aquello que has

armado allí, aquel jolgorio, aquel lío espantoso se ha de deshacer con un maravilloso milagro o no se ha de deshacer. Yo estaré preguntándome toda la vida por qué razón se te ha encargado a ti de esa familia, a ti, pequeñajo y débil, y no se le ha encargado a otros que yo sé fuertes, enérgicos, intelectualmente preparados y que saben lo que se debe hacer con los niños rebeldes.

Allí nos enteraremos, sobrino, allí.

Un abrazo de tu tía y otro abrazo para "aquella mártir".

ESMERALDA

conserva ciertos modos de vestir de las razas que la habitaron. El levante español conserva rasgos —los conservaba hasta el siglo pasado— del modo árabe de vestir. Consecuencia clara de haber sido muy poblado de moriscos. En cambio, otras regiones, recogieron el modo cortesano, lo encerraron entre sus montañas y lo modificaron a su gusto. Pongamos por ejemplo el Vallé de Ansó, cuya manera de vestir era —digo era— parecida a la del tiempo del emperador o de su abuela doña Isabel. Mezclados con las ropas van ciertos detalles ancestrales que las regiones conservan por inercia o porque en ellas es fácil fabricarlos; así, ciertos collares y abalorios diversos. Digamos, salvando el respetabilísimo parecer de los científicos que estudian estas cosas, que el pobre imita las vestiduras del rico y las deforma, naturalmente. Que el rico se cambia pronto de vestido mientras el pobre tarda tres o cuatro veces más tiempo. A veces, cien veces más. Que cuando el pobre se pone ante el rico vestido como el abuelo del rico, el rico se ríe y dice que el pobre lleva el traje regional.

Todo esto nada tiene que ver con lo estupidamente vestida que ibas la otra tarde, sobrina. Es que me acordé de la pena que te producía a ti la desaparición del traje regional.

Enemigos del traje regional fueron los caminos, las carreteras, los carros, las diligencias, los trenes, los muchos correos, los impresos multiplicados, la fotografía y el cine. No digamos la televisión. Cuando la gente se comenzó a ver retratada con los trajes del tiempo de la Nanita y observó que los ciudadanos se le refán, comenzó también a observar lo que hacían en la ciudad grande y vio que recibían figurines, de Madrid, de París, de Berlín. Como esto era demasiado para el pueblo llano, volvió a lo de siempre: a copiar los vestidos de la ciudad alta. Interpretándolos a su modo, desde luego. Se-

guía siendo traje regional. Y digo yo ahora: lo sigue siendo.

Un modista de París crea los vestidos del próximo verano, del próximo otoño, del próximo invierno o de la próxima primavera. Los redactores y dibujantes de las revistas de modas publican estas nuevas líneas y dan ideas a sus clientes de cómo deberán vestirse. Los clientes las reciben y eligen una tela y una buena costurera que hace esos modelos, un poco a gusto del consumidor. Ya tenemos tres, cuatro o más personalidades obrando sobre los vestidos. Una mujer de España no elige como otra de Francia o de Checoslovaquia. Cada una crea un modo de elección. Los modistos de Madrid o de Praga no piensan enteramente como el de París o de Londres. Una costurera o modista de un pueblecito de Almería traduce, ya muy a su modo, lo que ve en las revistas, en el cine y en la televisión.

Tenemos que un señor entendido, o señora, sentado en el centro de la acera del Casino de Almería, viendo venir una muchachita sabe que es de Antas, poco más o menos, y que está sirviendo en la capital. Lo sabría aunque el traje viniera andando solo, sin humanidad dentro. ¿O no? También sabe qué señora es del centro de la ciudad y cuál muchacha de la Chanca o de las afueras. He dicho un señor entendido y he dicho de más. Un señor cualquiera. No digamos un pobre que pide en una esquina. Ese sabe la que es de fuera, la que es de dentro y la que es extranjera, la que lleva dinero y la que no. Digo yo que será porque visten el traje de su barrio, de su ciudad, de su nación.

Muy lerdo será quien, puesto en un pueblecito de moda para el turismo, no pueda ver quiénes son nacionales, quiénes proceden de Francia, quiénes de Norteamérica, etcétera. Es sencillísimo. Pero insisto en lo de antes: colguemos vestidos completos, hechos sin preten-

siones de regionalidad antigua, cortados y cosidos con figurines de hoy pero elegidos por diversas gentes. Colguémoslos en perchas con sus zapatos debajo y preguntemos a cualquier observador de quiénes son. No ira diciendo: "Este de un alemán provinciano. Éste de una señora del Tirol; éste de una valenciana. Este vestido pertenece a una gitana. Éste a una señora de provincias, beata. Éste de una dama elegante; éste de una mujer intelectual; éste de una señora madre de muchos hijos...

Afinará más o menos, según lo inteligente que sea o lo observador, lo curioso, pero, al menos, los trajes regionales los conocerá.

Todo esto no sé a qué venía... Bueno, nada tiene que ver con lo que te decía de lo bien que ibas la otra tarde. Sólo que no sé por qué, recordé nuestra conversación del traje regional y... qué tontería.

A ver cuándo hablamos de todo, morucha.

Tu tía

ESMERALDA

CARTA DE LA TÍA A SU SOBRINO FELIPE AGUDO DE LA ESCARPIA, DE AFICIÓN EXAGERADO

Sobrino distante:

Todos llevamos dentro algo malo que nos empuja a levantar hasta las nubes los defectos ajenos con tal de que se nos oscurezcan las virtudes que los demás, sin duda, tienen por muy birrias que sean. Ejemplo de lo que digo soy yo misma, que me empeño en mirar a mis sobrinos como risibles tipejos, pretendiendo ignorar la gran cantidad de cosas buenas que encerráis. Perdonadme y entended que es sólo el afán de vuestra perfección el que me empuja. Quiero haceros mejores y mejorarme yo misma viéndome en el espejo de vuestras ridiculeces.

Yo no quiero pasarte por alto ese defectazo que tienes y que te hace coger la torpeza ajena, la pequeña falta, el descuido censurable, para, con tu ingenio y tus palabras mal intencionadas, ir haciéndolos grandes, enormes, hasta dejar de tus amigos o conocidos solamente eso: un

gran defecto, una tremenda equivocación, una piltrafa.

Tú sabes que los demás no son estrictamente lo que tú quieres. Los otros son, también, muchas cosas aceptables. Pero ellos, con sus defectos, parecen darte pequeños paquetitos de goma hinchable que tú despliegas y soplas, soplas, hasta convertirlos en majestuosos globos que se elevan sobre la ciudad hasta donde puedan ser vistos por todos los buenos vecinos que se asomen a sus ventanas o que paseen por las calles.

A tí, el tipo que más te fastidia es aquel que sólo muestra virtudes por todos lados y al que no puedes hincar el diente. A ése, le esperas, lo acechas, no le quitas la vista de encima. Cuando cae en cualquier cosilla, tu semblante se llena de alegría: ya tienes la materia prima, ya puedes trabajar. De entonces en adelante, siempre que se hable del desgraciado, tú tendrás la historia a la mano: "¿Ése? No le conocéis. Ese es capaz de... Yo sé de muy buena fuente... Yo mismo he presenciado..."

Alguna vez te asalta la duda de si debes revelar "la triste verdad"; decides que es dura y prefieres callar. Pero la lengua no te deja. Está inquieta dentro de la boca y tu corazón arde en deseos de revelaciones. Al fin, luego de considerar que no es más que la verdad lo que vas a decir, después de convencerte de que no haces otra cosa que un favor, estallas en la insinuación. Tras de la insinuación, las palabras van calentándose, los amigos quieren saber, todo te empuja a la explicación. Y te lanzas, te dejas caer placidamente por la cuesta abajo rápida del despellegamiento.

No me gustas, sobrino, no me gustas. Conozco algunos de los monumentos levantados por tí en honor de los amigos y, de veras, casi nunca obedecen a la realidad. Tus homenajeados, son en el campo de la maldad, de la tontería, bastante menos importantes de lo que tú pretendes. Te lo digo yo, tu tía, que sé mucho de eso.

Sí que a mí también se me va la máquina con vosotros mis parientes, pero recuerda que yo soy vuestra tía, vuestra parienta buena que todo lo hace por vuestra educación, o lo que sea. Que soy yo, y basta.

Sobrino: somos imaginación. Calibra un poco. Y no esperes que los demás hinchén tus bondades. Habrán contigo lo que tú hiciste con ellos y bien pagado irás.

Te advierto que, a mis años, poco puedes temer de tí. Quizá me sintiera halagada si elevaras uno de tus globitos en memoria mía. Hazlo.

Tu tía, tan llena de lacras,

ESMERALDA

cosa alguna. Escribo a mis sobrinos para educarlos o deseducarlos, como se me antoja. Para eso soy vuestra tía y basta ya. ¿Queréis romper mis cartas? Hacedlo. ¿Las queréis copiar en letra gótica con capitulares de oro fino? Autorizados, sobrinos. Hagáis lo que hagáis, yo os las escribo y duermo satisfecha tras de cumplir con mi deber. Eso es todo.

Y ahora lee, toma y lee. Mira, nene, los pobres que piden por las esquinas son los tíos más simpáticos del mundo, porque, sinvergüenzas o no, ellos viven de los pequeños arranques de generosidad nuestros, de los medio-pobres o medio-ricos, que somos los que vamos por el mundo a pie, todavía, y por tanto los que podemos pasar ante ellos, cerca de ellos. Y estós pequeños, casi ridículos actos de generosidad, para que lo sepas, nos obligan los mendigos a realizarlos para satisfacción nuestra. Ellos, robando, podrían vivir mejor que nosotros y, sin embargo, prefieren pasar sus ratos en un portal o en la acera, pidiendo, para hacernos mejores, un poquito mejores.

Tú nunca has meditado en la gran importancia social del mendigo, querido sobrino. Por esto lo tratas con sequedad. Y yo no te conocía este flaco, hasta que un día se nos acercó una gitana sucia y desgreñada. Parecía escapada de una revista de turismo elegante. Llevaba a cuestas un niño pintado escrupulosamente de oscuro por la suciedad. Los compadecí y los limosneé como pude. Tú mostraste gran contrariedad y desagrado: "No les tengo lástima —refunfuñaste—. Esa madre podría estar sirviendo y ganándose la vida decentemente, honradamente."

¡Hola, sobrino! ¡Conque sirviendo! Sirviendo, ¿eh? Vamos, que tú, que no tienes criada, si en puesto de pedirte limosna te pide colocación, la lavas, la peinas y te la llevas a tu casa. ¿De cocinera o de doncella? No ten-

gas poca vergüenza, sobrino. Tú le habrías dado un puntapié simbólico. ¡Que sirvan! Las obras de los siglos no se destruyen en un día ni en un mes; ni siquiera en muchísimos años, sobrino. Y tú quieres derrumbar esa obra maestra que es una gitana cargada de porquería entre la que hay restos venerables de muchas generaciones.

Además, conoces la gran facilidad de proliferación con que están dotados los pobres, los gitanos especialmente. ¿Qué quieres? ¿Que tiren su prole a las acequias, al río, a un pantano? ¿Que salgan a abrir la puetra de tu casa rodeados de churumbeles? Olvida eso, sobrino. Imagina lo chusco que sería pedir que en las pirámides —en las de Egipto—, que no sirven para nada, se instalara una fábrica de gaseosas.

Tú, con tal de no dar una perra chica, serías capaz de inventar los mayores disparates. Si el pobre que te pide es manco, dices que Cervantes escribió con una sola mano el Quijote. Si es tuerto te acuerdas de Camoens o cualquier otro tuerto célebre. Si le faltan las piernas, recuerdas en seguida a un cierto amigo tuyo que tiene un gran taller de zapatería y el mismo defecto. Los mudos, naturalmente, pudieron ir a un colegio de tantos especializados como hay y aprender a hablar. Desidia paterna y del Estado. Si el pobre es joven no digamos el escándalo que armas. Cuando quizás es cierto que va buscando recomendaciones para trabajar y pide a fuerza de necesidad. Pero tú no crees a nadie. Para ti, el pobre perfecto sería un bulto sin piernas, sin brazos, ciego y algo tartamudo. Pero, entonces, ante esta calamidad, seguramente gritarías contra los altos poderes que permitieran el insano espectáculo. Tú encuentras salida para todo.

Tu manía principal es la de que se laven los pobres. El lavado te trae de cabeza. Se te acerca un niño y te tiende la mano, ¡iluso! Le miras detenidamente. Inicias

un viaje de la mano al bolsillo para que el pequeño aprecie tu buena intención. De pronto, tuerces el gesto, le miras más detenidamente y le sueltas: "Te daré algo si vas y te lavas un poco." "Cuando vuelvas lavado te daré... una peseta." Que un pobre se lave cuesta, vale más de una peseta. Sois muchos los que la tenéis emprendida con la higiene del pobre. Y el caso es que cuando se os presenta un pobre aseadito, decidís rápidamente que no tiene ninguna necesidad de pedir limosna porque va "mucho mejor puesto que vosotros". ¡Oh! No digas cositas raras, sobrino. Suponéis, por lo visto, que el pobre tiene una casita con agua corriente, palanganas, toallas y jabón pero que no se lava para causar lástima a los demás. Cuando se recoge el pobre, al atardecer, entonces sí se lava, se perfuma, se viste elegantemente y va a cualquier sala de moda a gastar el dinero que ha estafado a tanto imbécil. Eso, querido sobrino, no ocurre fuera de los novelones antiguos, por entregas, en los seriales de ciertas emisoras y en alguna película mejicana que creo recordar. El pobre no quiere lavarse, no puede lavarse, y si quisiera, no podría hacerlo de ninguna manera. Posiblemente moriría en la primera limpieza. Las razones no te las digo para no hacer interminable esta carta. Pero tú podrás encontrarlas con un pequeño esfuerzo mental.

Oyéndote, las tonterías se ven venir que es un gusto. ¿Cómo vas a dar tú una chaqueta vieja a un pobre si la quiere para venderla? De los zapatos, dices lo mismo: conoces muchos casos de zapatos vendidos para seguir andando descalzos. Nada, nada. Tu gran historia es la del mendigo que ha muerto sobre un colchón de billetes de banco o con la capa forrada de monedas de oro. La del pobre con sanísima cuenta corriente... Todo te sirve y todo lo utilizas en contra del personaje, ya casi extinguido, más simpático del mundo: el pobrete.

No te diré yo que en la alta profesión de la mendicidad sea oro todo lo que reluce, no. Hay pobres intrusos, estafadores, falsarios; hay de todo, como en las demás profesiones. Ahora, voy a confesarte mi pequeño pecado en esta materia, para que veas que no tengo mucha fuerza moral para reconvenirte.

Frente a mi casa, que es la tuya, suele colocarse un hombre a pedir. Es el pobre más arregladito del mundo. Le faltan las dos piernas. Soy, quizá, la única persona que conoce sus costumbres casi a la perfección. Son muchos años de vecindad. También soy la única del barrio que no le ha dado jamás una limosna. Manías. Me da vergüenza, créelo. Los días de invierno, mi vieja criada me entra el parte meteorológico de esta manera: "Señora: el pobre lleva bufanda." Decidí levantarme algo tarde. "Señora: hoy trae la pelliza." Me levantaré a la hora de comer. "Hoy no ha venido el pobre, señora." Malo: no me levanto. Malísimo día. Ya sabes, sobrino, lo ruinosa que estoy. Cuando el tiempo mejora, el pobre se deja la gorra en casa. Por junio, se pone un traje ligerito, de rayas. Yo salgo a cuerpo, como decimos. "Hoy no ha venido el pobre. Estará con el constipado de principio de verano." Casi siento la necesidad de constiparme yo también. Y si salgo, me constipo, seguro. Cuando en verano deja mi pobre de aparecer tres días, ya sé que se fue a las playas a cuidar la clientela. (Mi pobre va a la playa, lo he visto.) Pues cuando él se va, ya me entran a mí las sazones y las ganas deirme la temporadita con el primo Eduardo, que ya sabes tú como me invita todos los años, con tanto interés.

Mi pobre es digno y nada zalamero. No agradece con largas oraciones las limosnas. La gorra de este hombre no es para el suelo, como la de otros, sino para la cabeza, y si le dieras un duro o dos, o cinco, no se descubriría, lo sé. Si yo, su vecina, le diera algo, se ofendería.

Acaso no, pero... Los pequeños servicios meteorológicos que me presta no se pueden pagar. Le saludo atentamente, y si hiciera el ademán de alargarle cualquier moneda, protestaría: "Por Dios, señora..."

Sobrino: en el fondo, todo esto que te digo de mi pobre y de mi respeto para no darle limosna, en el fondo, quizá sean excusas estúpidas un poco como las tuyas. Por eso te las confieso un tanto avergonzada. Por lo que pueden tener de pecadillo.

Sobrino, un abrazo. Sé que, en realidad, "tú ya haces tus "limosnas". Pícaro, picaronazo.

Tu tía

ESMERALDA

DESABRIDA CARTA QUE ESCRIBIÓ LA TÍA ESMERALDA A UN SOBRINO SUYO RICO. CARTA DICTADA POR LA ENVIDIA Y LA HIPOCRESIA SEGÚN PARECE. A DEOGRACIAS CUADRADO, MUCHOTENIENTE

Sobrino mío:

Me parece que has encontrado un tema bonito con eso de "Cuántas gracias tenemos que darle a Dios". Repites esa frase y otras parecidas, frecuentemente, con voz meliflua y ojos entornados. Vaya, vaya. Es bueno y digno. Muy recomendable. Tanto más para una persona como tú, que siempre se contó entre los que no dan gracias a Dios ni a nadie, por nada. Ahora todo ha cambiado. ¡Cuántas gracias tienes que darle a Dios por este cambio, por esta hermosa vida, por estas gracias!

Cuando camino del chalet en la playa, arrellanado en un espacioso y elegante cochazo, dormitas acariciado por la brisa más que ligera, de pronto despabilas, levantas las cejas, miras a un lado y a otro, sonríes a la belleza

del mundo y murmuras plácidamente con un estremecimiento gustoso del espinazo: "¡Cuántas gracias!"

Cuando inspeccionas un buen montón de pisos trazados por un excelente arquitecto, pisos dotados de entranques y salientes, mosaicos y barandillas caprichosas, todos y garambainas; pisos que son tuyos, muy tuyos. ¡Cuántas gracias!

Y cuando ves que esos y otros pisitos que son muy tuyos, los vas a dar a los demás si los demás se van dejando un riñoncete en cada habitación, también ¡Cuántas gracias!

Cuando miras el espacioso mercado donde trabajan para ti, bajo el sol de agosto, unos hombres de piel tostada, ¡cuántas gracias porque Dios te libró de ese sol y de ese trabajo!

Veamos, sobrino, cómo te liberó. Quizá poniendo en ti la confianza de unos importantes que te vieron la cara de tío listo. Comenzaste a ganar más y administrar algo. Nada, para empezar, como ser el hombre de los sobres semanales. Nada como dejar los sobres y manejar el con qué llenarlos. Nada como hacerse hombre capaz de responsabilizarse en una estructuración económica. Nada como aprender los caminos del dinero y estar a los que pasan. Nada como ser el hombre económico de una contrata a la que sobran cifras. Nada como saber aprovechar todo. Nada como ir conociendo las diferentes escaleras de la vida: vino, cerveza whisky, jerez, vodka, todo. Bicicleta, motocicleta, utilitario, turismo, superturismo, carrazo. Perras sueltas, duros, "verdes", cheques. ¡Cheques! ¡Consejero! Al final de estas escaleras y otras, hace falta algo: dar gracias a Dios. Y enseñar a los niños cuántas gracias hay que darle a Dios.

Gracias a Dios por aquella carretera que duró, después de acabada, sólo dos años. Gracias por la ganancia en aquellas paredes que ya estarán agrietadas bajo los

cuadros modestos de los "beneficiarios", de los que obtuvieron el "bien". Gracias por aquellas casas baratísimas que salieron casi tiradas o para tirarlas. Gracias por aquel millonaje que sobró, no sabemos cómo, en aquel revol-tijo. Gracias por aquel recibo de quinientas que eran doscientas mil que eran cincuenta mil. Gracias por lo mal que está la vida y por lo mal que está todo.

Dios te miró y dijo: "Favor a éste, que es capaz de agradecimiento." Ya encontraste al responsable de tu subida, a quien te ayudó, al que te dice que tienes que darle "cuenta" y tú entiendes "gracias". Porque nunca dices que tienes que darle cuentas a Dios. Siempre dices "He de darle gracias". No está mal, sobrino. Cuando tus hijos te pregunten por qué hay que darle gracias a Dios, les responderás, si quieren oírte: "Porque Dios nos ha dado cosas que ha negado a los demás, porque los demás están de más." "Ya ves cuánta miseria hay en el mundo, a nuestro alrededor." Y si tu hijo pequeño tira el bizcochito a medio comer, grita compadeciéndote de cuántos no tendrán para comer. Que los hay, sobrino, aunque te los tapen los toldos y los almendros. Tus hijos se emocionarán. Y entenderán lo que es muy cierto: vosotros sois los preferidos de Dios que ha querido el mal para los demás y el bien para vosotros. Tanto ha querido vuestro bien que, no contento con daros todo lo mejor de lo material, os ha concedido ver claro en lo espiritual, enseñándoos a darle gracias con la más refinada cortesía. ¡Qué fácil!

Gracias, Señor, porque con lo que vale mi cerveza de ahora mismo, puedo pagar el trabajo de un hombre subido en un andamio. Gracias, señor, porque has querido que yo sea el de la cerveza y el otro el del andamio. Gracias porque me has hecho tan listo. Gracias porque sé darle la vuelta a las cosas y sé entender en su correcto sentido aquello de la aguja y el camello, tan fácil de tra-

bucar. Gracias por la audiencia que concedes a tu siervo los domingos a las dos de la tarde; audiencia a la que, como verás, tu siervo acude con cierta frecuencia. Gracias por tu colaboración en mis negocios. Gracias, gracias, gracias.

¡Pensar ahora que hubo un tiempo en que anduviste apartado de la religión! Apenas si la conocías, perdiéndote cosas hermosas: tu hijo en el cuadro de honor de los Padres Tal; tu niña coronada de laureles dorados en el magno colegio de paguísima. El candoroso discursito de aquel día: "Papá, tú no eres bueno porque no vas mucho a misa y Dios nos quiere mucho", que te soltó, sin que nadie se lo apuntara, tu pequeñín. Celebradísimas Primeras Comuniones... ¡Cuántas lágrimas desconocidas! También los ricos lloráis, de emoción, vaya si lloráis. ¡Oh, descubrimiento, lo que puede pesar la riqueza! ¡Qué alegría volver a ser pobre pero ahora sólo de espíritu!

Y el placer de las limosnas opulentas. El gustazo del donativo. El agradecimiento de los pobres. Las bendiciones.

Ahora ya entiendes que todo lo que creíste antes es demagogia repugnante. Crees que lo que ahora conoces como caridad está muy bien conocido. La Magna Caridad de Don Deogracias. Ahora sabes que tú y muchísimos más tenemos a Dios contento. Riéndose mucho. Recibiendo nuestras acciones de gracias y el silencio de los que no han aprendido a agradecer cortésmente.

Sobrino, adiós.

Tu tía

ESMERALDA

CARTA A KUKO CHIMPANCÉ, EDUCADO POR UN SOBRINO DE LA TÍA LLAMADO VICTORIO QUE VA EN UN CIRCO

Querido Chimpancé:

No podía faltarme en la lista interminable de mis sobrinos un educador de animales, no. Ahí lo tienes, querido simio, ahí tienes a tu dueño, mi sobrino, un hombrecito tan habilidoso, tan mañitas, tan despierto a la rara ciencia de enseñaros a patinar, a bailar, a comer... a qué sé yo las cosas. Le vi en los carteles del circo, contigo en brazos sonriendo, con su chaquetilla blanca que llevaba en la solapa, bordado en rojo, su nombre de artista: "Victorio". En seguida le reconocí y decidí ir a verle actuar. Pero tú, Kuko, me resultaste, si bien menos sobrino, más simpático que mi pariente.

A mí, el circo me gusta mucho. No soy de esas señoras tontas que, porque han visto dos veces la ópera de Leoncavallo, creen que detrás de cada payaso hay una

tragedia. No. Yo creo que de vez en cuando los payasos estarán de mal humor, por cualquier motivo, como puede estarlo un espectador y hasta yo misma en algunas ocasiones. Pero creo que en la pista se le pasa el mal humor porque su trabajo es ese: aparentar que no tiene mal humor. Quizá, quizás el pasayo, de tanto esforzarse en fingir buen humor, llegue a tenerlo para siempre.

Como me gusta el circo, la espera de la aparición de mi sobrino se me hizo muy corta con aquellos números tan bonitos de las alemanas de las bicicletas, de los atletas forzudísimos, de la equilibrista, de los cinco hermanos saltarines que siempre son coreanos o de por allí. (Cuando voy al circo, me acuerdo de la Señorita Aurelia de mis tiempos. ¿Dónde habrá ido a parar?) Pero, claro, tenía gana de ver aparecer a mi sobrino, y cuando lo anunciaron sentí un estremecimiento gozoso. Creo que hasta dirigí una mirada de orgullo en mi alrededor. Parecía pretender con ella que los vecinos de silla supieran que aquel famoso... ¿domador?, no... ¿Educador? Digamos educador, que era sobrino mío. Nadie se percató. Allí salió Victorio armado de un pequeño látigo que hizo restallar. Tú venías empujando un cochecito de niño en el que iba sentadito un chimpancé pequeño, más pequeño que tú, más joven. Verás: yo no entiendo esto de las edades de los animales, pero, a simple vista se advertía que era un niño de chimpancé. El público os recibió con una carcajada y un gran aplauso que recogió mi sobrino reverencioso.

¿Te he dicho que no me resultó simpático mi pariente? No me resultó simpático, querido chimpancé. Tú sí. Al llegar todo el grupo al centro de la pista, advertí que ibas atado por el cuello con una lujosa cuerda de tres metros poco más o menos. La mano derecha de mi sobrino se apretaba en un cabo de ella. Es posible que si te dejases sin atar, tú te lanzaras al público furiosamen-

te. Yo no sé cosa alguna de vuestras costumbres; no obstante, me molestó que te llevasen atado con una cuerda. Eres pequeño. Apenas tendrás la estatura de un niño de seis años. ¿Eres un animal feroz o es que Victorio no te ha dado la educación suficiente? Puedes sentarte en una mesita y comer sopa con una cuchara, limpiarte los morros con una servilleta; fumar un cigarrillo cruzando las piernas como un rico comerciante... y ¿no puedes andar sin cuerda? También observé que no siempre te comportas como Victorio quiere y ha de darte algún castigo. Me entristece esto.

¡Bah! Yo creo que soy una sentimentalona y que me entristeció mirar tus zapatones, tan humanos como los de un paralítico, tan torcidos. Me apenó tu traje rojo con alamares de oro, tan desgarrado, tan de hombre triste. Tu compañerito era menos lamentable con aquel traje de marinero. Bien es verdad que la edad le ayudaba. Alguien, detrás de mí, repetía: "Parece un niño, parece un niño." O los niños parecen monos... Pero ¿cómo podía parecer un niño si tenía barba cerrada? Pues sí. Parecéis niños o los niños parecen simios. Es lo mismo.

Tú, ¿oyes los porrazos en la madera de la pista cuando, después de dar una voltereta, trotas, zapateas pesadamente, con un tas, tas, tas torpe, pesado, durísimo, casi salvaje? Y de los aplausos, ¿qué piensas? Digo piensas... pensar, nada, nada. No puedes pensar. Por eso me gustaría saber lo que tú sientes con el aplauso. Mientras la gente batía palmas y mi sobrino Victorio las recogía, no sé por qué, bajando la cabeza muchas veces, yo miraba tus orejas grandes pero como las nuestras. Son para oír ruidos de la selva, gritos de animales, voces no humanas. Las de los hombres tú no las entiendes, salvando, claro está, la de Victorio que te indica las comidas, los trabajos, los descansos, los ratos de estudio.

En tus ojillos no había un signo de agradecimiento. Seguías sentado y dando zapatazos, con igual ímpetu, torciendo en círculo tu carrera, según el puño del dueño tiraba de la cuerda blanca. Voltereta, zapatazos; voltereta, zapatazos; voltereta...

A mi lado un niño sentía miedo de ti cuando comenzaste a tender tus manos en su dirección. Tus manos que son tremendas de largas, de feas, de arrugadas. Son las manos que los dibujantes utilizan para caracterizar las de los hombres avaros. Son manos limpias, no obstante, manos sencillas que sólo sirven para trepar por los árboles y no para contar billetes. No son manos para estrechar las manos de los niños. Tú necesitas unas manos así porque la pluma estilográfica va por una línea paralela a ti y jamás podrás encontrarte con ella. Si te encuentras con la servilleta y el plato es porque Victorio tuerce las cosas bárbaramente para ganarse la vida y para divertir a los niños de las grandes ciudades.

Pero ahora recuerdo, Kuko, que en manos de otros educadores habrías pintado y los estudiosos encontrarían en tus pinturas algo interesante que ver. ¡Qué cosas! Un simio que ya no puede dejar la ciudad porque en ella encontró pinturas que le gustan, porque su vocación le arrastra al Arte! ¡Qué tragedia, Kuko, la de un hermano tuyo envidiado por un joven pálido y enflaquecido al que quita los premios! No, Kuko: mejor sigue con mi sobrino Victorio. Yo creo que hasta llega a tomaros cariño. Ya sabes cómo su esposa te besa en medio de la pista para que el público, enternecido, la veo tratarte como a un hijo.

Kuko: se ve por ahí a hombres que tienen cara de águilas, que no sé por qué disparates de la imaginación nos traen al recuerdo antiguas mitologías. Hombres gatos como los de los dibujos de Goya. Hombres parecidos a vosotros. Ni más feos ni más guapos, no se trata de

eso. Se parecen, y el parecido es una cosa rara que se encuentra entre una mujer fea y una estatua griega de Venus. Tu cara, Kuko, es parecida a la de un hombre que lleva maletas en cierta estación de ferrocarril o a la de un funcionario de correos o a la de una prima nuestra... Yo misma parezco más bien un perrillo de aguas. Ya lo ha murmurado algún sobrino mío, lo sé.

Cuando ya os retirabais, miré otra vez tus ojos, tus ojillos.

Apenas se ve en ellos algo más que unos puntitos brillantes, reflejos de la luz fuerte del circo. A las personas no les brillan tanto los ojos, y los tuyos, no obstante, son menos expresivos. Como aturcidos miraban a todo el anillo humano. Abriste la boca bobamente, sacando una lengua grande, rosada...

Me echaste a perder la noche. Ya dormida soñé que un hombrecillo, sin chaqueta de Victorio, un hombrecillo color ceniza, te sacaba del circo a hombros, sin cuerda al cuello, y te llevaba en libertad por esos mundos. Esos mundos que nunca son el mundo éste.

Anda, Kuko, no lo tomes en serio. Yo a quien debía haber escrito es a mi sobrino Victorio o a cualquier otro sobrino. ¿Qué vas a hacer tú con la carta en la mano moviendo el hocico?

Saludos y aplausos, Kuko.

ESMERALDA, la gorda de la primera fila.

describiéndolos, pero alombrado al que él le ha mandado, para no estar la atención de los demás en sus manos, incluido por un sentimiento que han sentido los dos, las del padre entre la compañía de las gentes que les han mirado como a muñecos que llevan nombres y que ellos mismos, hasta límites de los sentidos, pero que

decididamente, han adoptado el apellido de su madre para no atraer la atención de los demás; otros, se han inclinado por un seudónimo; otros han seguido las huellas del padre entre la compasión de las gentes que les han mirado como a muñecos que llevan nombres y apellidos, oficios, hasta figuras de los geniales, pero que no llevan nada de su genio.

Lo más frecuente es que el hijo, al reparar en el daño que para él significa su filiación, proteste de cien maneras y trate de liberarse de la forma más eficaz: cambiar la profesión. Si el padre se hizo grande con la medicina, buscar los caminos de la ingeniería, y si fue escultor, buscar los de las letras o la pintura, por ejemplo. Esto suponiendo en el hijo ambiciones de grandeza. Porque hay hijos a los que la gloria del padre y la de todos los gloriosos que han sido, les trae sin cuidado, y esos son los más felices. Pero me refiero a los que, como tú, han entendido lo que significa la notoriedad, la han visto alcanzada y gozada, se sienten con deseos y hasta con fuerzas para llegar a ella, pero comprenden cuánto es el lastre que, para impedirle remontarse, le han puesto en los pies.

Lo contrario es más ligero y agradable, menos duro, hasta bueno. Digo, ser padre de hombre célebre y no ser famoso uno mismo. Ser Leopoldo Mozart y saber que se pasará a la Historia en medio renglón donde se haga constar de quién se fue padre. Saber que cuando sea interpretado un concierto suyo, en los programas se hará constar que se trata de un Mozart que no es el bueno, el Grande, y que todos los que habrían dado por excelente el concierto si sólo se les hubiese dicho Mozart, lo repudian un poco porque se les anuncia Leopoldo. No obstante, sin el modesto Leopoldo no hubiera surgido el Amadeo glorioso y casi detestable. Sin el ambiente de aquella en que los niños podían jugar a construir vio-

lines y a pulsar un clavicordio o a componer cánones-juguete para divertirse; sin el esfuerzo del buen Leopoldo, tan intenso como el de su hijo pero menos fructífero, el genio de Mozart (el Grande) se hubiera hundido muy probablemente.

Dime, sobrino, qué significaba para un hijo de Amadeo Mozart —el Bueno, el Grande—, ser hijo de quien era si su destino iba a ser la música también. En una familia de músicos se pueden sostener hasta tres o cuatro siempre que sean medianos. En cuanto uno de ellos resulte genial, al modo de Beethoven o de Bach, di por ahí, sobrino, que el destrozo está hecho y la familia de músicos se ha derrumbado. Que no hay quien aguante la mediocridad si se lleva dentro la soberbia de un gran hombre, pero sólo la soberbia. Y lo que digo de los músicos es porque los he encontrado a mano, pero achácalo a cualquier otra profesión donde la genialidad se pueda notar. Porque sabe, sobrino, que hay barrenderos geniales pero mueren desconocidos.

Tú, sobrino, habrás podido observar el comportamiento de las gentes con respecto al hombre célebre y sus hijos. A los célebres les preguntan: "Y qué, ¿alguno de sus hijos despunta como usted?" Deberían usar la palabra "apunta", pero comienzan por utilizar la palabra "despunta", bastante sospechosa. Si les responde el genial que no, que sus hijos no "despuntan", lo lamentan mucho, y si la contestación es afirmativa, ponen inmediatamente la barrera: "A ver si llega a donde usted." Sí, porque si no llega, ya verá él lo que le van a echar encima. Después, siempre será para ellos el hijo "que ya quisiera ser lo que le padre". Nunca te hablan de tus cosas, sino de las de tu padre, ni obra que hagas tendrá peso propio sino comparado con el peso de las obras de tu padre. Esto no tiene remedio y hay que sufrirlo buenamente o intentar la rebeldía que todos verán mal.

Tus enemigos, sobrino, intentan enterrarte con los bronceos y laureles del que te dio el ser, y tus amigos, mejor intencionados, harán, poco más o menos, lo mismo, presentándote siempre como reliquia viviente del fantasmón glorioso (perdona la falta de respeto). En tu casa serás como un guardián de museo, encargado de mostrar a los visitantes las medallas, pergaminos y laureles, álbumes y fotografías de los interminables homenajes. De los hijos y parientes de Fidias se sabe sólo que el gobierno ateniense los encargó del desmontaje y limpieza de la gigantesca estatua criselefantina de Palas Atenea. Y no fue mala idea la de los atenienses, pues hasta para las obras maestras son necesarias manos de hijos que las cuiden, ya que el desprecio y hasta diría el odio que despierta un hombre grande en los pequeños llega a ser feroz.

Difícilmente se perdona al genio, y observarás que hay un poco de regusto y delectación cuando se puede decir: "Ya ves: él tan grande y sus hijos tan tontos." O: "Era hijo de un anormal, lo que demuestra que los genios no son normales." En esto, sobrino, tienen razón: los genios no son normales ni pueden serlo. Normales somos tú y yo, si es que lo somos. Los genios están fuera de nuestra norma, y si ellos crean norma es tan desmedida que no sirve para nadie más y quien intenta usarla lo que hace es, justamente, meterse en camisa de once varas.

Otro peligro de los hombres geniales es que su familia los ha visto trabajar con la misma sencillez con que un carpintero hace una silla o quizá con mayor facilidad. Para Mozart, componer una sinfonía significaba el mismo esfuerzo que para su vecino el mecánico componer un reloj de sonería. Y si bien ha habido genios muy ocupados siempre —Miguel Ángel—, también abundan los que parecen no hacer nunca nada, los ociosos —Só-

crates, digamos—. "Pero este hombre, ¿cuándo trabaja? —se dice de estos últimos—. Es un vago." Y es que el trabajo de muchos genios es cultivar en el ocio las plantas de las ideas, querido sobrino. De ahí que muchos genios lo pasen mal, muy mal, porque las ideas no pueden ser vendidas así como muy fácilmente.

Hay, también, hombres geniales que son de carácter violento, sobrino, y tu padre no tenía un humor de los mejores. Has tenido que soportar las molestias de estar, como quien dice, cerca de un cable de alta tensión. Pero el consuelo es que también hemos de soportar con muchísima frecuencia a gentes que nos han tocado cerca, que tienen un pésimo carácter, una malísima educación y que, por desgracia, sus defectos no están compensados con la inteligencia.

Sobrino: cuando te recuerdo, te uno, sin querer hacerlo, con un cuadro de Goya que parece pintado a mochazos y que repulsa a Saturno devorando a uno de sus hijos. La sombra de tu padre te devora a ti dentro de un ambiente arrebatado de tonos grises. Paciencia y lucha como puedas. O no luches: resignate a lo que está escrito.

Tu tía

ESMERALDA

—Pero este hombre, cuando trabaja—
—no dice de estos términos—. Es un yago. Y es que el
trabajo de muchos yagos es cultivar en el ocio las plan-
tas de las ideas guerristas soborino. De ahí que muchos
yagos se pasan mal muy mal, porque las ideas no pue-
den ser verdades así como muy fácilmente.

Hay también hombres yagos que son de carácter
violento, soborino, y en parte no tejas ni hueras de los
mejores. Hay tanto que reportar las molestias de estar
como quien dice, cerca de un cable de alta tensión. Pero
el consuelo es que también, dentro de reportar con un
cable, frecuentemente a veces que nos han tocado cerca
que tienen un primo carácter, una mala educación
y que por desgracia sus defectos no están compensados
con la inteligencia.

Soborino, cuando se recuerda, se uno en gueta no
cerca, con un cuando de Geta que parece pintado a uno de
chicos y que reportar a Geta, no deteniendo a uno de
sus hijos. La sombra de tu padre se detiene a ti dentro
de un ambiente rodeado de otros hijos. La sombra
loca como puerco. O no hacer, resignarse a lo que está
escrito.

En la vida, cuando se recuerda, se uno en gueta no
cerca, con un cuando de Geta que parece pintado a uno de
chicos y que reportar a Geta, no deteniendo a uno de
sus hijos. La sombra de tu padre se detiene a ti dentro
de un ambiente rodeado de otros hijos. La sombra
loca como puerco. O no hacer, resignarse a lo que está
escrito.

En la vida, cuando se recuerda, se uno en gueta no
cerca, con un cuando de Geta que parece pintado a uno de
chicos y que reportar a Geta, no deteniendo a uno de
sus hijos. La sombra de tu padre se detiene a ti dentro
de un ambiente rodeado de otros hijos. La sombra
loca como puerco. O no hacer, resignarse a lo que está
escrito.

En la vida, cuando se recuerda, se uno en gueta no
cerca, con un cuando de Geta que parece pintado a uno de
chicos y que reportar a Geta, no deteniendo a uno de
sus hijos. La sombra de tu padre se detiene a ti dentro
de un ambiente rodeado de otros hijos. La sombra
loca como puerco. O no hacer, resignarse a lo que está
escrito.

CARTA DE NUESTRA TÍA A UN PRIMO NUESTRO MALINTENCIONADO. A CURRO CHÍSPEZ, INGENIOSO

Soborino, cuando se recuerda, se uno en gueta no
cerca, con un cuando de Geta que parece pintado a uno de
chicos y que reportar a Geta, no deteniendo a uno de
sus hijos. La sombra de tu padre se detiene a ti dentro
de un ambiente rodeado de otros hijos. La sombra
loca como puerco. O no hacer, resignarse a lo que está
escrito.

Sabes que de siempre y para siempre cuentas con mi
admiración. Todos los que te conocemos y te rodeamos,
sentimos devoción por ti. Unos, anotamos muy prolifi-
camente tus ocurrencias; otros, nos encargamos de contar-
las aquí y allí, extendiendo así los ecos de tu altísima
fama. Algunos, nos esforzamos en imitarte, y pocos, bien
pocos, no nos sentimos escamados y molestos si hemos
sido víctimas de tus agudos dardos.

Entiendo que, verdaderamente, hemos caído en una
red tendida por nosotros mismos. ¿Qué, si no, hacíamos
cuando oyéndote tus primeros ensayos de puntería dia-
léctica, los acogíamos con risas y aplausos? ¿Qué cuan-
do por primera vez repetíamos tus ingeniosas frases?
Nos perdimos y te perdimos. Hecha ya por ti profesión

de hombre agudo y "mala uva", ningún remedio se puede poner al daño. Soportarte y barajar, sobrino.

Ahora, nos dedicaremos a la añoranza de aquellos lejanos y buenos tiempos en que, tímido y prudente, limitabas tu actividad a respetar y considerar a tus amigos y parientes. Tranquila época de tu vida cuando, aún sin derribar el muro de tu miedo, todo te parecía bueno y bello. Preciosos años durante los cuales no veías el temor de los demás ni podías hacer amargura de cualquier encuentro. Hoy todo es cuidado y nada amistad; todo es burla y nada hay firme ni respetable. Lástima de ocasión aquella, desperdiciada por nosotros los que te veíamos crecer sólo en malicia, que pudimos sacudirte un ejemplar puntapié aun a riesgo de estropear tu enclenque figura de niño mal terminado. Ese puntapié, bien dado y a su tiempo, como dicen los ancianos, quizá hubiera interrumpido la escala ascendente de tu carácter mal inclinado. No lo hicimos, lo pagaremos.

Sobrino: te dejamos las manos libres para que levantes el velo que ocultaba a tus ojos, prudentemente, el lado ridículo de las cosas y de las personas. Ya tu oficio es rematar todas las cosas en pirueta, en espera de la gran pirueta final. Porque ya tendrás preparada, supongo, la suprema frase, la última: la que repetirán tus amigos entre risas mientras en su corazón se sentirán aliviados y darán gracias por esa condición de última.

A mí, vieja y, según decís, con más conchas que un galápago, poco me pueden tus frascitas. Pero, sobrino mío y del diablo, quisiera enternecerte en favor de los que, tan tímidos como tú eras en un tiempo, soportan azorados el aluvión de tus combinaciones "felices" de palabras sin sentido recto, de tus dichos para coger según por dónde.

Y aun a nosotros los que andamos ya sin la adorable

tímidez de la juventud, ¿por que no han de inquietarnos las pesadas moscas de tu mala intención? Apártanos graciosamente de tu campo de tiro en bien de esta mediana paz tan necesaria para crear un ambiente grato de amistad y convivencia.

Cuando, no, sobrino, ya estoy cansada de legar tus frases a la posteridad. Búscate cronista y oyentes. Y corcho donde clavar tus estiletes.

Un puntapié —el que te debo ya de antiguo— de tu tía

ESMERALDA

Una cosa tengo por imposible, y es que yo deje, en esta memorable ocasión, de aconsejarte en bien del feliz éxito de tu empresa nobilísima. Atiende, sobrino, y haz memoria y caso de todas mis recomendaciones.

Ante todo, pienso yo que deberás marcar en el estilo una nueva época. Algunas novedades deberás de introducir que revolucionen la técnica de la conferencia. Por ejemplo, encuentro que falta un sistema de poderosos timbres distribuidos por las salas en que se suelen celebrar estos actos. Dichos aparatos, pulsados en los momentos oportunos, cumplirían la misión de arrancar del plácido pero inoportuno sueño a los cultos invitados, que, por lamentable descuido, cierran sus párpados y elevan su espíritu a mayores alturas de las que el disertador se propuso. ¿Qué te parece la idea? Como es mía apenas si puedo opinar, pero me atrevo a adjetivarla de maravillosa. Y precisa en grado extremo. En defecto del sistema de timbres, una buena campanilla tampoco irá mal.

¿Y evitar las citas latinas, griegas, francesas y alemanas? Incluso las inglesas. Di toda tu conferencia en castellano y que se entere quien pueda. Todo no ha de ser dar facilidades al oyente.

Escribe la conferencia y léela. Confiada a la memoria, pudiera olvidársete algo. Tanto los que te la han encargado como los que tengan la amabilidad de ir a escucharte, no te perdonarían el perderse uno sólo de tus pensamientos. Ánimo pues y a los folios, sobrinito, a los folios.

Cosa importante será que hagas una pequeña introducción dejando sentado en ella que no estás ducho en las lides de la oratoria. O curtido; mejor, di curtido. Esta prueba de humildad, tan necesaria, apenas se oye. Después, puedes hacer constar que un secretario, que efectivamente estará junto a ti, anotará los nombres de to-

dos aquellos que bostecen o pretendan escapar. Pretendan, digo, porque deberás cerrar con llave todas las salidas del local y estas llaves las guardará tú mismo, celosamente. Sí, sí, no hay otro remedio.

Las conferencias son cosa para la que apenas se necesita voz, porque no tienen trozos declamatorios o solemnes; para la que no se precisa ser muy actor puesto que apenas se menean las manos si no es para beber agua; que no exige gran elegancia de apostura ya que se está, por lo general, sentado; que no pide un gran estudio ni mucha inteligencia puesto que son intrascendentes... En fin, que para realizarlas sólo se necesita el localito de una entidad cultural —no todo va a ser clubs de fútbol—, unos oyentes —se les invita—, un conferenciante —siempre lo hay— y un traje azul marino con rayas —¿quién no lo tiene?—. ¿Hay todo esto? Pues adelante con la disertación. ¡Ah! Y un botellín de agua, claro está; como ya lo dejé dicho antes. El botellín es necesario de todo punto.

La conferencia la inventarían, digo yo, en tiempos de Castelar, aquellos pequeñajos del hablar que no podían decir, apabullados por aquel hombre-párrafo, ni esta boca es mía. Comenzarían hablando a sus amistades, el número de oyentes fue creciendo y mira por donde... Claro que todo esto en un café, del cual sólo queda la botellita y el vaso. ¡Ay, qué vida!

Sé despreocupado y ágil: el tema de tu conferencia élígelo a última hora, cuando se hayan de encargar las invitaciones. Si le das bien a la máquina, esto no será inconveniente para que la escribas. "La placidez auditiva en las montañas silentes." Mira qué tema tan bonito, y lo he lanzado a vuelapluma, sin preparación alguna. Nadie sabe de eso. "Del sentido escatológico en las aves nocturnales" es buen título. Tampoco se sabe cosa alguna de ello. Algo así, sobrino.

Cada ratito, te bajas un poco las gafas en la nariz y miras al público, como si hablaras con uno de los sentados ante ti. Esto lo haces en los párrafos que te sepas mejor. Da muy buena impresión y luego salen diciendo los mirados por casualidad: "¡Caramba, qué atento! Se ha dirigido muchas veces a mí." Por eso, mira unas veces a unos y otras a otros. Aunque no veas a nadie, porque desde la mesa no se ve a nadie. Yo recuerdo que en un teatro de pueblo me senté en el escenario, en la fiesta que dimos las Damas Benéficas y Perseguidoras del Desorden, y te aseguro que no veía delante de mí más que una boca oscura, terrible, desde la cual gritaba de vez en cuando don Venancio, el viejo profesor, "¡Viva el orden! ¡Viva el orden benéfico y santo!" Sabía yo que era él por la voz tan hermosa que tenía de siempre, que cantaba en los actos solemnes y todo.

Hay mucho que decir en esto de las conferencias, sobrino, pero la emoción de saberte ya casi conferenciante anula en gran parte mis facultades aconsejatorias. No me olvides, te repito, a la hora del reparto de los tarjetones de invitación. No me olvides, sobrino, por lo que más quieras.

¿Es indiscreción preguntarte si habrá vino español? O francés. Hijo, no seamos escrupulosos en eso. La gente lo tomará lo mismo. No habrá nadie que se deje llevar por el espíritu patriótico en tal momento. Y pastitas, Pompilio, pastitas. Cuida de que todo esté bien; todo lo que no sea conferencia.

Anticipados aplausos de tu tía

ESMERALDA

P. D.: Avísame por teléfono si habrá vino y si es antes o después. No es por nada.

CARTA CURIOSA DE LA TÍA ESMERALDA A PÁNFILO PAN, DEL QUE ELLA DECÍA QUE ERA UN POBRE HOMBRE

Querido entre los queridos P.P.P.P.:

Mira bien lo que te escribo con toda la buena intención de mi alma puedes morir cuando quieras, cuando te dé la real gana. Puedes, además, morir tranquilo. Cuando quieras; por la noche o por la madrugada. Repito: cuando quieras y como quieras. ¡Faltaba más! Di que te lo he dicho yo, tu tía. Sin escenas de lágrimas; sin preocupaciones. Tú, "también" puedes morirte. Como un notario, como un ingeniero. Como un sastre; como un director de un banco. ¡Como un abogado del Estado! ¿Has leído? ¡Como un ministro! Puedes morirte. Y quien te diga lo contrario es un mala sangre, como decimos por aquí.

Conque resulta que tú no puedes fallecer, ¿eh? Estoy indignada. Un rico, sí; tú, no. ¿Has hecho la higa a quie-

nes te lo han dicho? ¿Les has sacado la lengua en señal de mofa? ¡Tonto eres! Cuando te los encuentres, búrlate de ellos cínicamente. Y diles que morirás en cuanto Dios te lo mande y sin vacilaciones, sin pedirles permiso a ellos; sin hacerte el distraído y sin ponerte a representar dramas. Y que, una vez que hayas fallecido, no pasará nada de nada. Anda, diselo a esos papanatas.

Los conozco. Son búhos de mala sombra que andan por ahí llorando hipócritamente: "¡Pobre! Ha muerto. ¿Por qué ocurrirán estas cosas? ¡Con la familia que deja! Estos desgraciados no deberían crear familiones así. Luego, miren lo que les ocurre. Mucho hacer caso de las inclinaciones naturales y de ciertos descabellados consejeros; ahora, a ver quiénes se harán cargo de estos desventurados pequeños. Díganme qué será de ellos ahora..." Y así, una larga retahíla. Después, estos búhos, se duelen de ver que detrás del padre no se han ido al cementerio todos los pequeños y la viuda, todos a la fosa. Y se molestan si, además, la casa marcha bien. Y se enrabian si, por añadidura, uno de los niños sale listo y se hace ingeniero agrónomo. ¡Vea usted! ¡Puntapiés en ellos, sobrino! ¡Abajo los búhos! ¡Pancartas denigrantes contra ellos!

Te lo digo otra vez: muérete cuando te plazca. Aquí estoy yo que te apoyo. Y tu viuda, que es una leona. Bueno tu viuda cuando tú, tranquilamente, y sin tomar permiso a los búhos, te hayas muerto.

Claro está: andas atribulado porque das conversación a esos avechuchos espantarrisas. Y te amargan la vida. "Ande, ande —te dicen—, vaya, y qué valiente es usted. ¡Atreverse con tanto niño! ¿No le da miedo? ¡Como está la vida! ¡Y con lo que hace falta para salir adelante! Que no le escasee el trabajo es menester. Y que los vea criados. Por Dios, no le falte usted a esas criaturas. ¡Cuidese!"

Pero ¿se habrá visto otra gentuza parecida? Y tú, como eres tan bueno, venga a dar cabezazos de aprobación. Sobrino: para salir adelante, hace falta sólo esto: no salir para atrás. Como te vea yo otra vez cabizbajo o hablando con un mandilón lacrimoso de esos, te voy a retorcer el pescuezo, así, para demostrarte que, aunque te vayas, no pasa nada. Aun estando yo en la cárcel por asesinate, Juan Lanas, que eres un Juan Lanas.

¡Hala, a morirte cuando te dé la gana, que tienes derecho a descansar! O a no morirte. A hacer lo que te dé la gana, sobrino. Sin darle cuenta a nadie. Como un presidente de Consejo, como un director de Museo.

Besos a esos felices huérfanos. Estoy con ellos.

Anda, que te quiero de verdad y te iba a llorar de veras, con gana. Pero a ti, no a tus hijos, que todos "hacen vida". Y el muerto al hoyo y el vivo al bollo. ¡Tontucio!

Tu tía

ESMERALDA

reinecita. Así andas de solteroncilla, que te vas a quedar como yo. ¿Quién va a ser capaz de cargar con ese saco de sinceridades? No habrá de más varón que te soporte, créelo.

Lo bueno que tenemos las verdaderas es que como pegamos antes, eso llevamos de ventaja. Y luego, la gente que, con esto de nuestra boca de cristal, nos coge miedo. Si a cada verdad que soltamos nos devolvieran dos, ya veríamos. Pero nos vamos haciendo, poquito a poco, nuestra familia que va creciendo, creciendo...

Una vez, alguien nos dijo: "Chica: eres de miedo. Dices unas cosas que la dejan a una de piedra. Y la gracia es que son verdades como puños." Desde allí empezamos nuestra carrerita de "Al pan, pan, y al vino, vino". Y a decir verdades como puños.

Las verdades como puños son las que nos hacen, exactamente, el efecto de un puñetazo furioso en pleno rostro. Son las verdades, a veces, de los que nos quieren bien y, como nos quieren bien, no nos dejan descansar, ni nos pasan una torcida, ni nos permiten desviarnos tanto así, ni nos dejan vivir Verdades como puños que se acercasen, violentos, a nuestras narices. Como puños que cayesen sobre nuestras pobres cabezas, atontándonos; como puños cerradísimos, apretados, violentos. Verdades que nos hacen ver las estrellas.

Tú, Clarita, y yo y tantas y tantos, nos hemos ejercitado en esto de las verdades como púgiles, y tenemos los bíceps duros. Malo cuando damos con quienes están mejor preparados que nosotros y nos dejan ojeras violadas con una o varias verdades de las suyas. Por eso, hemos de medir bien, a ojo, las fuerzas de los demás y, si nos parece prudente, guardarnos la sinceridad para mejor ocasión.

¡Ay, Clarita!, esas verdades, engordadas, como se engorda la mano del boxeador con el guante monstruoso.

Verdades como templos que se desplomasen sobre nosotros aplastándonos. ¡Como templos, Clarita!

Y verdades que son el Evangelio. Tú las dices, puesta ya a despotricar en gordo. "Esto que digo es el Evangelio." "Voy a deciros algo que es el Evangelio." Y la gente se echa a temblar y a murmurar "malo, malo". Y tú, tan fresca. Como si acabases de abandonar la compañía de San Mateo o San Lucas.

Tus verdades, nuestras verdades, quedan mejor asociadas a la idea de puño que a la de templo y evangelio, ¿no te parece? Déjate los ensayos escriturarios, sobrina. Modérate, hijita. Menos evangelio... del tuyo.

Si dices "esto es una verdad" ya parece mentira. Pero si añades "como una casa", los que te oyen ya saben que es imposible que una verdad tuya tenga tantos pisos. Muchas ventanas sí que puede tener. Y pasillos y escondrijos. Pero de altura, nada.

Sé que vas a dejar de saludarme, pues no hay cosa en el mundo que nos moleste más a las verdaderas que esto de que nos devuelvan la pelota. Es una tontería que te disgustes, en realidad. Ven y dime todo cuanto has pensado decirme y te has callado por aquello del respeto a la vejez. (Respeto mutuo.) Pero por si lo tomas en gordo, acabaré despachándome a mi gusto y diciéndote que nadie te quiere mucho. Los pequeñajos a quienes maltratas se han de vengar de algún modo, y lo hacen así: no queriéndote. Huyendo tu presencia, murmurando las verdades que saben de ti. Estudiando el modo de hacer brazos para un día estamparte en tu delicado rostro una verdad como un puño; para dejarte caer un templo o una casa; para cantarte el evangelio... de ellos.

Clarita, mona, que seas buena.

Tu tía

ESMERALDA

Verdades como templos que se desplomasen sobre nosotros aplastándonos. ¡Como templos, Clarita!

Y verdades que son el Evangelio. Tú las dices, puesta ya a despotricar en gordo. "Esto que digo es el Evangelio". Voy a decirte algo que es el Evangelio. Y la gente se echó a temblar y a murmurar "malo, malo". Y tú tan fresca. Como si acabases de abandonar la comedia de San Mateo o San Lucas.

Tus verdades, nuestras verdades, quedan mejor asociadas a la idea de puño que a la de templo y evangelio. ¿no te parece? Déjate los cascos esculturarios, sobrina. Modéstrate, hijita. Menos evangelio y del tipo "malo". Si dices "esto es una verdad", ya parece mentira. Pero si añades "como una casa", los dos te oyen y saben que es imposible que una verdad haya tenido tantos puros. Muchas veridades sí que pueden tener Y pasillos y corredorios. Pero de altura, nada. De ancho, sí.

Se que vas a dejar de saludarme, pues no hay cosa en el mundo que nos moleste más a las verdaderas que esto de que nos derriben la pelota. Es una tontería que te disguste en realidad. Ven y dime cómo cuanto has pensado de mí y te has caído por mucho del resto a la vez (Respeto mutuo). Pero por sí lo tomas en gordo, acárate desahucándose a mi gusto y diciendo que nadie le quiere mucho. Los pedujos a quienes molestas se han de vengar de algún modo y lo hacen así: no queriéndote. Huyendo tu presencia; murmurando las verdades que saben de ti. Estudiando el modo de hacerte brujos para un día estamparte en tu delicado rostro una verdad como un puño; para dejarte caer un tiempo o una casa; para contacte el evangelio de ellos.

Clarita, mona, que seas buena, sobrina, como yo.

Tu tía

lo adivinaré pero a condición de que te mantengas silencioso. No hables, sobrina. He visto tantos silenciosos e inescrutables que han dado un resultado: verdades mentes pasmosas. Claro que también he visto titubios de tontos parientes; así, pues, en esto no debe haber nada más. No te aconsejo cosa alguna. Ojalá en cada ocasión más.

A CARLITOS LAOSA, TONTO DE CAPIROTE

Si consigues fundar tu vida de estas nociones, entonces, ¡oh sobrina!, "Los amigos de las Caras Encubiertas", por decirte algo. Siempre encontrarás socios, secretarios, simpatizantes. El mundo está lleno de almas que esperan la llamada de otras almas.

Sobrinio queridísimo a pesar de todo:

Estoy satisfecha viendo cómo, lindamente, has solucionado tu "modus vivendi" que dijeron nuestros abuelos y seguimos diciendo nosotros aunque no sepamos latín. Siempre vi yo en ti una cierta majestad, un esplendor que me parecieron esperanzadores. ¡Vaya, vaya! Pues no eres tan tonto como creíamos. Me salí con la mía, hijo. Tontos mayores había visto situarse en la vida. Es lo que digo siempre: Un buen tipo, un traje bien cortado, lindas corbatas, algún comprensivo movimiento de cabeza, cierta parquedad en el hablar, cualquier frasecita escogida y soltada de vez en vez, ciertas agitaciones de mano a modo de "basta, comprendo", todo esto; ¿no ha de servir de algo en este mundo? Luego, unas gafas de fina montura, también ayudan, aunque sus cristales sean corrientísimos y no sirvan para cosa alguna.

Juraría, sobrina, que nadie adivinaría en ti al imbecil que llevas dentro, al grandísimo mastuerzo. Nadie

lo adivinará pero a condición de que te mantengas silencioso. No hables, sobrino. He visto tontos silenciosos e inescrutables que han dado un resultado verdaderamente pasmoso. Claro que también he visto triunfos de tontos parlantes; así, pues, en esto no debe haber normas. No te aconsejo cosa alguna. Obra en cada ocasión como quieras y tu criterio te dé a entender

Eso sí, querido sobrino; procura pertenecer a sociedades que te obliguen a poco y revistan cierto airecillo intelectualoide. Amigos de algo, digo yo. Por ejemplo, los Amigos del Chambergro Parduzco. Esto no compromete a nadie. Si conseguieras fundar tú una de estas asociaciones, entonces, ¡oh, sobrino!... "Los amigos de las Cuevas Encaladas", por decirte algo. Siempre encontrarás socios, secretario, simpatizantes. El mundo está lleno de almas que esperan la llamada de otras almas afines.

Pero no te ensoberbezcas, alma mía, no te ensoberbezcas. Estar en el pináculo de la idiotéz es tan parecido a estar en el de la sabiduría que fácilmente se puede uno confundir. Cuidado esto, hijo.

Nunca he sabido si eres tonto de los que saben su propia tontería o de los que la ignoran. Los primeros tienen al menos ese destello de inteligencia. Los segundos son más felices y siempre que oyen la palabra "tonto" buscan con la mirada, en las proximidades, al infeliz a quien suponen va dirigida. Todos en su alrededor le saben idiota pero él ignora su naturaleza. Su fama corre de boca en boca y él solo ignora las loas que se le prodigan. A veces escucha, por sorpresa, en un corro de amigos, cómo le ponen de retrasado mental y en seguida adivina de quién se trata. Él abunda: "Sí, es completamente imbécil ese muchacho." No sé en qué grupo te quiero.

El tonto resabiado, el que se figura que lo es y niega

serlo, ése es de mucho cuidado. De esos no te quiero. Si llegas al convencimiento de tu asnería, tómallo a bendición y hasta puedes intentar ligeras bromas sobre este asunto. Quién sabe si no te llegarán a confundir con un cínico. No seas tonto solemne, que esto es inaguantable. El tonto solemne o reverencioso es el que más claramente se distingue. Puedes ir, como él, a todas las conferencias, pero tú no las oigas con admiración sino con media sonrisa de desprecio; que entiendan los que te vean que tú, y esto puede ser verdad, lo harías mejor.

Yo bien te querría tonto ilustrado y esto es fácil si tienes memoria. Si no, ejercítala hasta conseguir retener grandes trozos literarios. He conocido tontos de andar por el pueblo que llegaron a recordar los nombres y números de toda una extensa guía telefónica. (No te lo hago muy seguro pero la verdad es que se dice eso de todos los tontos de remate.) Hay que ser tesoneros, sobrino. Citas, muchas citas, vengane o no a cuento.

El conocimiento de los idiomas viste a muchos tontos. Las sandeces, dichas en diversas lenguas, parecen menos sandeces. Conocí un tonto polilingüe que rezaba en francés durante la misa mayor de su pueblo. Sería porque le entendiera Santa Genoveva.

Hijo, los tontos sois en mucho mayor número que los listos. Ganarías una votación, una guerra, un recuento, cualquier cosa. Puestos en una enorme balanza, habría tal desproporción que el pequeño grupo de los inteligentes sería lanzado a insospechadas alturas.

Una cosa que también hace mucho es pertenecer a cualquier asociación extranjera. Alguna orden rara. En Italia abundan. Bastará que escribas uno o dos artículos en que aparezcan Nápoles, Venecia o la Academia de "San Rocco". Los envías con algún dinero para los trámites y pronto recibirás un precioso título con orla de colorines que hará lindísimamente puesto sobre tu mesa

de tontear. Viste mucho y es cosa importantísima. Más, que casi siempre vienen firmados por un príncipe que suena mucho a Chirighi.

Otra advertencia, sobrino: Todos los apellidos tienen escudo, o casi todos. Procura que te lo pinten en un pergamino y cuélgalo, hazme caso. Si, por rara casualidad, no tuviera escudo tu apellido, invéntalo. Unas cuantas calderas, aspás, cabezas de moro, lambrequines y morri-
cones te solucionarán el problema y nadie se meterá en averiguaciones. Visten mucho los escuditos.

Y un hábito... ¿No te agradaría un hábito? Claro que es difícil obtenerlos. Pues crea tú una orden. Echo muy de menos la Orden de la Peatonería, que es necesaria en nuestros tiempos. Anímate, hijo de prima.

Creo, amado sobrino, que la Humanidad tiende normalmente a la asociación. Echando un ligero vistazo al mundo, veo sociedades muy variadas: De comerciantes, de obreros, de jugadores, de devotos, de impíos, de cultos, de inultos, de banqueros... Sólo falta la gran Hermandad de Todos los Tontos. Ya sé que, camuflados, estáis en muchas agrupaciones, pero no basta. Hay que manifestarse en toda la magnífica floración pujante, ubérrima, ya tradicional en vosotros. Basta de humildad, sobrino. El idiota, que tan alto papel desempeña en la sociedad, debe abandonar todo tapujo y mostrarse, desenfadado y optimista, ante el mundo que tanto le debe ya que sois la base de todo esparcimiento y solaz, de toda recreación y habladuría.

Todo cuanto el sabio tiene de nefasto y agrio, tenéis vosotros, los tontinas, de recreativos y plácidos.

En ti, querido sobrino, saludo y besuqueto a toda la familia tontiloqueante, a la pedestre imbecilidad circundante, a la asfixiante memez del mundo entero.

Tu tía por parte de prima segunda.

ESMERALDA

A JUAN SINREPARO, MIOPE Y CICLISTA

Lo que te ha ocurrido, sobrino mío, había de ocurrirte. Se lo dije a tu buen padre y maldito el caso que hizo de mi vaticinio. Claro: ¡Como estoy medio chiflada; como soy una mujer tan rara! La culpa me la tengo yo por querer arreglar los asuntos de mis parientes.

Hijito: Tener unas dioptrías de más no es ningún pecado. Es un defectillo con el que pasan muy bien muchos millones de personas. Digo muchos millones... pero, ¿hay por ahí alguien que no lleve lentes? Sí que en el siglo dieciséis no les usaba nadie más que el escriba y el San Lucas del retablo mayor, ¿por hoy?; hoy los lleva desde mi carbonero a la princesa de Mónaco, ciento sí y uno no. No tiene la menor importancia.

Hasta los más avanzados en grueso de cristal se defienden maravillosamente aunque alguna que otra vez saluden emocionados a quienes no solamente hace mucho que no ven, sino que no los han tenido delante jamás. Disculpas, sonrisas de comprensión y adelante.

Lo peor de todo es el empeño que ponéis todos los muy miopes en quedar siempre como si no lo fueseis. De ahí vuestras gordísimas equivocaciones. Cada modo de ser, cada naturaleza, tiene sus limitaciones. Hay quienes pueden beber en una hora dieciséis litros de cerveza y quienes no pueden pasar del modesto vasito. Si el del vasito quiere ser el de los dieciséis litros... Ahí está el error. Deberá conformarse con sus pequeñas tragaderas.

¿Qué dirías de un obeso señor que pretendiera correr los cien metros lisos en competencia con delgadísimo atletas? Yo le aconsejaría que los pasease tranquilamente en día de asueto de los corredores.

Pero la humanidad es así, hijito. Pretendemos poseer más dinero, menos deudas, menos edad, más fuerzas; menos alifafes, más virtud, menos defectos... Todo en apariencia. ¿Has observado que los más furibundos aficionados del fútbol son los cojos?

Quizá lo único que os debería estar prohibido (y yo os lo prohíbo desde ahora) a los miopes, es montar en bicicleta. Pues tu única debilidad es ésa. Era, porque supongo que no te atreverás a utilizar otra vez ese artefacto con el que volvías esquina donde había escaparate. O acaso se te antoje comprar una "moto" cuando salgas del grandísimo lío en que te hallas metido...

Tú me dirás que por el mundo andan sueltos muchos energúmenos no miopes, o miopes mentales, que, encaramados en esos pequeños andamios de dos ruedas, embistan a todo lo embestible —yo tengo la supersticiosa manía, la seguridad casi, de que moriré, sobrino mío, de una de esas embestidas—. Pero a lo que iba: Esto no es razón. Casi ninguno de ellos es sobrino mío que yo sepa, al menos. Tú sí lo eres y, como sobrino mío o como miope, debes abstenerte de estas licencias locas. No lo hiciste y ahora has de pagar una gruesa multa, estar a si

ves o no ves la cárcel, has de afrontar los gastos de muchas y delicadísimas intervenciones quirúrgicas y quizá, quizá, adelantes en unas semanas la subida al otro mundo de una ancianita que sí, lo reconozco, estaba ya muy estropeada, muy arrugadilla, pero, ¿quién sabe si todavía tenía algo que hacer por aquí? Hay cosas que parecen ya inútiles y .. no lo son, ea.

Lo que más me indigna y subleva es que aún pretendas tener razón. ¡Sobrino..!

Un pescozón de tu tía

ESMERALDA

vez a no ver la carne, has de afrontar los gastos de mis
chus y de las muchas interacciones múltiples y que
quiza, además en unas semanas la subida al otro mun-
do de las sustancias que al no reconocer, están ya muy
estropeada muy arruinada, pero, ¿pueden más si todavía
tenía algo que hacer por aquí? Hay cosas que pueden
ser fáciles y... no lo son ya.

Lo que más me indigna y subleva es que una preta-

da tiene razón. (Sobrina)

La psicología de tu la-

do, ¿cómo se puede ser de verdad?

Es una pregunta que se hace a menudo, pero que no se

responde nunca, así que voy a intentar responderla.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

La respuesta es: no se puede ser de verdad.

las cosas, pero voy que la casa de casa y la llegada a
un boludo, (que paso) Nada. El mundo se mueve, en
no le diste cuenta y en paz. Después te lo cuentas, la
razón no haber hecho tal cosa y todo queda así. No es
grave.

Tus mejores amigos se despiden en despedida que

después de eso, como las influencias que tanto se puede

interferir, tan distantes, tan lejos, tanta fuerza de su par-

te, es para ti un ser extraño, nunca conocido. En el

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

caso de la casa, como la casa, como la casa, como la

las áulas, cierta vez que tú salías de casa y él llegaba con su bolletín, ¿qué pasó? Nada: El te miró escamado, tú no te diste cuenta y en paz. Después te lo contaron, tú juraste no haber hecho tal cosa, y todo quedó así. No es grave.

Tus mejores amigos se empeñan en demostrarte que no les quieres saludar. No saludas afectuosamente a la esposa de ese señor tan influyente que tanto te puede convenir saludar. No te paras a hablar con ese vejete del tercero, tan quisquilloso. Tu barbero, fuera de su barbería, es para ti un ser extraño, nunca conocido. En el casino, no sabes quién es tu médico. Aquel comerciante, tan simpático, que te hizo el diez por ciento nada más anteayer, es mirado por ti como cualquier persona jamás tenida ante las narices. Preguntas a un ciudadano que te saluda por la salud de su hermano que no tiene. Te interesas por la anciana abuelita que murió hará más de cinco años. Te obstinas en conocer de "algo" a la dama que ves por primera vez, que ésta es la manía de todos los que tenéis mala memoria. querer recordar un encuentro anterior completamente falso.

—¡Yo le conozco a usted de antes! —decías muy seguros. El conocido "de antes" os mira y remira, hace un esfuerzo y termina por confesar que no recuerda tal entrevista y que debéis andar equivocados. — No, no insistís— yo tengo mala memoria pero hay caras que se me quedan muy impresas. Halagado "el reconocido" cede un poco de su terreno y queda meditabundo, pero nada, no consigue recordar. Acaba, si os ponéis muy pesados, mandándoos al cuerno de forma delicada con un ofrecimiento de amistad y casa por si recordáis dónde le habíais conocido para que vayáis a decirselo.

A veces has llevado algunos chascos al dar ese terrible porrazo en la espalda de un probo funcionario al que has gritado alegremente: ¡Felipe! ¿Qué Felipe ni qué na-

rices? Estate quietecito, da la vuelta y mira bien a quién Felipeas, y si es Felipe, no le des el porrazo, pues aunque sea Felipe y sea muy amigo tuyo dirá cosas feas por lo bajo si le atizas así.

Si ves que un señor, al hablarle tú de Tarragona, pone cara de media sonrisa viajera, cambia la conversación rápidamente. No llesves la cosa hasta el extremo de que te digan: "Ni conozco Tarragona, ni mi señora está fuera, ni tengo ese libro de usted, ni soy secretario de la Federación de Fútbol. Yo soy su agente de seguros y me debe usted un recibo desde hace tres meses."

La amnesia y el despiste deben ser cosas muy parecidas y tú tienes una de las dos cosas pero con gravedad. El despistado es un tipo al que tiene sin pena todo lo que le rodea, personas y cosas. Es un tipo feliz y no hay que tomárselo a mal. Ahora bien, el despistado tiene que ser tan importante que todos miren su despiste con simpatía; o tan rico que le importe un pepinillo la opinión de los demás. Tú verás en qué caso estás y cómo tienes que tomar las cosas.

De todas maneras, yo te envidio, chico. Empezar el día con todos los alrededores nuevos, con todas las caras recién vistas, con nuevo paisaje, es maravilloso. Te confieso que cruzarse con gente desagradable y recordar su grosería, su educación más bien pobretona, es triste. Tú, en cambio, no sabes lo bueno ni lo malo de los que te rodean, su pedantería, su capacidad para entristecer al prójimo, su mala intención... Tienes igual sonrisa para unos y para otros. Tus saludos no son alterados por el pensamiento de que la persona saludada es más o menos agradable. No la conoces aunque en tu recuerdo haya una tal señora que tal vez te dijo una impertinencia. Tú no recuerdas la cara de aquella señora, como tampoco la del que, haciéndote un favor amistoso y confanzudo, te hizo trizas la ilusión de que tu abuelo fue

un estupendo abogado, diciéndote que era menos que mediocre.

En el Museo del Prado o en un cuadro de don Salvador Dalí he visto unas figuras de personas, desnudas, encerradas en unas grandes esferas de cristal. Se les adivina felices a estos seres escafandrados o hijos de una rara especie vegetal. Contentos dentro de aquel mundillo, para ellos solos, que se les ha dado. Te imagino, pariente despistado, dentro de una de esas grandes esferas de materia transparente pero que, como un cristal curvo, deshace todas las fisonomías, las desfigura, las transforma.

Tu memoria no guarda con torpe avaricia la silueta de la nariz, roma, aguiluña, recta o gacha. Todos los bigotes los ves tú iguales: pelo bajo la nariz y sobre el labio superior. Los ojos, para ti, no son grises o verdes o negros, sino ojos, de ver, sencillamente. Nosotros, los que lo recordamos todo, estamos cansados de encontrarnos siempre, día tras día, las mismas caras, con sus guiños de siempre, con su cotidiana expresión. A ti puede parecerte nuevo el rostro del imbécil y hasta su imbecilidad. Dichoso tú. ¡Qué diferencia! Tú dices o piensas: "¿Quién será éste?" Nosotros: "Ya apareció el pelmazo. Tenemos lata para rato." Llevamos la ventaja de poder huir de él pero tú tienes una mayor: La de no reconocerle y que se te disguste para siempre.

Adiós, sobrino. Supongo que estarás pensando: "Bueno, y, ¿a santo de qué me escribe a mí estas cosas mía? A santo de nada, sobrino."

Recuerdos, y no es chuga.

ESMERALDA, ESMERALDA, la prima de tu madre.

PAQUITA FINURAS, SELECTA

Distinguida sobrina:

Yo no sé dónde has cogido tú esa educación tan refinada de que haces gala, hija. Bueno, sí: me figuro que en ese colegio tan célebre en que pasaste varios años. Pero es lo que me digo: Tu madre también estuvo y no resultó así, tan... Mira, como sobrina mía que eres, perteneces a una familia distinguida, con sus escuditos y tal, con sus té con pastas, con sus días para recibir, con sus doncellas repulidas y encofiadadas; en fin, con todo eso que tú sabes. Pero todos tus parientes hemos hecho de nuestra educación algo que no es un estorbo a la sencillez y que nos ha permitido vivir cómodamente. Tú, no. Tú has resultado de otra manera. Ni sé cómo te voy a decir lo que quiero porque no creas que odio las buenas formas...

Veamos: Tú eres de las que no toleran que en su presencia alguien se atreva a mojar un bizcochito en el café

con leche. Rápidamente, eres capaz de advertirle que eso no se hace. Quizá tu educación te contenga, pero el gesto te delata, porque no te pareces a don Felipe II, que se estuvo quieto y no pestañeó al notificarle la rota de su escuadra. Otro rey, tan coronado como él, habría dado un puñetazo sobre el reclinatorio y habría salido del coro a decir unas palabras feas, que es lo menos. Hay muchas jovencitas educadísimas que no reprimen la tentación de probar cómo sabe una galletita mojada con café y si les gusta, lo vuelven a hacer, esperando que el Gran Maestro de Ceremonias que debe haber no sé dónde, decida que ya puede hacerse eso sin caer en falta.

Si durante los cincuenta o sesenta años que vamos a pasar en este mundo nos atuviésemos a las reglas estrechísimas del buen gusto, dos o tres personas podrían vivir, los demás, no. Así como hay una santidad heroica, hay también un heroico refinamiento; pero cuenta, hija, el número de los que la Iglesia canoniza o el de los que han pasado a la historia como ejemplo de elegancia y distinción. Y ahora te digo una cosa: ya metida en este párrafo siento escrúpulos de escribirte estas cosas, no vaya a malograr yo tus condiciones para ser ejemplar rara en esto de la selección. Tú no me hagas caso y sigue el camino que te has propuesto.

¡Ay, sí, pero no exijas muchísimo a los demás! Sé que acabarás encerrándote en esto que llamáis vuestra "torre de márfil" No tanto. ¿Qué habría sido de Petrónio, el árbitro de las elegancias, si hubiera exigido de sus amigos igual tono, idéntico sentido de lo bello? Precisamente su elegancia era notable gracias a que la de los demás no lo era. Cuando se dice de alguien "¡Qué corrección posee!" es indudable que este elogio lleva escondida una censura a los demás que no tienen tanta distinción.

Si los santos hubieran tomado un gran berrinche cada vez que hubieran notado que los demás no lo eran,

sin duda que ellos tampoco estarían hoy en los altares, digo yo. Es muy natural que el catedrático de literatura desee que todos leamos a Homero y al Dante, pero no tiene que molestarse cuando me encuentre a mí con una novelita policíaca en las manos.

Tú, selectísima como eres, te indignas cuando, a la vuelta del teatro, tus padres te dicen que lo han pasado muy bien con una comedia de tres al cuarto. Enrojece cuando ellos, en cambio, no han comprendido del todo la belleza de esa película tan maravillosa en que un señor más bien feo, se pasa grandes ratos diciendo cosas entre dientes y haciendo sublimes gestos que denotan vida interior profundísima. No comprendes cómo pueden verse a gusto esas películas españolas, tan malejas, donde un señor gordo, vestido de gitano, baila unas seguidillas. A mí tampoco me gustan, pero cuando me encuentro con algún primo sencillo que viene complacido de verlas, le pregunto si se ha divertido y ya está todo. ¿Para qué voy a decirle que esa película no vale un pepino si no tengo tiempo de demostrárselo ni muchas razones tampoco? Ellos se irían diciendo. "Siempre ha sido muy rara esta Esmeralda." No quiero que estemos quietos ante el mal gusto y la poca educación. Se les debe atajar o al menos intentarlo, pero sin convertirnos en unos gamberros de la buena educación, de los purísimos sentidos de la belleza.

En el mundo hemos de tropezar, sin duda, con la dama despistada que diga "cocletas" o "cocretras" o "crocetas" La que crea que diciendo "bluque" o "blucles" queda como una Nebrija. Cuando esto ocurra, hemos de seguir impertérritos, sin variar la sonrisa, sin que se nos animen los ojos diabólicamente. Además, no hemos de correr a contarle a otras personas. Y si no tropezamos con estas que digo, daremos con otras, que, llenas de

este último, me alegré y esperé que tu presencia fuera una garantía de resultado honesto. "Mi primo —dije— no tolerará que se hagan las cosas mal. Mi primo, que ha sido siempre un académico, luchará por los muchachos académicos, y los demás, más modernizantes, pelearán por los ultramodernos. De esta pelea saldrá un fallo equilibrado y no muy extraño." Pensé esto y me dediqué a esperar. Figúrate mi sorpresa, primo arrugadito. Lo que pasó bien te lo sabes.

Pero yo ahora me pregunto: ¿Por qué tú, precisamente tú (como en una canción moderna y tonta), tú fuiste el más furibundo antiacademia? Me han dicho que te mostraste en las reuniones de ese jurado, un fiero. Primo... La juventud se va a reír de ti lo mismo si la mimas que si no. Tú no sales de la senda académica. Si salieses de ella, la cosa tendría explicación: un hombre que ha visto demasiado tarde que los caminos conducen a muchos lugares diferentes, que hay caminos nuevos incluso. No; tú no sales de tu camino para tomar otro, pero das de puntapiés al que quiere seguir el tuyo. Dime: ¿te gusta andar anchurosamente? ¿Quieres ir y venir a tus anchas por donde andas? ¿No tienes confianza en el piso y quieres librar de los socavones a la tierna juventud?

Un joven que andaba hecho un lío con tanto camino fue a preguntarte por el mejor, y tu respuesta fue: "Haga usted algunas locuras. En la vida hay que hacer locuras." No te conozco, Ordoño. Si eso lo aconsejase yo, que las he hecho a montones, bueno. Pero que lo aconsejes tú, tímido, apoltronado, medidor, económico, culto, cuidado, correcto, resulta cómico, o mejor, cínico.

Tengo para mí que a los vejetes os ha entrado un miedo tremendo a todo lo joven. No me extraña que a ti te asuste todo lo que se ponga encima el título de revolución. A ti empezó por asustarte Pura, esa enorme

mujer que te ha llevado por los caminos de tu bien ganada gloria, empujándote y dándote pellizcos.

Sí que, en cambio, a todos los fieras les entra al fin un poquito de miedo a la academia y coquetean con ella cuanto pueden. Jamás he visto hombre más ufano que Sergio Pález un día de inauguración de sillones en la Real de San Onofre. Estaba el pobre que se le salían los huesos viéndose entre tanta estatua de filósofos y reyes y descubridores. Alguna vez suelen rechazar cualquier honor, pero estoy segura que lo hacen por no quedar mal del todo y por no perder la clientela improductiva pero halagüeña de los jovencuelos barbados que frecuentan sus peñas y estudios.

Supongo que en las reuniones del jurado ese último, sería dicho Sergio el que mediaría por alguno que otro academizante. Diría: "Esta obrita es de canon clásico, pero tiene todo el interés de las obras de don Ordoño." Tú moverías el bigote de un lado a otro y dirías con el gesto: "No, no."

Ordoño: eres un pícaro.

No te quiero.

ESMERALDA

**CARTA SIMPATIQUÍSIMA DE LA TÍA A GERARDO
GAZQUEZ AFICIONADO A ESCRIBIR SU NOMBRE
EN TODOS LOS LUGARES QUE VISITA**

Querido sobrino:

He visto tu firma en todas las centrales telefónicas. La he visto en muchas de las torres a que he subido. En los comedores de las estaciones ferroviarias; en los monumentos más respetables: en la sacristía de la catedral de Toledo; en la ventana de la princesa de Eboli, en Pastana; en la universidad de Salamanca; bajo los frescos de Rafael en el Vaticano. Tengo la seguridad plena de que tu nombre consta en el Arco del Triunfo de París, en la Galería Nacional de Londres y en la Muralla de la China. Si has estado en el Kremlin, allí estará tu recuerdo.

Dime cómo haces para conseguir arañar todas las paredes pacientemente para dejar constancia de tu paso. ¿Lo haces sin que lo adviertan los guardianes de esos lu-

gares o es que ellos mismos se dirigen a ti pidiéndote esa colaboración? Muchas veces he pensado que será así, que se acercarán y te implorarán. "Don Gerardo... Porque es usted don Gerardo Gázquez, ¿verdad?, don Gerardo, ¿tendría usted inconveniente en dejar su firma en esta pared?" Entonces, tú, complaciente, preguntas; "¿Prefiere que lo haga con navaja, con punzón, con bolígrafo, con lápiz?" "¡Oh, don Gerardo, ya que accede, nos es indiferente que lo haga de cualquier manera! Hágalo con lápiz, sencillamente, y le quedaremos eternamente agradecidos. ¡Y si pudiera añadir un pensamiento.!"

Entonces, vas, sacas una navajita y, sonriente, accedes. "Aquí estuvo Gerardo Gázquez. Esto es muy bonito, lo digo yo." El guardián te da las gracias y ahí queda todo.

Bueno, ahí no queda todo porque en días sucesivos, todos los visitantes que llegan hasta allí repasan la lista de los firmantes y, al tropezar con la tuya, exclaman: "¡Caramba! Aquí está la firma de Gázquez. Y su opinión acerca de este monumento."

Esta colección de autógrafos la tienen, como te digo, todos los monumentos notables del mundo gracias al empeño de los encargados de su custodia en invitar a los visitantes para que dejen el grafito. Digo yo que será por esa razón. No creo que lo hagáis por cuenta propia.

Habrà países más o menos aficionados a estos recuerdos, pero en Berlín, viendo yo las ruinas de la iglesia votiva del kaiser Guillermo II, en el pecho de un ángel de piedra, resto de la decoración estatuaria del templo, había, pegado con engrudo, un anuncio de reunión estudiantil. Se lo dije a una sobrina mía casada con un alemán y muy alemana consorte ella, y no quiso creerlo. Me contó la vieja historia del español que pretendió demostrar a un holandés que en su país también se escribía en las paredes. Iba por La Haya, creo, buscando

un letrero a lápiz y no lo encontraba. En un barrio apartado vio, por fin, un escrito de carbón y corrió gozoso a fotografiarlo. Cuando estuvo cerca pudo leer "Viva España". Posiblemente la historia es falsa. El letrero que yo vi en el pecho del ángel estaba impreso en alemán, eso sí es cierto. Y era como una firma colectiva de muchos estudiantes berlineses.

En lo alto de una torre catedralicia, de las más altas de España, vi cierta vez una antena de televisor que era la firma de un sacristán prepotente o de un canónigo avisado.

Los cables que cruzan la fachada principal de muchos monumentos ejemplares son la firma de las compañías de electricidad que clavan sus postes de hierro en las mismísimas narices de la mejor escultura.

Cuando el régimen cambia en cualquier país, los brochazos negros, rojos o azules sobre los emblemas del régimen caído, son la rúbrica violenta de los encendidos partidarios del nuevo orden.

Bajo los pies y en todo el zócalo pintado de la Disputa del Sacramento, de Rafael, he podido admirar, con tu firma, las de centenares de ilustres personajes que han pasado por allí con el único fin de estampar sus nombres en aquellas honorables paredes. El único nombre que no encontré fue el de Rafael y los de sus discípulos.

Sobrino querido e ilustre: en el futuro, puesto que eres rico y viajas, te aconsejo que estampes tu firma gloriosa en el linezo de Las Meninas; sobre el lomo del perro. En La Ronda Nocturna, sobre el parche del tambor. En la Venus de Milo, por la espalda o alrededor del ombligo. En los códices minados del Escorial y en el libro de las Muy Ricas Horas del Duque de Berry. En la Primavera de Botticelli y en la silla gestatoria del Papa.

Con ello te coronarás de gloria y harás que nuestra

estirpe sea conocida en el mundo entero, por los siglos de los siglos.

Con mi admiración de siempre, un beso en tu noble frente en la que algún día has de permitirme escribir mi nombre.

Tu tía,

ESMERALDA

A CARIDAD DE FORTES VOCES, DAMA DE TODOS
LOS ROPEROS, DONANTE PROTECTORA, BONDADO-
SÍSIMA, LLAMADA, ELEGIDA... Y RICACHONA ELLA

Sobrina mía:

Acostumbrada como estoy a sobrinos trapalones, ligeros de cascos, tarambainas, bergantes y pillines, me había descuidado un tanto, sobrinaza, en escribirte. No, no tienes que decirme cosa alguna. Sé que tienes toda la razón. Te veo con muchísima frecuencia en periódicos, revistas piadosas, listas de donantes. . Pero, ¿qué quieres?, una va para vieja y. . . (La que va para vieja soy yo; no seas susceptible), y se le va el traste a una. Perdón, te pido perdón.

¡Que no me acuerdo de ti! Anda, anda, bribonzuela (en el mejor sentido de la palabra; en el sentido familiar y cariñoso). Anda, que buenas hinchetas de llorar me llevo dadas de verte, tan humilde y recogidita, dando de

comer a tanto pobrete, a imitación de las santazas del medioevo. (En esto del "medioevo" no me negarás que se me ve la ilustración). Pues ahí es nada, el día que saliste en "La Cándica Veste", esa revista tan piísima y tan bonitísima en la que aparecías a toda página con una laudatoria hasta allá y dos angelitos de Rafael mirándote extasiados. Buena obra de caridad harías, reservona, que eres una reservona. ¿Qué no me acuerdo de ti? Tú eres la que no quieres conmigo nada, tontucla.

Pues estoy queriéndote escribir desde que diste ese cambiazco que diste tan grande. No es que antes fueses maleja, no, hija. Pero es que ahora eres una buenaza de órdago, y perdona el palabro. De primerísima, que te lo digo yo. así, sobrina, así. Corren unos tiempos que ya, ya. Si no hacemos eso todas, no vamos a ninguna parte. Tu ejemplo es el que hay que seguir. Que luego vienen las revoluciones y mira. Por eso, a visitar asilos, a llevar capacitás a las cuevecitas. Que se les quiten las ganas de revolucionar

Es lo que yo digo: hay que organizar concursos de "bridge", de canasta, "kermesses" o como se diga. Hay que vestir muñequitas, montar funcioncitas de teatro con cuadros plásticos de espigadoras y de "Santa Isabel de Hungría curando los leprosos". —Murillo—. ¡Yo qué sé! Todo benéfico. A beneficio de los pobres todo. Chica, en mis tiempos se llevaba mucho esto. Después, se torció la cosa y ya sabes lo que vino. Un año, hicimos en nuestro Roperó unos chaquetones amarillos y verdes para los necesitados que, hija, por donde quiera que íbamos nos salía al encuentro la obra de caridad. ¡Y daba una satisfacción!

Eso sí, la caridad ha de ser secreta. Que nadie lo sepa. Mis pobres no sabían que yo había colaborado en aquellos chaquetones. Alguna amiga íntima, si acaso. Claro que una no puede evitar que en una comida a los po-

bres, llegue un indiscreto y la retrate. Luego, se ve una en la sección de beneficencia y Yo sé que tú sufres cuando te sacan en huecograbado. Como yo. Pues mira: un mérito más. El sufrimiento por la humildad. Aborrecimiento de la vanagloria. Tristeza de la notoriedad, que dijo el poeta. (¿Lo dijo algún poeta?)

Bien mirado, tampoco creo que hayamos de llevar a rajatabla eso de la mano izquierda y la derecha. Eso entre nosotras. Bueno que no demos un cuarto al pregonero, como suele decirse; pero tampoco tiene gracia que una haga la obra y otras (las de Pérez, por ejemplo) se lleven el laurel. ¿No va una a poder franquearse con alguien? Chica, yo digo que si San Antonio hace un milagro, la vela se la ponen a San Antonio. Que sí, que sí. Bastantes limosnas se hacen anónimas, que Dios sabrá la de "perras" que llevo dadas por esas calles a gentes a quienes no conozco y que vaya usted a saber en qué las gastarán.

—Sí: vaya usted a saber ¿Qué me diría ayer mi lavandera? Pásmate. ¿Que su niña estaba de veraneo! Hija, ¡los pobres se están poniendo de unas pretensiones! Y, claro, todo tiene que salir de nosotros. Bueno, de vosotros, ¡porque yo hace tanto tiempo que estoy tronada! Pero, en confianza, también hago lo mío, sin cacarearlo. Sin decir palabra. A la chita callando, que es como se deben hacer las cosas. Mujer, no lo vayas a tomar a indirecta, que no lo digo por ti, sino por otras que bien que le dan a los timbales a cada obra benéfica que hacen.

Y tu marido adelante con esa fábrica de chocolates. Anda, anda, que os vais a poner las botas, y sé que estás comprando unos fincones. ¡Picaruela!

Un puñado de besitos, rica.

Tu tía

ESMERALDA

A PÍO DEL CAMINO, ANDARIEGO

Querido sobrino:

Toda alborozada te escribo para animarte en la idea que me expones en la última carta y que tan alto concepto me da de ti, santazo de mis ensueños, ricura de caballero andante. Siempre dije de tus ocurrencias infantiles que eran propiamente las de un Don Quijote. Mira si me he salido con lo que vaticiné. Profetisa que es una.

Pues ¿a quien que no sea un Quijote se le ocurre, sin más, dar su nombre a la lista de peregrinos que desde Pozal de lo Hondo irá a Zaragoza en un autocar, pasando mil fatigas y hasta deteniéndose a comer en Albacete? Tú estás loco de remate y así te expones a mil peligros. Pero te viene de familia, que un abuelo tuyo anduvo seis leguas en burra para asistir a la función de San Bartolomé. Su palma tendrá allá arriba. Con el santo estará toma y daca.

Cuenta con mi bendición, hijo, que de varones como tú anda la patria necesitada. Ya que lo has decidido, adelante; que no te faltará ánimo ni ayuda del cielo. Mucho que pediré por ti mientras dure el riesgo.

Estaba yo ansiosa y como desencantada de ver que entre tantos y tan buenos sobrinos como tengo, ninguno me hubiese salido peregrino, con lo devota que he sido y soy de estos santos de sandalia y palo que la Providencia nos envía de vez en vez por los pueblos de España como finísimo obsequio. Ya te imagino luengamente barbado, cojitranqueante, pertrechado de viejo libro que te ayude en tus arrebatos camineros, polvoriento, sucio, uñinegreante. No importa que vayas en autocar; si paseas por aquí y vienes a verme, no me quites la ilusión de contemplarte con el atuendo clásico de los peregrinos.

El corazón me da un vuelco cada vez que veo en los periódicos el retrato de uno de estos piadosos hombres con un epígrafe en el que se lee: UN PEREGRINO EN NUESTRA REDACCIÓN. Chico, me emociona, no lo puedo remediar. Será que como una viene de una familia tan rebuena de siempre. No como mi primo Eduardote, aquel liberalón, que siempre que leía la noticia, me decía que se iba a preparar unas morcillas de arsénico para ayudarles en su santa caminata. No lo haría porque en el fondo era un buenazo, pero tenía poca gracia la broma. Yo le decía: "Si no fuera por las oraciones de esos hombres... ¿dónde irías tú, herejote?" Él se empeñaba en que todos estos peregrinos son vagos de remate que van encandilando beatos por los pueblos, pidiendo como ánimas sueltas y sin rezar un padrenuestro por nadie. Ingenuo. No sabía él que los verdaderos santos siempre han querido ser ofendidos y tenidos por embusteros.

¡Cuántos de estos peregrinos pasarán, con el tiempo, a los altares, si, como ellos dicen, han dejado comodi-

dades y recreos para lanzarse al duro ejercicio de la caminata habiendo de implorar lo que en su casa tenían de sobra o miserias monedas que en sus pueblos echaron a los niños por diversión! Decía mi primo que aquí siempre cae, por marzo, el mismo peregrino; que si es que todos los años se le hace camino.

No hace mucho, en el pueblo donde veraneo, vino, por las fiestas que hacen allí, uno de éstos que hubo que ver la devoción que levantó repartiendo estampitas por cualquier limosneja y lo bien que hacía el verle tan de cuerpo entero y con aquellas barbas de patriarca. En las procesiones anduvo con la vista baja, tan devoto. Parece que se produjeron luego algunas equivocaciones con él, pues no se sabe si porque él iba a Zaragoza y la Virgen del Pilar es patrona de la Guardia Civil o por qué cosa, el caso es que salió acompañado de una pareja y no le volvimos a ver. Una lástima.

Bueno, sobrino, que tampoco vayas a tomar la cosa con tanto arrebato que te nos quiebres en el primer peregrinaje. Zaragoza no es todo Pilar. Teatros hay y paseos como jaspes. Jardines, cinematógrafos. Y a ver si te gusta alguna zaragozana, caramba, que ya va siendo hora de que te cases, que te estás pasando de mozo, nene.

Pide por mí, siquiera en el descanso de Albacete, pero pide.

Tu tía va contigo en espíritu.

ESMERALDA

A FERNANDO ARCAIQUEZ, BURLÓN

Querido sobrino:

El hecho de ser estimado por mí como uno de mis más divertidos sobrinos no ha de ser obstáculo para que cuando lo merezcas, te propine un ligero cachete. Cachete simbólico pero cachete al fin. Ahí va.

Te oí el otro día y callé mientras disparabas sobre materia artística. Contaste una anécdota y todos carcajearon, hasta sobrinos que yo he tenido siempre en mi mayor consideración por sus dotes altísimas. Está visto que nadie o muy pocos saben quedar serios después de oír un chiste que no tiene gracia o que ya conocían, mitad grosería, mitad necedad. ¿Es que estamos obligados a carcajear con carcajadas lo que alguien ha anunciado como carcajeable? Pues no: tendríamos que llorar también cuando Fulanito nos cuenta la muerte de su tía que

lo ha dejado heredero y retorcernos de dolor cuando se nos relata una operación de apéndice. Yo no me reí la otra noche y salí diciéndome para mis adentros. "Verás tú qué carta le pongo a éste."

Te voy a poner en letra de máquina la anécdota que contaste: En París, o no sé dónde, unos señores cogieron a un burro, le ataron a la cola una brocha, lo pusieron ante un lienzo, meneó la cola el asno e hizo unos borrones. ¡Bueno! Estos borrones fueron presentados a una exposición de Arte Moderno. Claro que sin el nombre del burro. Con un seudónimo. Lo firmaría alguno de aquellos astutos señores. El lienzo obtuvo uno de los primeros premios otorgados. ¡Qué sorpresa para el jurado cuando se reveló la verdadera "personalidad" del autor! Porque el burro (¡no faltaba más!) había hecho su trabajo ante notario, ya que a los autores de la broma no se les ocultaba que podrían surgir dudas.

¡Sobrino! Que no te guste el arte moderno, pase. Que creas que se presta mucho al engaño, bueno también. ¡Que cuentes y creas la anécdota del burro. ! Aunque no la creas. Que las cuentas sólo. No.

El burro de la fábula se puso tan contento cuando oyó sonar la flauta por eso: porque era un burro. El autor de la fábula no pretendió que los sonidos aquellos fueran un aria de Mozart o una tocata de Bach. El pobre burro sí creyó que aquella mezcla de pitido y rebuzno era una gran cosa.

Si vuelves a contar ese cuentecito no digas que eres sobrino mío. Me avergüenza, Fernandito. Que yo no entiendo mucho de nada, pero tengo sentido común o lo que sea eso que nos hace ver las cosas con cierta claridad.

De tu cuento sale la demostración de que Picasso es un bruto; el pensamiento actual, todo menos pensamiento; los abstractos, unos infelices sin idea del color ni de

la composición. Tú, una inteligencia clarísima con perfecta comprensión de lo que debe hacerse o no en Arte. Don Lorenzo de Campogrande y don Arturo Lirio, geniales pintores porque hacen esos retratos en el que el acaudalado consejero aparece sentado en opulento sillón, con cortina al fondo, columna al lado, gran cruz en la solapa, cintajo en la manga y rollo de pergamino en la diestra mano. Juan Gris, un hombrecillo que no puede hacer esto de los consejeros y se metió a engañar a los ricos de por ahí con sus combinaciones de periódico, sifón y vaso. ¿Es esto, sobrino? Y un burro pintando y ganando premios. ¡Vaya, vaya! Mira, yo creo que un burro bien dirigido puede llegar a pintar retratos; sólo que cuesta más trabajo que hacerlo directamente un hombre, sin la mediación del burro.

Estoy un poco cansada de que me vengan los padres de familias diciéndome que sus niños son capaces de hacer eso que ven reproducido en las revistas junto a las críticas de Feiti. Digo yo que estos padres son imbéciles o tienen mucha gana de hablar tontamente. ¿Hay más que aprovechar la ocasión de que el mundo está tan despistado y haciendo pintar mamarrachos a sus niños, ganar dinero a porrillo? A estas alturas, cuando Picasso gusta ya hasta a los sacristanes de aldea (por exagerar), es inútil decir cosas así a la gente y una cree que ya no va a oír tonterías en este sentido. Pero, de pronto, sales tú con la anécdota del borrico pintor. Tú, un sobrino mío.

Lo difícil en este asunto es ir a una sala donde hay colgados cien cuadros y decir cuáles son buenos y cuáles malos; sí, malos de remate, aunque su autor lleve barbita existencialista y se ría de las "Cigarreras" de don Gonzalo Bilbao y diga que está creando un mundo nuevo cuya poesía no pueden comprender todos. Lo difícil es saber cuáles esculturas se pueden echar al montón de

los guijarros y cuáles hay que poner en un pedestal de mármol negro, con todos los honores y con una plaquita de oro puro, o menos puro, donde diga el nombre del artista. Esto ha sido siempre difícil, hace ochenta años, hace ciento cincuenta y hoy. Distinguir un dibujo de Brake de otro de Kee y de otro de un mal pintor bromista, es tan fácil y tan difícil como saber atribuir a Tiziano lo que es de Tiziano y a Palma lo que es de Palma. El artista, moderno, antiguo, atrevido o medosito, ha de ser ante todo un gran artista. Un cuadro bueno es bueno desde la primera tachuela que se clava en el bastidor hasta el último toque de barniz y la fecha y la firma. Si un burro pinta tan bien que le dan un premio en un concurso, ese burro ha de ser considerado, honrado, admitido en la Academia, si es que él quiere aceptar, y sus lienzos cotizados a altos precios.

Adiós, sobrino; que no tenga yo que escribirte otra carta.

ESMERALDA

A POMPONIO MELÁNDEZ, APRENDIZ DE GENIO

Admiradísimo sobrino:

Hoy te veo en un diario, a la cabecera de una entrevista con un reportero, retratado en tal actitud que el asombro me he dejado turulata. No parecías tú, te lo juro. ¿A qué viene, sobrino, el morder la estilográfica tan fieramente y el dejarte fotografiar así? Me has recordado a esos piratas de película que para escalar galeones de cartón-piedra con la mayor desenvoltura, ponen en sus dientes el puñal, la espada o el alfanje curvo. Había visto ya retratos, tuyos y de otros, hechos en las posturas más extrañas: con la pipa entre los cabellos enmarañados, tras de un marco antiguo y surgiendo de un violoncelo, despechugados y sucios... ¿Qué te diré? Los gestos más raros y absurdos han sido recogidos por las cámaras en los últimos tiempos. No basta con que la fotografía sea por sí tan ridiculizadora. Hay que ayudar-

la con posturas de esas. Bueno, se van a dar una de reír vuestros nietos cuando os contemplen haciendo esas estatuas. Parecéis idiotas; pero allá vosotros, hijitos.

Sé que lo que pretendéis es asombrar al honrado burgués y, desde el papel satinado, reiros de su feliz mediocridad y dichosa falta de imaginación. Sabéis o creéis que el mundo moderno ha de ser atraído con esas memeces. Por calles tan concurridas como las principales de las grandes ciudades del mundo, un hombre que no se disfrace de algo raro, de tortilla francesa por ejemplo, pasará inadvertido, sin duda. Por muy listo que parezca a simple vista, las luces oscilantes y vivísimas de los anuncios le reducirán a uno de tantos ciudadanos sin importancia. Aparecer en un periódico con la chaqueta de todos los días, con la postura corriente, y con una tan socorrida media sonrisa, es cosa que a nada conduce. Habéis visto a los genios del día pasear mefistofélicas barbas puntiagudas, raros disfraces, exóticos animales, ademanes no usados por el resto de los mortales, y, claro, pensáis que esto es imprescindible para lograr la fama. La verdad, sobrino, es que la buena gente que hay por esos mundos con aficiones excéntricas es célebre, no por su excentricidad sino a pesar de ella. Si la excentricidad fuera una condición bastante para obtener la fama, a cada momento saldrían de los manicomios caravanas de personalidades camino de su asiento en los peldaños de la notoriedad. Pero no basta una postura rara ante el objetivo de una cámara fotográfica. Hacen falta muchísimas cosas más. No dudo que tú las tengas, no; para eso eres sobrino mío...; pero desengáñate, ya no hay quien crea en la genialidad de alguien porque ese alguien se deje retratar en camiseta de verano y flores en las orejas. Han sido muchos los golpes en la misma tecla, hijito.

Los jovencitos creéis saber mucho de la vida y de

todo y entráis en las academias o escuelas con una sonrisa de pedantones pensando: "Éstos se creen que me van a echar a perder, pero sí, sí; están listos." La verdad es que los maestros intentan enseñaros lo que saben que es necesario para adelantar en cualquier camino, y cosa vuestra es, después de lo que sepáis, y estéis hartos de tropezones y atisbos, el dar con un camino que os lleve al triunfo y ¡ay, sobrino!, a las mismas academias de que renegasteis.

Tú, sobrino, eres escritor, y piensas que la primera novelita que has publicado, después de ir de la ceca a la meca dando el tostón, es un prodigio de penetración, de tristeza, puesto que ahora se lleva la tristeza, de sensibilidad, puesto que se usa la sensibilidad, de asco, puesto que se aprecia el asco. Miras con lástima, desde el pedestal que tú mismo te has levantado, a Azorín, a Valera, a Cervantes, a Quevedo y, revueltos, a todos los que ganaron, escribiendo, una, según creo, innmerceda fama. ¡Todo sea por Dios! Te horrorizan las obras que hace unos años escribieron los pobres equivocados que tuvieron la osadía de nacer antes de tu tiempo y bajaron al hoyo sin hacer feísmo o haciéndolo de otra manera. Y sin retratarse con la cabeza entre los pies.

De locos falsos, que cometen incorrecciones, insultan y explotan, para medrar, la verdad de otras enajenaciones mentales, está el mundo muy cansado y esto no va siendo ya camino. Cuando un hombre ha escrito, ha pintado, ha esculpido, ha hecho mucho y bueno, puede tolerársele una "salida" desconcertante. Tiene derecho, siempre que no moleste mucho, claro. Vosotros, los jóvenes que empezáis, no os habéis ganado aún la tolerancia necesaria.

Las larguísimas guías de los bigotes de don Salvador Dalí valen sólo debajo de las narices de él. Debajo de las de un estudiante de segundo de la Academia de San Fer-

que miran horrorizados cómo una vieja ciudad intentar airearse y vivir con más cielo encima. Tú, de los que miran boquiabiertos a mujerucas raramente vestidas con refajos del año de la perita. Tú, de los que cruzan las manos temblorosas ante casuchas sucias y desvencijadas, nidales de salamanquesas.

Tú eres de los que viendo que un pueblo se asea y limpia de guijarros, maldicen del alcalde que tal ordenó y le tachan de antitradicional y nefasto. Tú amoras las cantatas y bailatas de los viejos tiempos de tu abuelita y las voces del sereno en la tranquilidad de la media-noche. Recuerdas enternecido las antiguas diligencias, los caminos polvorientos, las excursiones en burra, los huevos fritos pringosos, servidos en platos desportillados. Todo esto para que lo hagan los demás y para que tú lo veas un dominguito. Para que tú puedas exclamar: "¡Qué típico!"

Me explico tu gran disgusto de un tiempo a esta parte. De casi todas tus excursiones y visitas vuelves desalentado y protestón, tristísimo. "¿Recuerdas aquel pueblecito —dices a un amigo—, Corrazal de lo Hondo, tan típico y tan raro? Bueno, pues lo están dejando hecho una lástima, destrozándolo. Están haciendo, ¡pásmate!, un grupo de casas baratas. La gente ya no canta las cor-relativas con aquellas campanillas. Los mozos ya no se echan al hombro las "jarapas", van con gabardinas. ¡La perdición! Y todo desde que hicieron aquellos dos documentales cinematográficos y la gente se vio retratada."

¡Lástima, sobrino Casquijo, que todo esto se vaya! Pero todavía queda mucho, no seas pesimista. Claro que se irá; se irá, te lo aseguro. Es que la gente, en cuanto "tiene mundo", en cuanto emprende a leer, deja de ponerse calzón blanco si no es para reírse un poco de los viejos usos. Un campesino rico que sube en un coche

"último modelo", no olvida así como así la sensación, y en seguida va el tío y se compra uno y no monta más en buro, porque no. Como el que se quita las esparteñas y se prueba unas botas.

Hemos visto, sobrino, desaparecer al "animero", al santero, al curandero, al "auroro" y a mil tipos más que maldita la falta que hacían. Vayan con Dios. Los pocos ejemplares que restan por ahí, viven de milagro y una gripe fuerte acabará con ellos porque todos son viejísimos. ¡Qué le hemos de hacer! Una gitana sucia, cargada de chicos llenos de moscas, es muy típica y da unas fotos preciosas, pero. Bueno, de esto no me atrevo a decir que desaparecerá porque el gitano es el lujo de España. Un capricho de toda la vida. En cuanto a los viejecitos de calzón corto, barba hirsuta, uñas sucias y colilla lamentable, se irán, sobrino, se irán. Y las casas con moscas y sin cuartos de aseo. Y los pobres con cera en los entierros. Tu mundo.

Otra cosa es que los pueblos conserven las tradiciones que se deben conservar y el estilo, y el espíritu. Otra cosa es que una buena muestra de arquitectura barroca se destroe con un mirador de caja de cerillas.

Te envío un microsurco lleno de canciones antiguas, de ciegos. Y, a propósito: ya ves que casi no quedan ciegos cantores.

Tu tía

ESMERALDA

A EMILIO PARLES, HABLADOR DE TODO Y DE SIEMPRE

Querido sobrino:

Si, como es tontería, cuanto hablas fuese fruto de sapiencia, te digo yo que no habría quien te alcanzase a los talones. El mundo habría dado tal volterreta a tu aparición en sólo veinte años no sería el que es. Pero, ¿qué remedio!

Cada momento me vienen nuevas de tu incorregible manía de perorar sin descanso. Me han contado hoy que, una de estas mañanas, subiste al coche de viajeros que lleva a la capital. En él encontraste poca gente y, entre ella, un pobre fraile franciscano, de edad madura, bonachón, que sin saber lo que le esperaba, se disponía a hacer el viajecito, un tanto largo y de mala carretera. A este religioso elegiste tú, maldito entre los malditos, y a éste pensaste atiborrar de tu verborrea

aplastante. o se te ocurrió pensar que el buen fraile tendría acaso que rezar en su breviario o meditar en los problemas de su convento, o descansar los oídos al menos. No se te ocurrió, sobrino mío y del demonio. Para ti no hay sino público que te escuche, quíeralo o no; tengan voluntad de oírte (cosa difícil) o no la tengan.

Me han dicho que, nada más darle los buenos días (muy de mentira, sobrino), le preguntaste al buen fraile a dónde iba. ¿Qué te importará a ti a dónde va la gente? Pero dejémoslo. Iba a la capital, como tú, aunque si hubiera sabido su desgracia se habría bajado del coche no más verte a ti subir. Ya no dejaste de hablar. Primero pareció una conversación, porque permitiste que dijera algunas palabras; luego, un monólogo a tu cargo. Primero usaste la voz baja que da a las cosas aire de importantes; luego la voz tonante que las viste de verdad inconcusa y de teorías dignas de mayor circunstancia. Primero aceptaste objeciones; después, tus afirmaciones las diste como irrefutables, y el buen padre callaba bajo el alubión de tus necedades.

Me dicen que, algunas veces, se escuchaba un débil intento del religioso, pero que, en seguida, este asomo de levantamiento era aplastado por ti, que, ya encarado en el pináculo altísimo de tu mentecatez, a nadie hubieras tolerado el más simple gesto de interrupción.

Allí arreglaste los gobiernos de Francia e Inglaterra; diste de comer a los hambrientos del mundo; reartiste capitales; hundiste a los políticos que no son de tu agrado; levantaste al pueblo árabe; te hiciste oír del Papa indicándole el camino mejor (aquí el pobre fraile creo que intentaba inútilmente intervenir); diste visiones claras del mundo y de nuestro país a la vuelta de unos años; anunciaste qué pasará y qué no; eliminaste al mediador y al representante, en bien de la mejoría de precios; pusiste límite a la rapiña de algunos; cortaste el

abuso, amonestaste. En un momento, hiciste que tal jefe de tal Estado, levantándose de mal humor, hiciese decapitar a tantos y tantos logreros y hasta a ciertos personajes. En fin, en sólo unas horas y en un viaje solo dejaste al mundo de tal manera que no sé si pensar que muy bueno o para echarlo a la basura.

Cuando empezaste tu perorata casi nadie te escuchaba, pero después no hubo quien pudiera librarse de tu disertación, porque las conversaciones que llevaban entre sí los buenos viajeros, lo que trataban, todo, se les enredaba y se les llenaba de majadería tuya.

Nunca te han dejado hablar en un sindicato, sobrino; en las reuniones semitrascendentales, jamás has podido meter tu voz; nunca tu esposa ha resistido tus pesados argumentos sin dormirse; tus amigos te conocen y te huyen. Pero cuando coges una presa incauta, sobrino, cuando en un rostro ves retratada la bondad, la placidez. ¡ay, sobrino!

¿No tendrás remedio? ¿No callarás alguna vez? De veras que no habrá quien recoja tus discursos para publicarlos. Te juro que no tienes ideas maravillosas. Sobrino, calla. Calla, sobrino. Jamás he oído cosa sensata de tu boca. Y tú. sin cansancio, inagotable, entero, siempre dispuesto al discurso.

No sé si dejaré dinero al morir. Te juro, te prometo que si dejo alguno será a ti, y con esta condición. "A mi sobrino Emilito, si no habla."

Tu tía

ESMERALDA

oírte, y los que quieren oírte son muchos, pues el género que cultivas es de los más agradables a los oídos humanos. Tú sabes lo que hay detrás de cada máscara porque tienes "mucha pupila". A ti "no te la dan". Tus frases más frecuentes son estas: "Yo, en cuanto me echo a uno a la cara..." "A mí que no me vengan." "Yo soy de esos que en oyendo a uno." "A mí el que trate de engañarme." "Cuando uno va, ya estoy yo de vuelta." "Yo digo: al grano." "¿Ese que viene con elogios? Algo que-rrá." "Aquel con cara de bueno, un hipocritón." "Y es que conozco a la gente." ¡Ay, sobrino mentecatisimo! ¿Conoces a la gente? ¿Sabes a dónde va y de dónde viene? ¿Penstras sus intenciones? Dones singularísimos que Dios te ha dado. Tu preocupación mayor es el gato en-cerrado que todos llevan a tu alrededor. Unicamente tú eres hombre de corazón en la mano, de intenciones rectas, de entendimiento agudo. ¿Los demás? Pobres raton-cillos minúsculos con los que juegas a tu antojo. Y es que tú. ¡Ah, tú. !

Te he oído el secreto recóndito de todas las bondades. Te he escuchado, de mala gana, la lepra oculta de todos los aparentemente buenos. La falta grave del hombre bien considerado "que a ti no te engaña" Grandísimo olisqueador de apariencias. Nada ni nadie te vencerán de que lo que has imaginado es falso. Tú sabes bien "lo que te pescas" Creas cada día, para ti, un mundo deforme y agrio. Educado en una librería de folletos y periódicos malolientes, el fondo de la Historia está, tú lo sabes muy bien, lleno de fango oscuro. De los Papas leíste los pecados. De los emperadores, los hijos adúlteros. Y no hay más. Desconoces penitencias y actos generosos. De tus amigos sabes lo peor. De los que te gobiernan, la historia truculenta. Los santos todos hicieron tonterías. (A saber si fueron tales santos.) Los éxi-

tos —¡aquí sí que te cebas!— sabes explicarlos con mane-jos turbios que aúpan.

Tú eres dueño, para siempre del guiño pícaro, de la boca grande, de los ojos saltones, iluminados por el co-nocimiento de la maldad de todos. Sabes insinuar con un gesto, todo el trasfondo de una frase llena de estul-ticia. Tú eres así. Y, ya ves, yo también. Yo quiero igno-rar que algo bueno debe haber en tu fondo. ¡Y es que lo cubres con tanta cosa rara! Pero no dudo que algo tie-nes. Cuando empiezas uno de tus "despellejados", siem-pre adelantas: "Y no me gusta pensar mal de nadie." Claro que no. Pero es tan necesario desbrozar, dejar las cosas claras, saber a qué atenerse, conocer a cada "quis-que", saberlo todo, lo bueno y lo malo. ¡Y bastándote, como te basta, una sola palabrita, para penetrar al infe-liz que la deja escapar ! ¡Ay, sobrino!

Dime, oh Rufinito, lo que piensas de tu tía. Aquello que dices en voz baja a los que te quieren oír. Y lo que piensas para tus muy adentros. Dímelo, Rufinito.

Tu tía a la fuerza

ESMERALDA

risa el esfuerzo de aquella mano que ayudó a subir un escalón. Tú no eres de esos. Carantoñas y plácemes para que te puede servir de algo; gesto duro y negativa de saludo para el que ya te sirvió y del que no esperas ya. ¿Pues el imbécil que cayó del alto puesto desde el que te miraba benévolo? A ése el desprecio, la mofa. Siempre encontrarás motivos más que justificados para tu actitud. A lo de hoy, hijito, a lo de hoy, que la vida es corta.

Tu afán de todos los días sea saltar, brincar de un lado a otro de personaje en figurón, de notable en ilustre, de probabilidad en ocasión. No pierdas vino, ni cena, ni homenaje, ni zarandaja. Sube, baja, corre, espera, huele, intuye, husmea, inquiera. Mas ¿a quién doy consejo? ¿A quién guío? ¿A quién quiero ilustrar si ya es maestro en estas artes? ¿Quién como tú tendrá prebendas, bicocas, premios honores? ¿Qué importa si alguna vez la satisfacción es de segunda mano, sobrino? Cuéntala como buena, osténtala, que el mundo es necio y cree lo que le dicen, sin buscar bases sólidas a las afirmaciones.

Escucha algunos consejos de la que, por ser algo madura, sabe de todo; que he visto mucho y quizá más de la cuenta.

Sé tacaño de sinceridad y pródigo en mentiras. Di mentiras lejanas; esto es, difíciles de descubrir. Si has comido con el rajá de Kapurtala nadie lo podrá saber a ciencia cierta. Cuando vaya a caer una de tus creaciones publicitarias, levanta otra mayor que pame a todos. La mentira es el relumbrón de los escasos de realidades, la puerta falsa por donde también se entra en el gran banquete de la popularidad.

Simula siempre estar perseguido, hijo. Aunque adules a los capítostes de una situación política o intelectual, a renglón seguido propala entre los enemigos de aquella situación tu disgusto y mal entendimiento con los pim-

pantes y triunfadores, a pesar de que a estos últimos debas el bienestar y las prebendas. Con este sistema harás carambola máxima de captaciones, y todos, por tu rara arte, buscarán tu agrado, con realidades unos, con promesas los otros. Chico: no he visto cosa que tanto dé como una buena fama de perseguido. Cualquiera asno, padeciendo persecución, va por el mundo festejado y sorbiendo el seso a todos.

Buena prueba de tu sabiduría es el convencernos de que, a pesar de tus premios, triunfos y apoteosis, eres un incomprendido a quien el mundo cerca con ingratitudes y acosos. Este es el procedimiento que yo te aconsejaría si es que te hiciera falta, que no te hace. Recuerda, sobrino, que muchos grandes hombres postergados, olvidados en vida y que carecieron de la comprensión y ayuda de sus contemporáneos. Esto les hace más simpáticos a nuestros ojos. Pues bien: ¿Qué mejor jugada que obtener el favor de los odiosos y pudientes mecenas y la simpatía de las gentes que no pueden mucho y que no mecenazguean un rábano? Saca lo que puedas a todos y vive. No tengas postura fija ante nadie ni ante nada. Para cada actitud se encuentra, sin duda, un razonamiento; pero, cuando no, ahí está la conocidísima y muy socorrida gramática parda de que puedes usar sin límites.

Cuida, sobrino, de ser cuco. Sinceridad, amistad, lealtad, compañerismo. ¿Qué es todo esto y cuánto hace que dejaron de tener sentido estas palabras? Del año de la pera son, sin duda alguna.

Simula una gran sensibilidad aunque en el fondo seas un alcornoque, pero, ¡cuidado!, cosa que tenga más de un año considérala caduca y léela, escúchala o mírala con lástima. Todo lo raro, estrambótico y fuera de norma, hágate abrir la boca admirativamente. Esto te hará

ser temido de vejestorios, que no hay cosa que más teman que ser tildados de antiguos.

Los viejos son muy útiles. Pero mira, sobrino: cuando necesites algo de ellos, acude a mimarlos en sus casas; cuida que no te vean con ellos. Si por desgracia te sorprendieren en su compañía, enmienda pronto la cosa riéndote de los pobretes a mandíbula batiente. A los que fueron tus maestros en algo no tienes por qué guardarles mayor consideración. Si te ves muy obligado puedes decir de ellos que en su época tuvieron algún significado (sin exagerar).

No he de aconsejarte que allí donde veas una "perra chica" o "gorda", la hagas tuya al instante. Ya te supongo despreciador de la utilidad pública, la buena fama, la consideración de las gentes y otras idioteces por el estilo que estuvieron de moda también hace más de eternidad y media. Dinero, nene, dinero. Lo demás cuento.

La vida esta es una cucaña; la gran cucaña. Codazos, puntapiés, cabezazos, arañazos y apretones, todo sirve si el fin es agarrar el ave por las patas. ¿Estamos? Pues adelante.

No pases día en claro de personaje. Donde haya ministro, secretario, subsecretario, embajador, agregado, enviado especial o cosas de estas, allí estarás tú. No pierdas fogonazo de periodista: saca la cabeza por encima del personaje fotografiado, por detrás, por un lado. Y si no la cabeza, un pie, una mano, otra mano, el juego chirimbolo de la prensa no lo descuides nunca. Que pierdas decir a todos: "Este pie soy yo. Allí estuve. Me rogaron que fuese. Recibí invitación. Comí con ellos."

Toda esta necesaria picaresca te recomiendo y otras que me ahorro por lo muy sabidas que te las tienes.

Por el exceso de remontamiento espera perderte de vista tu tía que tanto te admira y te anima con un cariñoso pescocoznito.

ESMERALDA

CARTA DE LA TÍA ESMERALDA A SU SOBRINA ALCALDESA

Querida Pepita:

Enhorabuena, mil enhorabuenas.

Esta mañana ha venido Pompilio, muy alborozado, haciéndome relación puntual de todo, de cómo fue la elección de tu marido para alcalde, de los que se opusieron en el primer momento pero que después han explicado su actitud. De lo bien que ha estado en la toma de mandato, de sus palabras contenidas y justas, de su admirable ponderación.

También me han contado los recelos que ha suscitado todo esto. ¿Cómo no? Los pueblos son así. ¡Ay, hija, da gracias; que eso no es nada comparado con lo que ocurre en esferas más altas, que también me lo sé! Si te contara. . . Ten en cuenta que los más cercanos, muchas veces, son los que mayormente se escaman y recelan de esos triunfos. Observarás cómo tus cuñadas te llamarán alcaldesa con el rentintín de la envidia. De ahora en adelante, si te haces un traje, un abrigo, una bata sen-

cilla, ten seguro que dirán. "Desde que es alcaldesa. ¡Qué bien le ha caído el nombramiento!" "¡Si no arruina al pobre Paco! ¡Porque ésta es de las que les gusta vestir el cargo!" "¡Pues, hija, mayor será el golpe. cuanto más alto se suba.!"

Dirán que no es tu marido el alcalde, que eres tú la que mandas en el pueblo y lo malo que, cuando lo digan, tú callarás y media sonrisa aparecerá, furtiva, en tus labios. Muy al rato, protestarás de la afirmación: "Mujer no. Eso de que las mujeres mandamos en nuestros maridos es una tontería. Ellos dicen que mandamos y luego hacen lo que les da la real gana." Ten cuidado, sobrina, que estudiarán todos tus acentos; registrarán cuidadosamente tus palabras y cómo las dijiste. Medirán con mayor exactitud que un maestro de música. Ya las conoces. Te harán el "paso", se reirán de ti. Tu única venganza es saber que, también, despreciarán un poco a sus maridos porque no supieron alcanzar la alcaldía.

Verás, con lo activo que es Paco, cómo va a poner al pueblo. ¡Si me dice Pompilio que ya se nota su alcaldazgo! Que ha puesto en orden todo, que ha cambiado el personal —el que puede cambiar—, que muchos están descontentos porque les has hecho, digo, les "ha" hecho pagar todos los atrasos. Vaya, vaya. Eso va a ir bien. La familia, la primera que ha pagado el pato, según me dice. Que tu cuñado Aurelio, que es un fiero, está puesto en basilisco. Bien que el ejemplo comience con la familia. Pero, mira, en confianza, que no extreme esas durezas; que piense en que alguna vez dejará de ser alcalde y que tenéis que vivir en el pueblo. Que no exagere de justiciero porque se quedará solo.

También debe moderarse en los primeros arrebatos de actividad. Conocí un sacristán — ya sabes lo beata que he sido siempre — que cuando llegaba un nuevo cura

o coadjutor a su parroquia, se desvivía en complacerle. El recién llegado entraba en el cargo con afanes de reforma y de orden. Si las mujeres que cantaban en el coro se metían mucho en la sacristía, mandaba echarlas con palabras severas. Si abría un cajón y hallaba libros de ciertas señoras del pueblo que, para su comodidad, los dejaban allí, los cogía, los ponía en manos del sacristán y le "rogaba" que los devolviera a sus dueñas. Las sillas apartadas para ciertos feligreses preponderantes, eran retiradas. En la sacristía no se podía fumar porque era lugar sagrado también. Los cánticos serían muy otros en adelante. La limpieza se ordenaría de forma adecuada. El pedir en las misas, suprimido. Las reuniones de amigos en las dependencias eclesiales, se terminarían... Mil y mil cosas tendrían un nuevo signo. Mi amigo el "sacris" se desvivía en complacer al recién llegado y sus órdenes eran acatadas con celeridad. El mejor colaborador en todo este zafarrancho era él. Todas las directrices eran aceptadas y cumplidas sin réplica alguna y con la mayor celeridad. La primera vez que vi esto le pregunté: "Zacarías, dime: ¿No te desagrada tragarte todo lo que tú has urdido, todo lo que has gobernado? Me parece de una gran humildad." "Déjate de tonterías, Esmeralda. Llevo conocidas muchas tomas de posesión y todas han sido iguales. Vienen con ansias de trabajo, de reformas. Cuando suben al púlpito por primera vez, hablan como si se dirigieran a un pueblo misionable y trazan un plan recto de instrucción en los deberes religiosos. Emplean muchos domingos y festivos en imponer al pueblo nuevas maneras de asistir a los actos religiosos y a la santa misa. Tanto el pueblo como yo les apoyamos y les dejamos hacer. A los dos o a los tres meses, el más renovador ha entrado en nuestras costumbres y todo su afán misionero se ha evaporado como la lluvia de las calles."

Muchas veces me acuerdo de este buenazo de Zacarías al que la llegada de párroco nuevo le proporcionaba unos días malos. Pasados esos días, los libros de sus beatas preferidas volvían a las cajoneras de la sacristía, las sillas de sus feligreses espléndidos recobraban su lugar y su cadena. Sus amigos podían, otra vez, volver a sus reuniones de la tarde y hasta a sus partiditas de cartas en el archivo parroquial. La limpieza se hacía de nuevo como él quería y el párroco decidía vivir un poco más tranquilo, convencido de que el pueblo había cambiado desde que él estaba allí.

Me doy cuenta de que mi carta se ha puesto un tanto impertinente. A fuer de sincera... la pluma se me va en afañes aconsejatorios. Perdona, chica, perdona.

Me dice Poompilio y esto es lo que más me alegra, lo bien que le caíste a la esposa del gobernador. Te ha metido en su corazón. Tú es que a lo monísima que eres, unes tu simpatía, tu alegría comunicable. Si a mí me ocurre lo mismo contigo que a esa señora. Siempre estaría escuchándote, viéndote...

Me dice Pompilio —el pobre está muy contento con tener un primo alcalde— me dice que el jueves vais a la Clausura Anual Gubernativa con la gobernadora. Que se empeñó mucho y que va a mandar a recogeros con su coche. ¡Hija! ¡Qué golpe para el pueblo! Y lo que me alegro. A ver cómo te portas, que dure la amistad. Que mucho de lo que tú ganes ante esa dama, lo gana tu marido, recuérdalo.

Este verano próximo, me voy con vosotros unos días para veros en el mando, que he de engordar dos kilos de la satisfacción.

Muchos besos, reina.

Tu tía,

ESMERALDA

A INOCENCIO GARCÍA, OPTIMISTA

Querido sobrino:

De verdad, tu carta me llena de esperanza y me hace confiar en el porvenir, que, no dudo en asegurarlo, será tan espléndido como tú me lo pintas. No creas que yo no pensaba ya algo parecido a lo que tu prevees. Vistas las grandes cosas que en lo que va de siglo llevamos adelantadas los humanos, ¿quién dudará de las posibilidades enormes y pasmosas que a no muchas fechas de aquí se nos ofrecerán? No te digo de los viajes a la Luna por olerme esto ya a cosa pasada y vieja. Desde niña, leyendo los escritos maravillosos de Julio Verne, yo me estoy muy convencida de la realidad de estos viajes que se harán con billete de taco y descuento. Marte es, asimismo, cosa segura. Porque no tengo dinero, no apresto algunas acciones de ciertos negocios en esos planetas. Pero te las aconsejo a ti para si alguna vez tienes unos miles de pesetas libres.

Tu alma sencilla y noble como la de muchos de mis parientes, se alegra no tanto de las ventajas que nos puedan reportar dichos viajes interplanetarios como de las otras que se adivinan en favor de las condiciones de vida para los habitantes de la Tierra gracias a los avances de la ciencia en la lucha contra los grandes fantasmas que nos amenazan de siempre enfermedades, guerras, escaseses, miserias. Una gran alegría nos embarga al pensar en la derrota segura de todos estos enemigos. La imaginación se enreda pronto en la fácil creación de los espectáculos de felicidad que amena. Bueno, sobrino: ya ves lo que iba a escribir "amenazan". No, no: los espectáculos de felicidad que se prometen a los que vengan después de nosotros. Infeliz de mí que no he de ver tanta ventura. O quizá sí, puesto que aún me quedan algunos años de vida y en estos años puede quedar arreglado en favor nuestro este breve plazo que se nos da, aumentándolo en gran parte. ¡Oh, sobrino!, ¡cómo nos apegamos a este mundo feo y triste! En fin, creo que no tan triste como nos dicen algunos ascetas. Yo encuentro bueno al mundo; bonito, divertido y algunas veces hermoso, según el humor. Yo no quiero dejarlo pronto, Inocencio.

Ahora no se me va de la cabeza el recuerdo de la equivocación que iba a cometer escribiendo "amenaza" unos renglones antes. Tú pensarás que tu tía es muy ladina y se ha equivocado aposta por largarte alguna de sus rarezas. Piensa como quieras, sobrino, que nadie será tan fuerte que pueda detener la imaginación de los demás.

Quise poner lo que empecé y no acabé por inclinación quizá de mis años, que me hacen mal pensada, suspicaz, aficionada a romanticismos, apegada a viejos tiempos. por debilidad de la cabeza que por mis muchos años —no muchísimos como vosotros queréis— flojea y

falla con más frecuencia de lo que yo quisiera. Esta vez que me hace pensar en todo con pesimismo. Por eso quizá me ha gustado más tu carta, porque está en el polo opuesto de mis pesimismo.

Yo, sobrino, he de hacer un esfuerzo para ponerme a tono con vosotros. No me arrebató por los mismos motivos, y mientras os veo remontaros como alegres y ligeras cometas de colores por un cielo azul, despejado, me siento a mí misma pesada por la carga de experiencias un tanto amargas, por desengaños. Ni el viento más impetuoso me elevaría hasta vuestras regiones altísimas. ¿No has visto algunas cometas de los niños bajar a tierra por exceso de cola? Eso llevo yo: exceso de cola. Vosotros lleváis la prudente.

La imaginación de nosotros los vejesterios se ha acostumbrado a un mundo lleno de alegorías insignes a las que vosotros daréis fin con un gran esfuerzo y en no mucho tiempo. Ve que la civilización, sobrino, ha dado al traste con una de las figuras antiguas: la majestad. Los reyes. Quedan aún, claro, pero no son lo que antes. Habéis empezado por derribar la más alta cabeza al tiempo que alargabais la mano al escalón más bajo y levantabais al gran paria, al miserable tremendo, al despojo, y le invitabais a subir. Por este camino se va hacia una pretendida igualdad que llega pisando fuertemente.

Haréis desaparecer del mundo la Miseria. Si quieréis ponemos la Pobreza. Como te escribo sentada ante una ventana que da a un barrio en el que se mezclan todas las clases sociales, me detengo un momento para adivinar este mismo barrio en el porvenir, su nueva fisonomía simétrica y unificada. Ya no será fácil el espectáculo de aquella vieja que limpia la cabeza del nieto con un trapo untado de gas frente al acristalado mirador donde un niño "bien" lloriquea a pesar de los mimos de las doncellas pulidas. Sin embargo, la Miseria, ¡hace tan bo-

nito, hasta para los cuentos de Navidad! Pero no, sobrino: dadle en la cabeza a la Miseria. Siquiera por que podamos comer tranquilos.

Y la Enfermedad, sobrino. Pronto, las mujeres oirán hablar de los dolores del parto con horror, como hoy se contempla la fotografía de la Doncella de Hierro que hay en no sé qué ciudad alemana, tremenda, cargada de amenaazs. (¿Podía cerrarse este artefacto terrible hincando sus púas en un cuerpo humano? Pero ¿podían nacer los hijos con dolor? ¿No morían las madres? ¿Se casaban las mujeres?) Es que muere la Edad Media, Inocencio. Estamos viendo la agonía de la Edad Media. Bueno, digamos el principio de la agonía. Edad Moderna. Edad Contemporánea. Edad Nueva, Edad Novísima. Ahí está tu tiempo, sobrino, ahí. Lo malo será que falten aún dos mil años para la llegada de la Novísima. Pero a lo que decíamos de la Enfermedad. Acabaréis con ella, ¿eh? ¡Pero pronto! Y con la vejez. Acabad con la vejez, pero sin que se parezca vuestra eterna juventud a la faz de cartón-piedra, sin vida, de los viejos artistas del cine que prolongan sus actividades no sé con qué estiramientos ridículos.

Si pudierais con la Muerte. Todas las figuras de los viejos comediantes deberán desaparecer: la Riqueza, el Poder, la Vejez, la Miseria. ¿Habrá de quedar la Muerte, sobrino? Pero no la matéis grotescamente. Hacer que un difunto sea aséptico, conserve el color por medio de un maquillaje, pueda mirársele en cualquier momento sin repugnancia —quizá con risa—, eso no, Inocencio. Que yo temo que estos muertos se levanten un día, pidiendo gusanera y podredumbre, pidiendo una muerte digna, casi heroica. Al hombre que muere en una cama de níquel no se le puede negar ese momento terrible de los gusanos porque entonces será un muerto sin nada que contar. Los muertos que quieren y pueden conser-

vase ya lo hacen ellos. Dejadles hacer su voluntad, su lucha con la tierra. Me he puesto muy seria, sobrino.

A veces me pregunto si el Pobre, el pobre de los grandes autos sacramentales, el pobre embustero, el rezador, el de los caminos encharcados, el de los soportales; me pregunto si este pobre habría cambiado su vida por la de honrado artesano, pobre pero sencillo, no mísero y soberbio como un gran señor. Creo que no. Un miserable puesto en la riqueza habría sabido desenvolverse con soltura y por eso sólo habría cambiado su muerte. El trabajador pobre se habría asustado ante la proposición. La Miseria y la Riqueza no pueden ser dominadas sino por pícaros.

No se puede amar la enfermedad, pero hay, sin duda, el orgullo de tenerla. De ahí la afición a quejarse que tiene la gente. Quieren ser enfermos sin serlo, como hay quienes presumen de dinero sin una "perra chica" que se le pueda caer. ¿No has oído contar su última enfermedad a nadie? Sí. Atiende esta misma tarde al que te contará, sin duda, una dolencia. Observa su emoción, su fuego. Parece que cuenta una guerra. Prueba a decirle medio en broma que no te interesa mucho el relato o demuéstráselo durmiéndote. Te odiará para siempre. Sin embargo, ese hombre no encuentra solución con que tú le oigas. Acaso al médico no le cuente tan bien los síntomas. Porque el médico puede curarle. Y no queremos que nos curen. Queremos ser enfermos.

Apenas si trabajará el hombre los siglos futuros. Su alimentación correrá a cargo de los diferentes gobiernos, acaso de un gobierno único para todo el mundo, el Estado Central de la Tierra. Pero ¿para qué nos servirá ese mundo? Desde ese avanzadísimo estado de perfección se verá como una salvajada el acto de comerse un pollo asado con lechuguita alrededor. ¡Sobrino: ese pecado de la gula, pecado al que no se llega casi nunca y por eso

Tú, sobrino, en una ferretería, serías el antipático joven del batín que, cuando se le acerca un cliente con un tornillo en la mano a preguntarle si los hay iguales, adopta un gesto estúpido de asombro y mirando al iluso comprador con desprecio, le deja caer sobre la cabeza su mazazo de no: «¿"Esto"? Ca, señor, de "esto" no tenemos aquí.» El cliente quea un poco turulado buscando por las paredes los tarros de farmacia por si se ha equivocado de comercio. Cuando ve que no, pregunta al jovencito, que ya lo ignora y que mira ciertas hojas de periódicos: «Pero "esto" se comprará en una ferretería, y estamos en una ferretería, ¿no?» «Sí, señor, estamos en una ferretería, pero esos tornillos no se han vendido nunca aquí ni los encontrará en el mercado.» Así: ni una sonrisa de comprensión o de aliento. Aire de superioridad y triunfo porque para eso se ha podido decir no a algo. Claro está que el tornillo se encontrará en la ferretería más próxima donde alguien que entiende su negocio se ha encargado de que no falte.

Tú, sobrino, puesto detrás de una ventanilla para servir al público, serías de los que abandonan a duras penas una importante operacin de suma, luego de largos minutos de indiferencia y miradas por el rabillo del ojo, para coger displicentemente unos papeles, examinarlos, puestos tus labios en caldern musical, y devolverlos con un "Esto no es aquí" o "Le falta reintegro" o bien "Tiene que firmar su esposo" Todo esto sin disimular la alegría de poder soltar un no; escuderos del no os deberían llamar.

Vuestra obligación en la ferretería es lamentar la falta de un artículo y explicarla bienamente. En la ventanilla, orientar y dar ánimos al que llega ignorante de lo que le espera. Vosotros sentís la alegría de truncar el buen ánimo, la ilusión si quieres, del que se acerca a vosotros que, traicionados por el destino, os encontrais

allí injustamente cuando deberíais estar ganando la batalla de Waterloo. ¿Verdad, sobrino mío?

En una entidad bancaria, vuestra ventanilla es la de las negativas a los modestos préstamos. Ahí sí que se puede uno creer y sentirse importante. Apabullar al mendigo, o poco menos, que se os acerva largándole un papel y otro y otro con peticiones de firmas y avalués importantes, respaldos económicos, garantías, documentos, plazos, fechas largas y cortas, según para lo que sean, descuentos, imposiciones, restricciones... ¡Ah, triunfo! Y muchas veces la palabra "no" lanzada desde lo alto de una caja de caudales cerrada con cien combinaciones.

¿Y el placer de negar una determinada marca de tabaco? ¡Qué mirada de burla, qué regodeo en la contestación retardada! "No, señor; de eso no hay... ya." Y la coletilla de boca retorcida: "¿No lo sabía? Hace tiempo que no hay de eso." Y un pequeño y repetido movimiento de cabeza que expresa muy bien vuestro sentimiento interno: "¡Con qué clase de gente tiene uno que luchar! No lo sabía! Burro, más que burro o estúpido que ha creído otra cosa."

¿Y la satisfacción de un artículo que se acabó como aquel tabaco, que se vendió fácilmente y hay que negar a otros clientes que se hicieron la ilusión de adquirirlo? "Acabamos de vender el último. Se vendieron todos. Para nosotros los quisiéramos. Más que hubiera. Ese juguete ha tenido mucha aceptación. Ya tardará en venir otra vez."

Me he dedicado a observarlos, sobrino, y hago colección de vuestros gestos, de vuestras frases, de vuestras variadas negativas triunfantes, antipatiquísimas. Colecciono golpes de ventanilla a la hora en punto con suspiros de alivio. Miradas fijas y duras a un saludo equivocado. ¡Ay, esos personajes casi ofendidos porque le hemos confundido con otro y le hemos dirigido un cere-

monioso saludo! No ceder, no y, tiosos, enérgicos, parecen decirnos: "Aprenda a distinguir quiénes son y quiénes no del círculo de sus amistades." Archivo todas las negativas a todas las cosas: a las tendencias artísticas o literarias, a las vidas, a los viejos, a los jóvenes, a los altos, a los bajos, al equivocado, al sabio al pobre, al rico. Negativas al pan y a la sal.

Si yo pudiera, sobrino, ponerlos en cuarentena de no. Prohibido decir la espantosa palabra durante cuarenta días, cuarenta años, cuarenta siglos. Borrado del diccionario el no, ea! Ayudar al sí, abrirle camino al sí, empujar al sí hermoso y alegre.

Sí, pero... claro: con los noes, en todo caso hacer una valla que nos rodee e impida que se nos acerque lo feo, lo desagradable, lo que es no en la vida Bueno, sí: quizá tengáis alguna razón. Pero, al menos que el no sea agradable también: que sea un "no, por ahora". Un no abier-to al sí.

Tu tía,

ESMERALDA

A CIVIL BURGUETE, TÍMIDO

Muy querido sobrino:

Viniste ayer a verme, todo atribulado y miedoso porque unos amigos tuyos fueron a verte a tu casita de la ciudad, se sentaron en tus relativamente cómodos sillones, te pidieron una cerveza fresquita y, acabado todo esto, te miraron duramente y con voz de asco te lanzaron a la cara una acusación terrible: "Burgués, eres un burgués."

Tú, pobre hombre, te echaste a temblar, te sentiste culpable no más dirigir una miradita a tus cuadritos, tus sillitas de rejilla y a los recibos de los colegios de los nenes que estaban por allí encima. De pronto, todo cuanto hay en tu casa que representa un gasto de más de tres pesetas, se levantó contra ti y se te echó encima gritándote: ¡Burgués, burgués! Y aquél par de... amigos, todavía con su cervعeça en la mano te miraban con los

ojos entornados y las bocas fruncidas. Burgués, burgué. Luego, claro está que te largarían uno de esos fuertes discursos cargados de palabras cortantes, secas entre las que sale muy frecuentemente, destacando mucho, el substantivo testimonio. Testimonio para acá, testimonio para allá. ¿Y responsabilidad? Responsabilidad, servicio y grupo. Estas y otras palabras forman ramillete que se envuelve o anuda con una frase hermosa. "Lo social" Este ramillete lo tienden a todos con un nombre genérico: perorata.

Yo, os digo, sobrinos míos, y os respondo después por carta. Así, de pronto, oyéndoos, no se me ocurre cosa alguna, sobrinos. Escribir me cuesta también mucho trabajo. Ir enganchando ideas, malas o buenas, con la pluma y arrastrarlas por el papel y mirar cómo han quedado, es costoso. O hacer saltar estas ideas y dispararlas contra una máquina, apretar los dedos y dejarlas clavadas como las mariposas de los entomólogos. Me cuesta, me cuesta, pero, al fin, voy expresándome. Así, pues, por carta tú también, dime: Esos amigos ¿no eran burgueses? ¿En nombre de quiénes hablaban? Unos campesinos los habían llamado y les habían dicho: "Vayan ustedes a la ciudad al burgo, y díganles a los ciudadanos, a los burgueses, que nos dejen entrar, que estamos hartos de campo y queremos echarlos de sus casas para que sean ellos los que vengan al agro a divertirse labrando y a curtirse la piel."

Vamos a dejar claro esto, sobrino. Tus amigos serían algo de lo que yo te digo: burgueses, proletarios, ciudadanos, campesinos o villanos. Burgués es el que vive dentro de un burgo, palabra que equivale a ciudad; luego el burgués es un ciudadano. El villano es el que vive en una villa, aunque, ahora se diga villano al que comete actos ruines, bajos. o sé por qué se ha llegado a esto. El proletario es el padre de muchos hijos, pero se

llama proletario al que no tiene con qué alimentar a esos hijos. ¡Ah, sobrino! Acabo de mirar al diccionario y un proletario es el que aparecía en las listas vecinales con sólo sus hijos para servir al estado. No podía dar más. Otros daban sus hijos, sus fincas, sus dineros, sus caballos. El proletario, sólo sus hijos. Tus amigos ¿eran proletarios? Si llegaron y te pidieron cerveza fresca y se pusieron cómodos en tus silloncitos, me parece que eran, al menos, ciudadanos. Y nadie les había encomendado ningún mensaje, creo.

Veamos algo más: si tú vives en la ciudad, en el burgo, y vives en el centro, en las calles buenas, eres un burgués. Si vives en las calles menos buenas, eres un ciudadano. Un ciudadano, puede saludar a otro diciéndole "adiós, ciudadano" pero un burgués no saluda al otro con un "buenos días, burgués" ¿Por qué? Porque la palabra "burgués" quema. Di a tu amigo que es un burgués y verás lo que ocurre, a pesar de que tu mejor amigo viva en el centro de la ciudad. O supón que en una fábrica aparece un día un letrado que dice: "El patrón es un burgués." Menudo se pone el patrón que comienza a decir a todos que no sabe qué motivos tienen sus obreros para ofenderlo así. Que él no hace sino portarse bien con ellos y llevarlos de veraneo y otras zarandajas. Sin embargo, ¿quién le ha ofendido?

Además, el obrero digno que va a su fábrica y trabaja ocho o veinte horas, las que quiere, y vuelve a su casa, descansa, y otra vez a su fábrica y llega el sábado y se va al campo con sus hijos y su mujer, porque también es más o menos proletario, y se pasa el sábado y el domingo en el campo y pinta un cuadrito o hace unos versos y vuelve otra vez a su casa y a su fábrica y el domingo siguiente se queda en su pisito viendo la televisión. Dime, sobrino, este obrero que pareces tú, ¿es un burgués o es un paria?

Espera, sobrino, que voy al diccionario a ver lo que es un paria. Una paria es la persona a quien se tiene por vil y privada de las ventajas de otros, poco más o menos. Tus amigos ¿eran parias, eran como esclavos de otros? o creo. O todos somos parias puesto que siempre, en relación con otros ventajistas, nosotros seremos menos ventajistas. El reparto de ventajas no es cosa que haya ido bien "en jamás de los jamases", como dicen los huertanos de por el sur. Sí que serán tus amigos hombres escasos de ventajas y pretenden alcanzar las ventajas que creen merecer y yo lo veo justo. Entérate de si tus amigos buscaban ventajas. ¿Sabes lo que se me antoja a mí una ventaja? Cosa que el viento lleva y que alguien coje al paso del viento. ¡Mirad, he cogido una ventaja! ¿No es cierto que tomar ventaja es tomar un buen viento? Y si el viento te empuja, tienes ventaja. Ventaja, ¡Qué palabra tan bonita! Dime qué viento llevaba a tus amigos o qué vientos llevaban ellos.

Dime si tus amigos viven en la ciudad y en qué parte, para titularlos ciudadanos o burgueses. Porque suele ocurrir que a la hora de los títulos, quienes tienen el de burgué lo quieren sacudir de sus espaldas echándolo a otros y eso no vale. Que yo sé de muchas casas burguesas de donde sólo salen ciudadanos como en una comedia de embrollo. Y eso tampoco vale; y no valen muchas cosas.

Si uno sufre con los demás, con los parias, con los proletarios, tampoco vale pedir bebidas con hielo. Los frigoríficos no se enchufan en los troncos retorcidos y muertos de la tierra sedienta, amigos. Para dar testimonio, los precursores no llevaban nevera portátil.

También sobrino, he creído siempre que cuando Jorge Manrique escribió las coplas a la muerte de su padre, ya se le había pasado el dolor y le quedaba sólo el luto. Y que difícilmente puede sentir con el paria el que no

está privado de ventajas y yo me entiendo. Que digo yo que estar con el paria, a distancia, haciéndole versos que no va a leer el paria sino el burgué, que, vamos, que tiene gracia, sobrino. Porque tus amigos hacen versos de esos. Entérate de si hacen versos y a quienes los leen y si es con comida, de la que sea, anda. Entérate. Y cuando te enteres de todo eso que te pregunto vienes y me los dices y nos estamos un rato hablando como burgueses, con té y pastas.

Tu tía,

ESMERALDA

Con lo anterior debería bastarte y yo podría terminar mi carta aquí pero no: por si tu mente aún se encuentra ofuscada por la supuesta ofensa, voy a extender-

me un poquito en aclararte más mi modo de hablar que verás cuán correcto es.

En mis tiempos de niña, casi los tiempos del romanticismo, sobrino, se veía venir por una calle a determinada persona y se murmuraba. "¡Pobre! Apenas si puede llevar la cabeza alta. La vergüenza ha caído sobre él." Supongamos que aquel hombre había cometido una mala acción, un robo, un secuestro, una traición, una deslealtad ligera o pesada... o supongamos que la mala acción la habían cometido algunos de sus familiares en obsequio suyo, para hundirle en la vergüenza. De todas formas, él no podía levantar su cabeza porque el peso de la vergüenza era como un sobrero con alas de plomo. Pero ahora recuerdo lo contrario: se veía venir a un señor alegre, altivo, que de vez en vez, se detenía atusándose los bigotes, que al pasar se descubría y los saludaba atentamente y continuaba su camino. Pues bien: no se nos ocurría murmurar que aquel hombre llevaba ninguna vergüenza encima. Era un hombre que no tenía por qué tener vergüenza. ¿Un sin vergüenza? Pues sí. Aquel hombre no conocía la vergüenza, sin duda, como muchísimos otros. Como tú.

Dime, sobrino: tú ¿conoces la vergüenza? Si conoces la vergüenza será porque alguna vez has cometido actos vergonzosos y, de pronto has sentido necesidad de disimular, mirar hacia otro lado, esconderte para evitar que alguien, a quien tocaba entonces llevar la cabeza alta, te pudiera ver. Decir esto de ti, siquiera suponerlo, es ofensivo y no lo tolerarías, ¿es cierto? Entonces, ¿Por qué te ofende también lo contrario?

Si yo anduviera por ahí diciendo que tú eres un hombre con muchos motivos de vergüenza, podrías ofenderme con razón. Si digo que eres persona de mucha vergüenza, podrías preguntarme: ¿Qué motivos tengo yo, querida tía, para tener vergüenza? Pues eso digo yo, so-

brino: que tú no tienes por qué conocer la vergüenza, que estoy segurísima de que no la conoces, como no conoces el hambre, ni la miseria, ni la suciedad. ¿Conoces todo esto, sobrino? No podrás ofenderme si digo: mi sobrino Ca-litos no ha tenido hambre jamás, no sabe lo que es el hambre. Si digo de ti que eres un hombre que no sabe lo que es la escasez de dinero, te dejará indiferente, porque eres hombre rico, pero sí, por el contrario, comienzo a decir que estás en la ruina, te ofenderás. Pues bien, hay que decir lo justo: no conoces la pobreza ni la vergüenza. Si conocieras la pobreza, conocerías la supuesta vergüenza de tirar de una cuerda, el torso desnudo, al sol, subiendo ladrillos a un cuarto piso. Como no conoces una cosa, no conoces la otra. Si fueras un modesto empleado, conocerías la vergüenza, auténtica, de sentarte fracasado ante tu mujer, ante tus hijos, por no haber podido conseguir para ellos mejores medios de vida.

Ya sé que te vas a poner violento con esta carta, diciendo para ti. ¡Cómo! ¿Se cree mi tía, la imbécil, que yo no sé lo que es la miseria y el trabajo y el hambre y la enfermedad. ? Sí, sobrino: lo sabes todo porque lo has leído, porque para eso están los grandes escritores que han cogido a un pobre, lo han maltratado, lo han llevado de allá para acá y han conseguido meter en un puño el corazón del que no es tan pobre y puede comprar el libro y tiene comodidad y tiempo para leerlo. En cuanto a la enfermedad, estaría bueno que no la conocieras.

Aparte las vergüenzas gordas, como la de pedir dinero a un amigo y tardar algo en devolverlo o no poder devolverlo jamás, tampoco has sentido nunca la vergüenza que produce el temor de haber hecho mal un trabajo. Hay tipos que van por ahí con la cabeza baja temerosos de que cualquier amigo les pare y les diga: "Oye: que

CARTA DE LA TÍA ESMERALDA A UN PADRE CUYA HIJA NO QUIERE ESTUDIAR

A DON MANUEL DE MANUELES

Muy querido y compadecido sobrino:

Si tuviera que escribir una carta a cada uno de mis parientes cuyas hijas no quieren estudiar, estaría apañada tu pobre tía. Pero, sobrino mío, tu carta pidiéndome consejo es tan triste, tan lamentosa, que no puedo menos que esforzar mi imaginación y ponerle paño al púlpito para darte unas cuantas ideas que tú expondrás a tu hija rebelde en el momento oportuno.

No te digo que le leas mi carta porque, como yo jamás he estudiado cosa alguna y todo el mundo lo sabe, la niña se te va a poner tonta y va a dar en la tecla de hablar pestes de mí. Claro que podría decirles que mis tiempos eran otros, que entonces las niñas no estudiaban y que, por no estudiar me veo así de desocupada, con la sola dedicación de dirigir cartitas a mis sobrinos,

oyendo a pasar temporaditas con unos y con otros. Bien que esto podría tentarla algo porque, aparentemente, mi vida es cómoda ya que no estoy nunca tanto tiempo con mis sobrinos que se crean autorizados a tratarme de otra forma que como invitada que pasa unos días en casa.

Lo mejor es que no le digas quien te aconseja. Tú sacas de mi carta ideas para un discurso y, en la primera ocasión, se lo largas a esa niña. Verás cómo estudia.

En opinión mía, puedes comenzar con las frases corrientes, diciéndole que si no estudia, para ella hace, que vosotros, si os sacrificais, es por su bien de ella y, que nada queréis para vosotros; que cuánto os gustaría no hacerla estudiar y prepararla sólo para que cuidara de la casa y hacerla, sencillamente, una fregona. A nada de esto hará caso y seguirá hecha una fresca mirándose las uñas. Entonces añadiréis algún ejemplo en los que, si podéis, me dejáis fuera: "¿Quieres ser como la tía Fulana y la tía Mengana? Pues ahí las tienes." Procuraréis citar a las tías o amigas que, por no haber estudiado, lo pasan muy mal regando macetas y fregando algunas casas. O haciendo punto a todas horas. Ya al final podréis ponerlos más trágicos y le decís aquello de: "Nosotros no vamos a vivir siempre. Un día te quedarás sola y tendrás que defenderte de la vida sin nuestra ayuda. Dinero no te podemos dejar porque pensamos que lo más que puede dejar un hombre a sus hijos es una carrera." Este golpe de la muerte segura de los padres pienso yo que debería trastornar a las chicas, pero confieso que he observado muchos casos de desfachatez terribles; creen que es broma, las estúpidas. Insiste, no obstante, sobrino y hazle ver que es muy cierto que un día la tendrás que abandonar y dejarla huérfana aunque tú no quieras. A ver si responde. Si no te hace caso utiliza el modesto discurso que te envió y que, bien explanado, puede causar su efecto.

He estado un rato ante el papel sin saber cómo empezar el discurso, porque es difícil, y he decidido darte las ideas sin ponerle adornos. Verás: puedes asegurarle que el mundo moderno exige a todos un grado de conocimientos y preparación superior al que nos pedía el mundo de hace cuarenta años. Que quienes ahora se nieguen a estudiar se verán obligados a no entrar en las filas. No me gusta esto sobrino, no me gusta. Mejor, le haces una descripción del mundo antiguo que encerraba a las mujeres en sus casas donde sólo hacían bordar, pintar cojines y cuidar a sus hijos y hacer y recibir visitas y comparas todo esto con el mundo de hoy que no tiene inconvenientes en llamarlas a que, codo con codo con los varones, trabajen en las oficinas, las fábricas y los laboratorios confundiendo a veces el vaso de whisky y la colilla del cigarro. Bien expuesta, esta idea puede quedar muy bien.

Luego, puedes hacerle el retrato descarnado de una chica que sólo piensa en cuidarse, broncearse y lacarse contraponiéndose al de otra, modosita, que pasa largas horas estudiando y tomando simpatinas si es necesario para conseguir notas brillantes. Destacarás la aureola casi heroica de estas últimas que no vacilan en sacrificar algo su aspecto llegando a ponerse gruesas gafas en contraste con las otras que llegan también a usar gruesas gafas pero con ¡cuán distinto sentido y con qué miras tan banales!

Compararás después el porvenir de cada una de ellas. La chica desenfadada, vana y poco estudiosa, pasará su vida cuidando sus cabellos, el bronceado de su piel, su vestido, su manera de andar, sus kilos. La estudiosa, cuidará sus fichas, sus libros, sus tubos de ensayo, sus investigaciones. La coqueta redomada buscará la amistad de fuertes jugadores de tenis o de fútbol e irá con ellos a piscinas y campos de deportes, a excursiones y fiestas.

La estudiosa, se encontrará con muchachos serios y respetuosos en las bibliotecas, en los laboratorios, en los claustros de los centros de estudio.

Cumplidos los veinte años, unas se encontrarán con las cabezas llenas de ideas sabias mientras las otras, las que no estudiaron, tendrán las chollas vacías dispuestas a rellenarlas con todas las tonterías que quiera poner en ellas un salvaje aficionado sólo a correr locamente por esas carreteras.

La aplicada, segura de su porvenir, apenas si se molestará en atraer la atención de un hombre mientras que la desaplicada e inculta hará lo imposible por contenerse delante de los que ella creerá buenos partidos por el solo hecho de verlos desocupados y gastadores. Si estos esfuerzos y contoneos tienen éxito feliz, se verá unida para siempre a un insensato como ella del cual dependerá en todo, obligada a seguirle en sus majaderías, viéndole, acaso, despilfarrar un dinero que su padre ha conseguido en una larga vida de negocios y trabajos sin cuento.

La mujercita que ha estudiado, lo más tarde a los veintiocho o treinta años, tendrá un ingresito seguro, un dinero que le parecerá maravilloso, por muy modesto que sea, y le parecerá maravilloso porque ha sido conseguido por su esfuerzo continuado. La muchacha casquivana, por mucho dinero que maneje, jamás sabrá apreciarlo por la sencilla razón de que ignora el trabajo que cuesta conseguirlo. Y lo gastará alegremente sin meditación alguna y hasta se lo jugará en una timba de locos de su misma especie. Si la primera decide comprarse un traje o un abrigo o un paraguas no tendrá que pedir el dinero a nadie sino a ella misma y le bastará el sueldo de un mes seguramente para adquirir estas prendas mientras la otra tendrá que acudir a cientos de bajezas para alcanzar lo que desee. Y no crea nadie que es mejor

porque sea más bueno lo conseguido por la casquivana, que siempre el fruto del trabajo aparece a los ojos de todos vestido por las mayores pompas. Más bien aparecerá deleznable a los ojos de los sensatos el rico abrigo de pieles conseguido sólo a fuerza de ruegos a un imbecilote adinerado.

Mira, sobrino, qué frase acaba de ocurrírseme y que puesto en pie puedes dejar caer sobre tu alocada hija: "¡Cuán distintas han sido las miras de una y otra! Una quiso hacer del hombre su noble compañero; la otra quiso buscar un esclavo, la insensata!" Puedes hacerla estremecer, si la dices bien.

Claro está que luego de largarle esa frase le harás ver que muy lejos de conseguir sus propósitos la no estudiosa, a fin de cuentas vendrá a ser ella esclava del hombre y ¿de qué hombre? Acaso del más despreciable pues no es lo más importante la apariencia y suele ocurrir que, traicionando la frase latina aquella de "mens sana in corpore sano", los cuerpos sanos y fuertes suelen albergar almas entecas mientras las mentes más sanas están escondidas en cuerpos entecos. Esto lo sabrá ver la estudiosa y, ciega, no lo verá la que descuidó sus ingresos intelectuales.

Si tu hija estudia no se verá amarrada por la obsesión del matrimonio. Podrá quedar soltera con la mayor de las tranquilidades. Si no estudia, a trancas y barrancas tendrá que casarse y te digo yo que una muchachita empenada en encontrar marido es de temer. Y no lo digo por mi experiencia, que soy una solterona, sino por lo que veo sin esforzarme mucho.

En fin, sobrino, creo que es ésta una de las cartas más serias que he escrito en mi vida y que con un poco de suerte, digo, conque tú la tiraras e irás al puesto de un pescatero y éste la utilizara para liar un salmonete y el salmonete irá a parar a las manos de un entendido,

de un sabio, y éste leerá el papel y se admirará y lo limpiará bien y decidirá publicarlo... con todo esto sobrino, mi carta se verá en una antología de clásicos epistolares. Así lo creo. Y digo esto del pescatero y el salmonete porque así es como se han salvado todas las obras maestras que pueden hacerse en papel.

Un abrazo, sobrino y mi deseo de que tu hija escoja, por fin, el mejor camino.

Tu tía,

ESMERALDA

CARTA DE LA TÍA A UNO DE SUS SOBRINOS QUE ERA ACADÉMICO

A JUSTO LÓPEZ, ILUSTRÍSIMO ESCRITOR CON SILLÓN PROPIO EN VARIAS ACADEMIAS

Amado Justo:

Lo que te voy a decir en ésta que quiero sea muy breve carta, no empecaré en una nota la gran admiración que siempre me has causado. Tus obras han sido devoradas por mí con verdadera hambre literaria. Tu estilo, en todo momento, me ha metido en el asombro. Las letras te deben parte extensa de su vida. Pasará mucho tiempo sin que nazca otro como tú de puro y claro. Tu prosa transparente será siempre modelo de todos los escritores conscientes. De este modo podría seguir poniendo ante ti piropos que nunca sonarían a inmerecidos, a hijos del cariño que te profeso y del que siempre me jactaré. Quede todo esto bien claro, sobrino y maestro.

Ahora bien: tú eres humano y falible. El pedestal divinizador en que te has encaramado en los últimos años me molesta y me irrita. Azuzada por la envidia que siempre causais los grandes a los pequeños, voy a inclinarme hasta el suelo, voy a coger una piedra y la voy a lanzar contra las letras doradas que forman tu nombre debajo de tus botas de caña alta fundidas en bronce.

Dime, sobrino dilecto: ¿Qué es "alcazarra"? Sí, "alcazarra".

No hace mucho, leyendo una de tus descripciones maravillosas, tropecé con el vocablo. Venía, en un corto párrafo, así incrustado: "en el rincón estaba puesta una fresca alcazarra..." Tate, me dije, el sobrino se me está tornando desenvuelto. Esta alcazarra y además fresca, acechando en el rincón. Pero, ¿qué será esto de alcazarra? Quizá no es lo que yo creo. Acaso mi sobrino, conocedor del lenguaje como nadie, ha metido mano en el arcón de los arcaísmos y ha sacado éste tan raro. Ea, pues, veamos. Y me fui al Diccionario que elaboráis en vuestra Academia a fuerza de limpiar, fijar y dar esplendor. Allí no estaba aquello. Pensé entonces que sería un desliz del cajista de la imprenta. Sí, un desliz, sin duda.

Continué en la lectura de tu libro y, pasadas muchas páginas, el vocablo saltó a mis ojos otra vez, desafiante, soberbio: "tomé la alcazarra que rezumaba frías gotitas." ¡Ah, conque la "alcazarra", además de ser fresca, rezuma gotitas. ! Deberá de ser un vaso de barro. Otra vez al diccionario. Al, alc, alca, alcaz. alcázar, alcázar. Y nada más. Será un neologismo. No puede serlo. ¿Vaso usado en los alcázares para beber agua los alcazareños...? No, no. Recorrí con los ojos, guiados por mi dedo índice, todas las columnas próximas y encontré esta otra palabra: "alcarraza". ¡Ya estaba! Un vaso de

barro para contener agua que se vuelve fresca por efecto de la porosidad de la arcilla.

Pero dime, sobrino: yo creo más en ti que en el diccionario. Si tú escribiste "alcazarra" es porque será alcarraza. No alcarraza, como dicen algunas gentes y como, por error, ha dejado ir el corrector de imprenta de la Academia. Es más fácil que un corrector se equivoque una sola vez que dos veces otro. Si no fuera lo correcto "alcarraza", tú, tan amante de la pureza del lenguaje, no hubieras dejado correr tu libro con esas alcazarras sueltas. Porque esas "alcazarras" significarían la libetería, para nosotros, de escribir mal todas cuantas palabras se nos antojen. Si es así, sobrino, ¡viva la alcarraza!

Luego de escribirte esta majadería, sobrino, veo que es cuestión intrascendente y, para paliar el mal sabor de boca que pueda producirte mi impertinencia, para justificarnos un poco, también, las personas que escribimos mal, te voy a decir algo importante en el mayor de los secretos. Don Miguel de Cervantes. ¡chiii! Don Miguel, uno de los grandes del mundo, dice, no recuerdo dónde —en su "Quijote"—, dice, lisa y llanamente, que Sancho se estaba "riyendo" ¿Por qué lo dice? Porque le daba la gana. Porque el pueblo dice "riyendo" y don Miguel era pueblo. Tú dices "alcazarra" por pureza de lenguaje, seguramente. El pueblo dice alcarraza. O decía. Ya queda sólo "botijo", tal vez "jarra" Pero, recuérdalo: pronto, ni botijo ni jarra. La muerte del barro lleva un signo titulado "artesanía" Y la artesanía ha tocado a todas esas palabras cuyo origen es el barro. Lo siento, sobrino.

Aun corriendo el riesgo de hacer larga la carta que pretendía dejar muy breve, además de lo de don Miguel, te voy a contar otra cosa de un muchacho que solía decirme que don Miguel era, nada más, un pobre cobrador de contribuciones. Este muchacho, levantisco él, reidor

ante todas las cosas que cuestan una vida laboriosa, entre sus muchos disparates, deja ir, siempre, una palabra antigua que le ha gustado mucho: "enjalbegado" Pero él, constantemente y haciendo uso de su bien ganada libertad, escribe "enjabelado", que es más fácil y a él le suena mejor. Te lo cuento porque sé cuán bien te caen los fallos de la juventud.

Por todas estas pequeñas cosas y por muchísimas más con las cuales se podría componer un extenso libro, detesto un tanto a los puristas, me quedo con los equivocados y pongo sobre mi cabeza tu alcazarra, el riendo de don Miguel, el enjabelado de mi amigo, mis gazapos y todos los errores que cometen los que se esfuerzan en no cometerlos.

Brinda con agua fresca por tu salud y por tu eterna fama de estupendo escritor,
tu tía

ESMERALDA

ÍNDICE

Prefacio	9
CARTA 1. ^a	
Del todo estúpida de la tía Esmeralda a su sobrino Miguel Miguéles, creador	19
CARTA 2. ^a	
Urgentísima de la tía Esmeralda a su sobrino Filoménez	23
CARTA 3. ^a	
A Munio Muniez, de profesión: descendiente	25
CARTA 4. ^a	
A Melanio Pítez, sobrino y silbador de lo clásico	29
CARTA 5. ^a	
A su sobrino Juanillo Tenorio, gamberro universal	33
CARTA 6. ^a	
A un sobrino habilísimo, Canuto Bólez, que montaba retabos de maravillas	37
CARTA 7. ^a	
A su primo José Guápez y Guápez, de profesión: señorito Pepe	43
CARTA 8. ^a	
Carta reaccionaria de tía Esmeralda a un crítico de Arte: don Laureano de Vargas, entendido	47

CARTA 9. ^a	Insólita carta de tía Esmeralda a Jacques Martínez Ford, director de cine	51
CARTA 10. ^a	Extraña carta a sus sobrinos Juan, Antonio, Pedro, Rafael, etcétera; a casi todos sus sobrinos	55
CARTA 11. ^a	De la tía Esmeralda a su sobrino Juanito Martínez, concursante impaciente	59
CARTA 12. ^a	De la tía Esmeralda a su sobrino Canuto Páñez, hombre buenísimo	63
CARTA 13. ^a	De la tía Esmeralda a su sobrino Isidoro Cordero, que quiere irse a la capital	67
CARTA 14. ^a	Absurda carta de la tía Esmeralda a don Felipe IV (demostrativa de la demencia de esta señora)	71
CARTA 15. ^a	Carta de la tía Esmeralda a su sobrino Homobono Homobóñez, padre blandísimo	75
CARTA 16. ^a	Carta de la tía a su sobrina Petronia sobre no sé qué del traje regional	79
CARTA 17. ^a	Carta de la tía a su sobrino Felipe Agudo de Escarpia, de afición exagerado	83
CARTA 18. ^a	Carta verdaderamente sabia de la tía Esmeralda a su sobrino Juan de la Calle, antipático	87
CARTA 19. ^a	Desábrida carta que escribió la tía Esmeralda a un sobrino suyo rico. Carta dictada por la envidia y la hipocresía según parece. A Demogracias Cuadrado, Mucho- teniente	93

CARTA 20. ^a	Carta a Kuko Chimpancé, educado por un sobrino de la tía llamado Victorio, que va en un circo	97
CARTA 21. ^a	Carta de la tía Esmeralda a un sobrino suyo que era hijo de un hombre célebre	103
CARTA 22. ^a	Carta de nuestra querida tía a un primo nuestro malintencionado. A Curro Chispez, Ingenioso	109
CARTA 23. ^a	Carta de la tía Esmeralda a su sobrino el conferenciante a Pompilio de Plomado, de profesión sus conferencias.	113
CARTA 24. ^a	Carta curiosa de la tía Esmeralda a Pánfilo Pan, del que ella decía que era un pobre hombre	117
CARTA 25. ^a	Carta absurda y de dos filos que dirigió la tía Esmeralda a Clarita Cláñez, decidora de verdades	121
CARTA 26. ^a	A Carlitos Laosa, tonto de capirote	125
CARTA 27. ^a	A Juan Sinreparo, miope y ciclista	129
CARTA 28. ^a	A Serafín Pasmete, despistado integral	133
CARTA 29. ^a	A Paquita Finuras, selecta	137
CARTA 30. ^a	A Ordoño Ordóñez, vejete	143
CARTA 31. ^a	Carta simpatiquísima de la tía Esmeralda a Gerardo Gázquez, aficionado a escribir su nombre en todos los lugares que visita	147
CARTA 32. ^a	A Caridad de Fortes Voces, dama de todos los reparos, donante protectora, bondadosísima, llamada elegida. y ricachona ella	151

CARTA 33. ^a	A Pío del Camino, andariego	155
CARTA 34. ^a	A Fernando Arcáiquez, burlón	159
CARTA 35. ^a	A Pomponio Meléndez, aprendiz de genio	163
CARTA 36. ^a	A Ordoño Casquijo, Coleccionista de capas pardas	167
CARTA 37. ^a	A Emilio Parlas, hablador de todo y de siempre	171
CARTA 38. ^a	A Rufino Bizquez, de profesión sus sospechas	175
CARTA 39. ^a	A Paquita Subiret, escalador	179
CARTA 40. ^a	Carta de la tía Esmeralda a su sobrina alcaldesa	183
CARTA 41. ^a	A Inocencio García, optimista	187
CARTA 42. ^a	A Pepe Nono, de profesión, sus negativos	193
CARTA 43. ^a	A Civil Burguete, tímido	197
CARTA 44. ^a	Carta de la tía Esmeralda a un sobrino que no tenía porque tener vergüenza, don Carlitos de Torres y Piedras Luengas	203
CARTA 45. ^a	Carta de la tía Esmeralda a un padre cuya hija no quiere estudiar. A don Manuel de Manueles	209
CARTA 46. ^a	Carta de la tía a uno de sus sobrinos que era académico.	215

CARTA 10	A PAZ DEL CORRAL, apócrifa	12
CARTA 11	A Fernando Antequera, ingenuo	18
CARTA 12	A Porfirio Malibón, apócrifa de gusto	20
CARTA 13	A Guadalupe Cuatrecasas, Catequistas de campo prieto	22
CARTA 14	A Manolo Muñoz, hermano del tío y de Manolo	24
CARTA 15	A Rufino Siquiera, de profesión con sospechas	26
CARTA 16	A Paco, Manolo, abuelado	28
CARTA 17	Carta de la tía Remedios a su sobrino el tío	30
CARTA 18	A Guadalupe Cuatrecasas, apócrifa	32
CARTA 19	A Fago Nieto, de profesión, con sospechas	34
CARTA 20	A Don Burcardo, monje	36
CARTA 21	Carta de la tía Remedios a su sobrino que se llama porque tanto se le llama, pero también se llama porque vive en un	38
CARTA 22	Carta de la tía Remedios a su sobrino que vive en un	40
CARTA 23	Carta de la tía a don de sus sobrinos que se llama	42

Hace unos años, en una revista de proyección católica, comenzaron a publicarse unas cartas que llamaron mucho la atención. Eran las supuestas cartas que una llamada tía Esmeralda escribía a una retahila de sobrinos, recomendándoles algo, prohibiéndoles cuanto y poniendo las peras a tanto.

En realidad, como pueden ustedes suponer, era el pretexto para que su autor, Manolo Muñoz Barberán, pusiera en solfa tipos y situaciones. Pues bien, aquellas cartas y bastantes más, hasta un número de cincuenta, son las que se reúnen ahora en este volumen, con un prólogo o prefacio del autor. En la portada habrán visto ustedes a tía Esmeralda, dibujada por el propio Manolo. Una señora pechugona, presumimos que virgen aunque no mártir, que se lía la manta a la cabeza y comienza a escribir a todo quisque.

Si ustedes hacen caso al "sobrino" Manolo Muñoz, la citada tía Esmeralda estaba como una cabra. Nos permitimos disentir. Tía Esmeralda escribe como los ángeles y dice verdades como puños. Los pedantes, los engreídos, los vagos, los duros de corazón, los señoritos, los que esperan testamento, los que se suben a las sillas para parecer más altos, reciben una considerable y bienhumorada dosis de ironía. El mejor humor, un humor que no dudamos en llamar cristiano, zahiriendo "los sepulcros blanqueados", late en estas cartas. Usted, sin duda alguna, conocerá a algunos de estos tipos. Hasta es posible que usted lo sea, Aguántese, pero lea.

"Carta de la tía" es uno de sus libros que van mucho más allá de un simple destinatario. Son cartas para todos nosotros, para los cristianos que vamos olvidando a Cristo, para los que dejamos que los humos se nos suban a la cabeza. Un libro para meditar y sonreír.



portadora de luz en todas las glorias de la capital
los de provincia. En aquel momento con una trampa
que se apalea sobre la ruina del laberinto de caminos
en que triste. Ese imperio sembrado de ciudades
molinos en el monolito, cuando sobre una pequeña co-
lección de historias desconocidas. Ese mundo de marino

CARTA DE LA TIA ESMERALDA A SU SOBRINO JUANITO MARTÍNEZ, CONCURSANTE IMPACIENTE

Este puesto junto a una fuente en la casa de la casa
las palmas por un respeto alguno, una lista de
de extinción. ¡Ay, sobrino, tras de que corras
La fama es un nombre pronunciado mal en silencio
de todos de todo que ya no es tu nombre. Tu nombre
designado por los dibujantes de caricaturas de la
gación. Los mejores contadores. Los tiempos
en silencio conocido. Los tiempos

No te pongas así cada vez que salgan premios por el
mundo y no te los den a ti, porque con ese sistema te
vas a llevar muchísimos disgustos.

Tú quieres que todas las crónicas, todos los periódicos,
todos los libros, digan de ti. Quieres verte en todas
las fotografías de inauguraciones; quieres leerle en todas
las enciclopedias. ¿Para qué? ¡Ah!, sal al paso de cualquier
pensamiento bajo: no por tu prosperidad material,
sino por lo bello del aplauso, de la notoriedad, del
reconocimiento de tus altísimos méritos. Eres romántico.
Corres detrás de la FAMA. Don José Cadalso, señor a
quien leí hace mucho tiempo, hacia burla de la Fama.
Yo también.

¡La Fama, sobrino! Menudo trasto. Valiente bagaje.
Gordo premio. La Fama. esa señora de bellas facciones,

del que se ha hecho lo que se ha hecho, no tiene que
gusto lo haga. El muchacho intenta hacer algo y eso es
mucho. Sobrino. Pero si hace algo de lo que no tiene
dada no le juzgues solo por su muchacho, dices que
la juzgas como muchacho, y no como hombre, los que
muchacho, los que de todo y de nada saben, cuando
cabeza sobre cualquier cosa, la distancia de la vista.
Este todo, cuando se ve con el ojo, con
Nada más, sobrino. Eso es la fama de los otros, de
todos los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con

La fama y el nombre son cosas distintas. La fama
es un nombre que se da a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con

La fama y el nombre son cosas distintas. La fama
es un nombre que se da a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con

La fama y el nombre son cosas distintas. La fama
es un nombre que se da a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con

La fama y el nombre son cosas distintas. La fama
es un nombre que se da a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con
de los que se ven a lo largo de la vida, con